LA FLOR DEL MAL

Autora: Laura Isabel Bartolomé Carpena
Seudónimo: Isavella Carpe

Género: Ciencia Ficción / Viajes temporales / Juvenil
35 capítulos
48.000 palabras
Volumen único

Capítulo 1

La más larga caminata comienza con un paso.
Proverbio hindú.

El día de su dieciocho cumpleaños, Alicia Balaguer se sentó sobre la tapa del wáter de uno de los baños del instituto privado al que asistía. La puerta cerrada por dentro le confirió cierta privacidad, al menos dio por seguro que nadie interrumpiría ese momento de aislamiento del mundo que la rodeaba.

No solo era el día de su cumpleaños, también el primer aniversario del fallecimiento, en extrañas circunstancias, de su padre. Maldito casualismo que ensombreció la ansiada mayoría de edad que había estado esperando desde años atrás, pero que no cambió en absoluto su patética vida con una madre ausente, un padre muerto, una tía que se pasaba el día trabajando y un primo pequeño. No tenía a nadie más, ni amigos ni otra familia directa.

Un sonido sacó a la joven de sus depresivos pensamientos; un grupo de compañeras, si es que se las podía llamar de esa manera, habían entrado en los baños.

—Seguro que esa zorra está por aquíiii... —canturreó una de las chicas, en tono de mofa. Alicia supo de inmediato que se refería a ella y aguantó un suspiro de hastío. —Aliciaaa, ¿qué tal llevas lo de tu papi? ¿Ya has visto lo que dice hoy la prensa? “Eduard Balaguer parecía estar metido en una secta”.

Alicia frunció el ceño; claro que lo había leído. Ignoró si había algo de verdad en ello, pues su tía no le daba informes de nada referente a la muerte de su padre. Aunque con la mayoría de edad supuso que la policía tendría que explicarle muchas cosas.

—Fijo que ese pervertido de tu papi estaba con alguna puta. Mis padres me han contado unas cuantas cosas… ¡Por eso tu madre se largó, por no aguantar a las putas de tu padre!

La joven no se caracterizaba por un carácter brusco, sino apocado, pero esos insultos hacia sus progenitores, en especial en lo referente a su madre, le hicieron saltar como un resorte.

—¡¡Cállate!! —abrió la puerta del baño con brusquedad, dando un golpe seco.

Fue visto y no visto; cuatro chicas de distintas estaturas asieron a Alicia con rapidez, empotrándola contra una pared del baño sin dejar que se moviera. Haber pedido que la soltaran era un absurdo, así que aguantó con estoicidad.

—Mira, zorra, aquí la que se tiene que callar eres tú—. Laia, la más alta, le escupió en el pelo castaño tras la humillación.

—Y ni se te ocurra hacernos nada, que somos menores y tú ya no—. Laia le pegó un golpetazo en la cabeza que resonó dentro de la joven con fuerza. Las sienes le ardieron.

La soltaron y salieron entre risas, cantando el cumpleaños feliz todas a la par.

A Alicia le fallaron las piernas y se quedó de cuclillas, apoyada en la fría pared, intentando recobrar el aliento. El escupitajo le cayó por la mejilla enrojecida, y se lo limpió con la manga del uniforme escolar.

—Hijas de puta… —susurró casi para sí.

Llevaban años haciéndole la vida imposible, sin embargo en los últimos dos años había ido a peor. Primero por la marcha de su madre y luego por la muerte de su padre. Cualquier excusa era buena para ellas. Haber estado sufriendo Bullyng no era precisamente agradable, y en aquel instituto privado mandaba quien tenía unos padres con más dinero y estatus. Ella solo vivía con una gran casa en el Eixample, Casa Roses, con una exigua paga mensual racionada por su tía y representante legal. Su padre dejó inmensas deudas y muy poco patrimonio aparte de la costosa vivienda.

La muchacha se levantó y lavó la cara y el pelo en la pila. Cogió la cartera que aún estaba depositada en el cubículo del lavabo, y se fue camino a la salida, antes de que acabaran las clases de la tarde.

El bedel la vio e hizo la vista gorda al constatar que le habían pegado de nuevo. Todo el mundo sabía que Alicia Balaguer era una pobre cría que sufría acoso escolar, y todo el mundo sabía que no tenía que meterse.

La joven anduvo hacia la boca del Metro de Barcelona más cercana, y bajó las escaleras en dirección al subsuelo, pasando el control con su abono mensual, dirigiéndose hacia Plaça de Catalunya para después ir caminando hacia Casa Roses, que estaba cerca del Passeig de Gràcia, donde en el s. XIX se construyeron casas y mansiones para la burguesía catalana de la época, en pleno crecimiento del Eixample.

Antes de llegar a la verja de estilo modernista con unas rosas en hierro forjado, el tono de mensaje de Wathsapp sonó en su móvil, y extrañada lo cogió. Un número desconocido había dejado un mensaje de texto. Suspiró hastiada porque ya era la cuarta vez que cambiaba de número, y esas locas acosadoras lo volvían a conseguir para mandarle todo tipo de cosas desagradables. Estuvo a punto de lanzar el teléfono a una papelera, pero se contuvo. Con cierta reticencia, y esperándose lo peor, abrió la conversación. La foto de perfil era una rosa roja, lo cual ya le pareció extraño. En cuanto al texto la dejó patidifusa.

“Feliz cumpleaños, Alicia.”

Optó por no contestar, porque se imaginó que sería peor.

Abrió la verja de Casa Roses y se introdujo en el frondoso jardín que tapaba con eficacia el antiguo edificio burgués, desapareciendo de la vista de cualquier transeúnte.

Un hombre de aspecto juvenil se guardó su teléfono móvil en el bolsillo de la cazadora de cuero, mientras observó la finca desde la acera de enfrente, apoyado en una pared. Sus ojos azules no pasaron desapercibidos, a pesar de estar en una ciudad cosmopolita como Barcelona, pues su aspecto era como poco curioso. Algo tenía que lo hacía distinto.

Musitó unas palabras en tono apenado antes de irse:

—Feliz cumpleaños, Alicia.

Capítulo 2

La joven Alicia no se esperó una fiesta de cumpleaños sorpresa, pero tampoco encontrarse la casa completamente vacía. De altos techos y estilo modernista, restaurada en diversas épocas, siempre fue enorme. Los diversos detalles de rosas, tanto esculpidos como pintados, le conferían un aspecto naturalista y le daban nombre. En tiempos mejores debieron de crecer muchas rosas en los jardines.

Subió por las escaleras hasta el piso superior para así llegar a su habitación lo antes posible. Abrió la puerta y dejó la mochila en cualquier parte, con desidia. Su estancia era bonita: ventanales que daban al jardín, marcos de madera con detalles, amplitud y una antigua cama con dosel. Era cálida, porque era suya, lo único que le pertenecía.

Se cambió de ropa por una de calle, no sin parar a mirarse en el espejo de cuerpo entero, que debió de pertenecer a alguna de sus antepasadas.

Alicia era una chica delgada y de estatura baja, de cabellos castaños y lacios, no demasiado largos. Ojos marrones, pecas y aspecto algo desvalido. Parecía más joven de lo que realmente era, también debido a ser plana como una tabla de planchar.

Desvió la mirada con cara de resignación hasta posarla en su mesa de trabajo, donde vio una nota breve escrita por su tía Marga y una caja:

“Tengo que llevar al niño a urgencias, tiene mucha fiebre. No sé cuándo volveremos. Hazte la cena”.

Ni una sola mención a su cumpleaños.

—Pues vale… —bufó mientras estrujaba el papel entre sus manos y lo tiraba por encima de la mesa.

En cuanto al otro objeto se trató de una caja de Correos a su nombre, con un remite desconocido (era un apartado postal). Pensó de inmediato en que su madre se había acordado de ella, enviándole un regalo, lo cual le puso de buen humor.

Lo abrió con tanta ansia que rompió el cartón en el proceso.

—¿Qué es esto? —Se quedó perpleja ante lo que vio.

Un sobre cerrado con lacre, tan amarillento que era obvio que se trataba de algo muy viejo. Y una caja de puros sin estos, pues dentro no quedaba otra cosa que una llave grande y pesada, color bronce envejecido. La sopesó entre sus manos poniendo cara de no entender nada en absoluto. Revisó el destinatario y, efectivamente, era para ella; Alicia Balaguer.

El sobre que olía a humedad estaba a su nombre también. La tinta, aunque semi borrada, no dejaba lugar a dudas.

—Vale… —musitó mientras lo intentó abrir con sumo cuidado. El lacre cedió con facilidad, de viejo que era, dejando una marca sobre el papel. Dentro había una hoja igual de amarillenta que desdobló con prudencia. En este caso la tinta estaba en mejores condiciones y se leía casi perfectamente.

“Querida Alicia, recuerdo muy bien el día en el que leí esta carta, para mí no ha pasado tanto tiempo. Tú todavía no sabes nada, y ojalá no lo supieses nunca… Pero es nuestro destino.

Es tu cumpleaños y estás sola en casa, tu tía se ha ido a Urgencias.”

Alicia se quedó patidifusa y miró a su alrededor por inercia. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, y siguió con la desconcertante lectura:

“Te voy a pedir dos cosas. La primera que cojas la llave vieja de la caja de puros y te la guardes, porque vas a hacer un descubrimiento gracias a ella que cambiará tu vida, para bien o para mal…

La segunda es que sigas las instrucciones que te llegarán por Wathsapp de un número desconocido.”

La joven soltó la carta de inmediato, hecha un manojo de nervios.

—¡Hijas de puta! ¿Cómo…? —Durante unos segundos estuvo convencida de que se trataba de una broma de aquellas harpías de clase. Sin embargo ellas no podían saber que su tía estaba en Urgencias pues la fecha de envío del paquete era de cuatro días antes. Cogió nuevamente la misiva.

“Con la llave quiero que vayas al cuarto de tus padres, hasta el armario negro y grande que tanto miedo te daba siempre de pequeña (y te da). El armario tiene un doble fondo, una especie de puerta corrediza. Detrás hay otra puerta muy vieja. La llave abre esa puerta.”

La letra, que a Alicia le resultaba sumamente familiar, se notó trémula en aquella parte.

“No te puedo decir que no tendrás miedo, porque lo tendrás, pero has de hacerlo. Luego volverás a tu habitación y seguirás las instrucciones que te lleguen al móvil.

Sé fuerte, Alicia, pase lo que pase.

A.”

Supuso que la A era la inicial del nombre, en cualquier caso no conocía a nadie que su nombre comenzara con A, a excepción de ella misma.

Asió la llave y se encaminó hacia la habitación de sus padres. No entraba en ella desde un año antes, no existía razón alguna. Esta seguía igual; limpia, ya que su tía la mantenía en buenas condiciones por si su hermana volvía a casa.

El armario negro se imponía a la derecha de la alcoba, hecho de madera noble en la misma época que la propia Casa Roses. De niña dio siempre mucho miedo a Alicia, que pensaba que era maligno, pues irradiaba cierta aura oscura. O tal vez solo fueran imaginaciones suyas, alimentadas por las bromas de su padre. Pese a ello, un escalofrío recorrió su espina dorsal y le puso los pelos de punta.

Hizo de tripas corazón y abrió las puertas, que no estaban cerradas. Dentro aún reposaban los abrigos y ropas de sus padres, dentro de bolsas negras, como cadáveres. Las hizo a un lado para meterse dentro y palpó el fondo, aunque tuvo que estirar bastante el brazo pues era un armario muy hondo.

De forma incrédula intentó mover la madera y, al notar que cedía hacia un lado levemente, empujó con más fuerza hasta que se deslizó casi del todo. Palpó a ciegas la madera nudosa y áspera de detrás buscando alguna obertura para meter la llave, hasta que dio con ella. Le costó Dios y ayuda introducirla.

—Joder. Qué fuerte…

¿Qué era aquello? Un pasillo débilmente iluminado por bombillas se abría a su paso.

—Lo tenían que saber… —se dijo para sí, pensando en sus padres. ¿Qué era lo que realmente había pasado con ellos?

Caminó con cuidado por el pasadizo y bajó unas escalerillas de piedra bastante desgajadas. Algunas de las luces ya estaban estropeadas, pero el resto iluminaba lo suficiente para ver por dónde se pisaba.

—Joder, joder, joder… —no podía parar de decirlo, casi le faltaba el aire.

Al llegar al final de las escaleras había otro pasadizo y al final encontró una puerta doble de metal que parecía bastante vieja. Unas rosas forjadas la enmarcaban. Alicia asió las grandes arandelas que colgaban de las puertas y estiró. Pero no estaba preparada para ver lo que vio, y que le heló la sangre de inmediato.

Capítulo 3

Alicia corrió en dirección contraria por el pasadizo, queriendo alejarse lo antes posible de la aberración que presenció segundos antes. Subió las escalerillas casi a trompicones y se lanzó hacia la obertura que daba paso al armario negro. Salió de este cayendo de bruces contra la moqueta, pero no le importó el dolor y se puso en pie, dirigiéndose hacia su propia habitación. No tuvo palabras, se había quedado muda y sintió una enorme angustia en el centro del estómago.

Asió con mano trémula su móvil y miró los mensajes; no había ninguno. De pronto sonó el teléfono y lo soltó por el susto. Vio que era su tía y lo recogió rápidamente, deseosa de contarle su horroroso descubrimiento.

—Alicia, me han llamado del instituto y me han dicho que no has ido a las clases de la tarde.

—Tía, yo… He descubierto algo en casa… —jadeó casi sin aliento.

—¿Por qué no has ido a clase? —insistió la mujer sin hacerle caso.

Alicia se quedó callada del todo y respiró entrecortadamente. Su tía tenía que saber lo que había más allá del armario, seguro. Le colgó y no volvió a coger las llamadas que vinieron después, hasta que el móvil dejó de sonar.

La joven escogió cuatro cosas indispensables y las metió en una mochila, junto con su cartera, cargador y el teléfono, tras lo cual salió de la casa sin saber muy bien dónde acudir. Pensó en la policía, era lo más lógico tras lo que había evidenciado.

Cuando se dirigía a la comisaría más cercana un mensaje de Wathsapp le llegó y, no sin miedo, lo leyó. Era el mismo número desconocido de hacía un rato.

“Alicia, sé que has descubierto algo muy feo en tu casa. Necesito que vengas a esta dirección en cuanto te sea posible y te contaré qué le pasó a tus padres realmente.”

A continuación le llegó un enlace de ubicación de Google Maps, que la dirigía hacia una de las entradas del Park Güell.

Era innegable que la joven se moría de miedo, pues no sabía qué estaba pasando. Pero no poder fiarse de su tía, lo del pasadizo secreto y la promesa de conocer qué había sido de sus padres, fueron cosas mucho más fuertes que la desconfianza.

Alicia salió de su casa y se encaminó hacia Plaça Catalunya, donde cogió el autobús número 24, que más adelante la dejaría en la entrada al parque que le marcaba el Google Maps.

Mientras estaba sentada en el autobús, la muchacha intentó guardar sus manos bajo los sobacos, cruzando los brazos, porque le temblaban tanto que ya había llamado la atención de varias personas. Aunque nadie le había dicho nada.

Cerró los ojos pero fue peor, pues nuevamente vio aquellas escenas dantescas bien grabadas en su retina. Recurrentemente volvían a su mente una y otra vez, y es que algo de semejante naturaleza era difícil de olvidar. Se lamentó en diversas ocasiones de no tener el móvil consigo en aquellos momentos, pues cuando acudiera a los Mossos o a la Policía Nacional, necesitaba pruebas para que no la tomaran por una loca.

Resultó tristísimo constatar, una vez más, que no tenía a nadie con quien hablar de lo sucedido: una amiga, un hermano, cualquier familiar en quien confiar. Se sintió tremendamente sola, más que nunca en toda su vida. Echó de menos a su madre como nunca antes, pues era la única persona en la que depositó su confianza en el pasado, que fue su amiga. Hasta que se marchó dejándola a cargo de un padre ausente y una tía poco cariñosa. Aunque empezó a pensar que tal vez no se fue sin más, sino que también estaba muerta. Aquel lugar había sembrado nuevas dudas en su mente. Siempre se auto convenció de que simplemente su madre se alejó, para no pensar en cosas peores. La prefería viva y lejos, que muerta y… tal vez cerca.

Un mensaje nuevo la sacó de sus tenebrosos pensamientos.

“Hola, Alicia. ¿Ya vienes? Se está haciendo de noche y cerrarán pronto el parque. Quiero hablar contigo en un entorno público, para que no tengas miedo”.

Por primera vez tuvo que contestar, pero le temblaron tanto los dedos y dio tantos tumbos el vehículo, que prefirió enviar un mensaje de voz breve.

—Y-ya voy de camino… —La garganta pastosa y seca, por los nervios, le impidió sonar con normalidad. Tras unos breves segundos, la persona extraña contestó con un “OK”.

Alicia agradeció al menos que la o el desconocido quisiera hablar con ella en un lugar público que solía estar bastante concurrido por el turismo y los vecinos del lugar.

El autobús llegó a la parada del Park Güell en la que debía bajarse. Las piernas le temblaron al pisar la acera y temió que no la sostuvieran. Miró en dirección a la entrada, intentando averiguar quién le mandó los mensajes. Probó a escribir algo.

“Hola. Ya estoy aquí.”

Poco después recibió un texto de vuelta:

“No te muevas, yo te haré una señal, aunque soy fácil de reconocer.”

“Eres hombre o mujer?”, preguntó Alicia.

“Podríamos decir que soy un hombre :)”

Ella se quedó extrañada y alzó la vista, buscándole. Justo en aquellos momentos un grupo de turistas bastante masivo salió del parque y eso dificultó su escrutinio. Pese a ello distinguió a un joven que le hizo señales. Miró primero a su alrededor para constatar que se dirigía a ella, y vio que no había nadie más.

Caminó un poco más adelante por la misma acera, hasta ponerse a su altura. Era un chico unos años más mayor que ella, con los cabellos oscuros peinados hacia arriba. Rostro pálido y delicado, aunque masculino. Sus ojos eran color azul cielo. No sonreía, de hecho le pareció a Alicia que estaba triste, muy triste, casi a punto de romper a llorar. Pero la joven no tuvo miedo de él, todo lo contrario; fue como si irradiara bondad.

El chico le tendió la mano, solo los separaba la carretera, y Alicia cruzó sin más para poder alcanzarle.

Fue una pena que un coche no pudiera frenar a tiempo y se llevara el cuerpo de la joven por delante, ante la atónita mirada del grupo de turistas.

El joven de ojos azules apenas se inmutó, como si supiese lo que iba a pasar desde el principio, y la llamada que hizo al 112, minutos antes, así lo atestiguó.

Capítulo 4

—¡NOOOO! —Alicia exhaló un grito que es escuchó por toda la estancia, mientras alzaba el brazo intentando protegerse. Alguien la asió para que no se levantara de la cama.

—No se preocupe, señorita, está a salvo —una voz dulce, femenina y desconocida intentó consolarla.

A la joven le pesaron los ojos demasiado como para podre abrirlos de inmediato. Las voces continuaron resonando a su alrededor.

—Es un milagro que haya despertado, Doctor.

—Llevaba muchos días exánime.

—¿Dónde estoy? —musitó Alicia, empezando a vislumbrar a quiénes tenía cerca. Las siluetas no le sonaron de nada, así que supuso que eran una enfermera y un médico, aunque no entendió qué hacía en el hospital.

—Está en su cama, señorita —fue informada—. Avisaré a su madre y su hermano de inmediato.

—¿Mi madre? ¿Está aquí o es mi tía? No es mi hermano, es mi primo…

—Doctor, está delirando…

—Es natural, acaba de despertar de un sueño muy profundo y largo. Aún está febril —sentenció el que parecía ser el médico—. La conmoción por el accidente…

—¿Eh? —De qué accidente hablaban. No conseguía recordar absolutamente nada.

Intentó incorporarse un poco, pero le dolía hasta el alma.

—Joder… —dijo. Un gritito agudo de la enfermera casi le hizo reírse, porque había sonado escandalizada.

—Es por el accidente, no sabe lo que dice. Ve a avisar a la Condesa.

Alicia puso una mueca de no entender nada, mientras que vio mucho mejor dónde estaba, y aquello no era un hospital, sino una habitación de aspecto retro, muy, muy retro, aunque le resultó bastante familiar. Se frotó los ojos, mareada. Buscó primero el suero, o alguna sonda; no llevaba nada encima. Las manos le temblaban pero parecía estar bien físicamente. Miró fijamente al médico y cada vez lo distinguió mejor.

—¿Dónde coño estoy?

—Señorita Roses, no se levante. —El Doctor era del todo menos un doctor normal. Parecía sacado de otro siglo: con una barba blanca relativamente larga y gafas redondas, además de ropa que no era de esa época.

—No soy Roses, soy Balaguer. Creo que hay un error…

Justo en ese instante entraron en la estancia una mujer alta y rubia, muy guapa, pero vestida también como si viniera de otro siglo. La acompañaba un muchacho de más o menos la edad de Alicia, tímido y con los cabellos algo largos y ondulados. Qué decir de su ropa de vestir, igual que la de la muchacha que pareció una sirvienta antigua.

—¡Hija mía! ¡Mi querida Alicia! —La señora se abalanzó sobre la cama e intentó tocarla, pero la joven reculó asustada.

—¡Yo no soy tu hija! ¡Aquí qué coño pasa! —La mujer se llevó las manos a la cara, abrumada.

—¡Alicia, qué lenguaje!

—No se preocupe, señora Condesa, es por el shock. Acaba de despertar…

—A ver, a ver, a ver… ¿Por qué vais todos disfrazados? ¿Quiénes sois? —Los presentes se quedaron estupefactos.

—Me temo que está más trastornada de lo que creía —diagnosticó el supuesto médico.

—¿Yo trastornada? —Alicia se bajó de la cama, cayendo de rodillas ya que las piernas le fallaron. Tanto el doctor como el muchacho corrieron para sujetarla. Ella se revolvió en cuanto le pusieron las manos encima, dando pataletas y forcejeando.

—¡Soltadme, joder! ¡¡Qué me soltéis!! —gritó histérica y asustada.

De pronto se quedó estupefacta y laxa, medio cayendo de culo al fallarle de nuevo las extremidades. Se vio en el espejo que estaba al lado de la cama. Y lo que le mostró le resultó imposible de asimilar.

—No soy yo… —jadeó ahogándose. —¡No soy yo! ¡No soy yo! ¡¡No soy yo!! ¡¡Esa no soy yo!!

Acto seguido, Alicia se desmayó por el shock entre los brazos de ambos hombres, y ante la estupefacción de todos los presentes.

Capítulo 5

En una de las tantas salas de Casa Roses, la condesa, su hijo y el doctor charlaban sobre el estado de salud de Alicia, sin levantar demasiado la voz para que los empleados del hogar no los escucharan.

—¿Qué es lo que le sucede a mi hija, doctor Gramunt? —preguntó la mujer, aunque sin parecer muy preocupada por su estado de salud.

—Ha sufrido un espanto tan grande que cree que es otra persona, una tal Alicia Balaguer. Tendré que hacerle una serie de pruebas para determinar la gravedad de su estado mental. Pero si sigue así habría que internarla en un hospital para tarados.

—Bueno, no sería tan grave —comentó ella mientras cogía su taza de café para seguidamente darle un sorbo.

—¿Mie hermana recuerda algo del accidente, doctor? —intervino tímidamente el muchacho.

—No. También es posible que al volcar el carro ella se golpeara en la cabeza y sea lo que haya causado la amnesia.

—¿Eso es temporal?

—No es posible saberlo todavía.

—¿Y si recuerda algo, madre?

—Por lo pronto esperar, y luego ya se verá, Dorian. Siempre podemos llevarla al manicomio. ¿Quién va a creerla?

Isabel, la sirvienta personal de la enferma, terminó de hacerle una larga trenza a la muchacha que ya había recobrado el conocimiento, pero que estaba callada como una tumba.

—Señorita, ¿quiere un poco de leche y unas pastas? Hace días que no come nada ya que estaba usted inconsciente. Ha adelgazado.

Alicia no dijo nada, continuó mirando hacia la ventana; su ventana. Aquella habitación era la suya, solo que estaba muy cambiada.

—B-Bueno, iré a por un poco de sopa de gallina y la leche con pastas. Le ayudaré a tomarla.

—No quiero nada —respondió Alicia y giró la cabeza en dirección a la muchacha. Era jovencita, de cabellos claros y pecas por todo el rostro. Le recordó a sí misma, porque tenía un aspecto anodino que pasaba desapercibido. Se la veía seriamente preocupada por ella, así que Alicia hizo un esfuerzo pues tenía el estómago cerrado por la impresión.

—Tomaré un poco de sopa, gracias.

Isabel sonrió con timidez, aliviada, y corrió en dirección a la puerta, cogiéndose la falda negra con la mano para no tropezar.

Alicia, al quedarse a solas, miró en todas direcciones, incorporándose en la cama. Tuvo miedo de dirigir la vista hacia el espejo y que este le devolviera de nuevo la imagen de otra mujer. Se observó las manos, que eran distintas a las suyas. Con ellas se palpó unos abultados pechos bajos el camisón de seda. La trenza le llegaba hasta casi la cintura y era de un color claro, rubio y ondulado.

—Vaya, siempre quise hacerme unas californianas y tener un buen par de *boobies*…—bromeó para sí.

Levantó su camisón; las piernas eran largas y bien torneadas, además de llenas de vello.

—Oh, vale… No quiero ni pensar cómo tengo el coño —dijo sin pelos en la lengua. Por su puesto lo comprobó y era todo un vergel.

Salió de la cama, tambaleándose. No sabía cuántas jornadas debía de llevar aquel cuerpo postrado, pero estaba entumecida de pies a cabeza. Finalmente se observó en el espejo.

—Soy jodidamente guapa —concluyó. Poseía un rostro dulce de pómulos altos, ojos castaño claro y labios pequeños y rojos. A pesar de estar seriamente perjudicada por ese accidente del que hablaban, su belleza era patente.

Empezó a observar su alrededor, buscando tal vez alguna cámara. ¿Y si era un Reality show de esos que estaban tan de moda? Pero no era posible. Ella estaba cambiada físicamente. Era incluso más alta.

—Me cago en Dios, esto es real o estoy flipando. Claro… —Se hizo la luz de pronto—. Joder, claro… Me han drogado y estoy alucinando. Me deben de estar grabando y toda España se estará riendo a mi costa.

La joven salió rápidamente de la habitación, descalza. Estaba agotada, por lo que no pudo correr demasiado. La casa seguía igual (o al revés, según se mirara), solo que parecía muy nueva y decorada al más puro estilo modernista.

Isabel apareció de pronto subiendo las escaleras, con una bandeja entre las manos, y ambas se quedaron quietas.

—Señorita… —dijo con evidente ansiedad.

—Lo siento…—Alicia bajó las escaleras sabiendo que la sirvienta no podía soltar lo que llevaba encima sin armar un desastre, y se dirigió hacia el portón principal. Lo abrió y se encontró de cara con un hombre joven y bastante atractivo.

—Señorita Roses… ¿Qué hace en camisón? —La joven se tapó la zona de los pezones, que del frío se le pusieron duros, muerta de vergüenza. ¿Aquel hombre también estaba en su imaginación?

—No soy Roses, soy Balaguer. —El caballero no pareció entender nada y se adelantó hasta ella cogiéndola en brazos. Alicia se quedó tan estupefacta que no supo reaccionar de otro modo que no fuera quedándose rígida.

Era moreno, guapo y llevaba gafas de montura redonda, además de ropa antigua, como todos los demás. La llevó escaleras arriba, ante la mirada de Isabel, como si no pesara nada, y se dirigió de nuevo a su alcoba.

—Señorita Roses, le pido mil disculpas por entrar en su estancia. —La llevó hasta la cama, depositándola con total delicadeza. Luego la tapó con las sábanas—. Es una gran alegría para mí ver que ha despertado tras el terrible accidente.

—No sé qué accidente… —El hombre pareció contrariado. Isabel, que había entrado detrás, dejó la bandeja con comida en una de las mesillas, y comentó con mucho cuidado:

—La señorita… No recuerda nada ahora mismo.

—No sé quién es usted, lo siento. Suélteme la mano… —Alicia se deshizo de su contacto. No porque le fuera desagradable, pues estaba de muy buen ver, pero no se fiaba de nada ni de nadie. El hombre pareció contrariado.

—Soy Aleix Llach… Su prometido.

—¿Mi qué? —Se quedó con la boca abierta.

—Íbamos a casarnos cuando se dio el accidente.

—¡Y dale! ¡¡Qué no sé de qué me habláis!! ¡¡Que yo no me iba a casar contigo!! ¡¡Era la otra Alicia, no yo!!

Aleix miró a Isabel con los ojos muy abiertos, como pidiéndole una explicación.

—Señor, por favor, es mejor no alterarla por recomendación del Doctor Gramunt…

—Está bien —claudicó mientras se levantaba—. Iré a hablar con la Condesa. Señorita Roses, le deseo una pronta recuperación y que podamos hablar con más calma —hizo un movimiento con la cabeza y salió.

Alicia se metió bajo las sábanas, agotada y dolorida. No tenía ganas de pensar más. Ni en condesas, doctores y mucho menos en prometidos. Solo quería dormirse y despertar de nuevo en su tiempo.

Capítulo 6

“Cuidado” —dijo la voz, mientras Alicia caminaba descalza sobre la hojarasca húmeda, bajo la oscuridad de la noche fría.

Llevaba el camisón, pero estaba en su verdadero cuerpo. Fue sorteando las lápidas de piedra y las tumbas abandonadas; estaba en un cementerio.

A cada paso incierto, y a oscuras, se tropezaba con las ramas que se le enganchaban también en el fino camisón.

“Cuidado” —volvió a decir la voz, una que no era ni femenina ni masculina.

¿Pero cuidado de qué?, se preguntó la joven.

Las nubes dejaron paso a la luz de la luna, que iluminó una estatua de un ángel de piedra. Alicia la miró y le pareció que se movía un poco. Un escalofrío recorrió su cuerpo al darse cuenta de que quien hablaba era la estatua.

La joven no se acercó más, muerta de miedo como estaba.

“Cuidado con la Flor del Mal”.

Alicia abrió los ojos de pronto, alterada con el corazón a cien. Estaba en la cama, no en un cementerio, pero siguió sin ser ella misma, continuando en un cuerpo ajeno.

Llevaba ya unos días allí y apenas habló con alguien desde entonces. La muchacha que se ocupada de ella, Isabel, le traía la comida tres veces al día, le aseaba y le peinaba.

Para colmo, aquel cuerpo no estaba recuperado del todo tras el accidente que padeció, así que Alicia tuvo que aguantar el entumecimiento y los dolores articulares.

El médico la visitaba con regularidad y su “madre”, la Condesa Elisabeth, se comportaba con una dulzura que rallaba lo vomitivo. Algo tenía aquella mujer que le ponía los pelos de punta a la joven.

Su “hermano” Dorian la fue a ver muy pocas veces y Aleix Llach no apareció, por fortuna.

Alicia buscó instintivamente el móvil en la mesilla, por enésima vez, sintiéndose idiota.

—Joder —musitó.

Se levantó, no sin cierta dificultad, para observar por la ventana que daba al jardín trasero. Estaba lleno de rosales, cosa que no era así en su tiempo futuro.

Unos toquecitos en la puerta sacaron a Alicia de sus pensamientos,

—Adelante.

—Buenos días, señorita —saludó Isabel—. Le traigo el desayuno.

Lo dejó sobre una mesa.

—Me alegra mucho verla levantada. ¿Se siente mejor?

—Un poco.

De entre todos los habitantes de Casa Roses, aquella sirvienta era la única que parecía profesarle afecto real a Alicia. Su servilismo iba más allá de un mero trabajo para subsistir.

—He hecho estas tostadas con mermelada y aquí traigo un poco de leche caliente.

Alicia hizo un esfuerzo y se tomó el desayuno, que realmente estaba sabroso.

—Voy a preparar el baño, señorita.

—Me sabe mal darte tanto trabajo, Isabel.

—Oh, no se preocupe, me gusta cuidar de usted. La señora Condesa confía en que pronto recuerde usted algo.

—Lo dudo.

¿Cómo iba a recordar lo que no había vivido?

—Usted siempre me ha tratado bien.

—No tendría por qué no hacerlo.

—Bueno, tan solo soy una sirvienta.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte… Llevo sirviendo aquí tres años. No me queda familia, así que preferí quedarme en Casa Roses que casarme.

Alicia pensó que no era más que una cría, como ella, pero aquellos eran otros tiempos.

—¿No te queda familia, dices?

—Mi hermano murió en la guerra de Cuba —dijo mientras preparaba el baño.

—Lo siento muchísimo. Yo no tengo hermanos… —Isabel se quedó sorprendida.

—Quiero decir que no recuerdo a Dorian —corrigió al darse cuenta de lo que dijo.

—Su hermano es un joven muy tímido, siempre está en las nubes.

—La verdad es que no recuerdo a nadie…

—Estoy segura de que se pondrá bien. Voy a por agua caliente para lavarle el cabello, pero antes....

Seguidamente se arrodilló junto a la cama y sacó la palangana con el orín de Alicia, ya que no solía salir al aseo por las noches.

—Perdona…

—No pasa nada, todos lo hacemos.

Tras aquello, Isabel se fue.

Pasó más tiempo de lo esperado, pero cuando sonó la puerta y Alicia dio permiso para entrar, la persona que lo hizo no fue Isabel, sino una fornida mujer ya entrada en años, vestida totalmente de negro y con los grises cabellos recogidos en un prieto moño. Su aspecto serio y su mirada oscura le dieron mala espina a Alicia.

—Señorita Roses, soy Antonia, el ama de llaves. Yo le lavaré el cabello hoy —informó secamente dejando el cazo de agua caliente cerca de la bañera.

—¿E Isabel?

—Está haciendo otro recado. Siéntese, por favor.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Es necesario que la ayude, esta noche viene Aleix Llach.

Alicia sintió malestar de inmediato, un “noquieronidecoña”.

—No me encuentro bien, es mejor que vuelva a la cama. —Pero la mujer la mujer la miró de tal forma que se quedó helada.

—Su madre opina que es hora de que salga de la habitación. Ya lleva convaleciente demasiado tiempo y el doctor Gramunt ha recomendado que tome el sol y el aire para fortalecerse.

La joven claudicó y se sentó en el taburete, inclinando la cabeza hacia atrás.

Antonia le deshizo las trenzas y fue mojando sus cabellos con brusquedad y tironeándole del pelo. Retuvo en sus labios cualquier queja, no fuera a verse débil ante aquella mujer. Finalmente, Antonia le envolvió la cabeza con un paño seco y le frotó el cuero cabelludo sin ninguna delicadeza.

“Hija de puta”, pensó Alicia.

A aquello le siguieron una serie de tirones cuando Antonia la peinó.

—Tiene muchos nudos.

“Lo está disfrutando, la muy cabrona”, se dijo.

Por fin la dejó en paz y se fue hasta un armario, donde buscó un vestido adecuado, pero que guardara el luto por la muerte del Conde Roses. Luego lo dejó sobre la cama.

—Enviaré a Isabel para que la ayude a arreglarse.

Luego salió.

—Cabrona —farfulló Alicia, dolorida—, lo ha hecho adrede.

Se quedó mirando el vestido y suspiró.

—Es hora de salir al ruedo.

Isabel volvió y la ayudó a arreglarse.

—Esa señora tan seca, Antonia…

—Es el Ama de llaves, lleva todos los asuntos de Casa Roses y es la que nos manda os quehaceres diarios.

—Es muy desagradable. —Alicia notó que las manos de Isabel se tensaban mientras le hacía el moño.

—Lleva toda la vida aquí, desde que los señores se casaron. De hecho ya servía a la Condesa antes de casarse con vuestro padre.

—Pues me ha dado muy mal rollo.

—¿Mal rollo? —Isabel se desconcertó.

—Quiero decir mala espina. Casi me ha dejado calva, la muy hija de p… —Al ver la cara de susto de Isabel, cerró la boca.

—Ya está, señorita; elegante y sobria.

—¿Voy de negro por la muerte de… de mi padre?

—Sí… —el tono de su voz fue débil y triste.

—No recuerdo cómo murió.

—Fue en el accidente del carruaje —se le quebró la voz y tuvo que ponerse un pañuelo en la boca.

—Isabel… —Alicia se levantó para consolarla.

—Era un hombre bueno y amable, la adoraba a usted.

—Siento haber preguntado, Isabel.

—Lo que me apena es que no le pueda recordar, con lo mucho que usted le quería. Se adoraban.

A Alicia le resultó muy triste que sus dos padres estuviesen muertos.

—Es hora de bajar, señorita. Yo la acompañaré si no recuerda dónde están las estancias de la casa.

—Muchas gracias.

—¿Sabe? Puede que haya olvidado muchas cosas, pero sigue siendo usted muy buena conmigo.

Las dos jóvenes se sonrieron. Alicia sintió que no estaba del todo sola en aquel lugar, en aquel “otro tiempo” y que, por fin, tenía una amiga.

Observó la casa, que tenía las mismas estructuras, pero con decoración modernista, nueva y reluciente.

—Isabel —la detuvo antes de entrar en la salita de té—, ¿en qué año estamos? —La doncella quedó sorprendida.

—En 1901, señorita.

—Gracias, Isabel.

“1901, madre mía”, pensó antes de entrar en la estancia.

Allí se encontraban “su madre”, “su hermano” y un señor mayor de nariz aguileña, anteojos redondos y pelo gris echado hacia atrás.

—Alicia, querida —se levantó la Condesa. Abrazó a su hija con poco apego, más para aparentar, aunque Alicia no entendió ante quien.

—Supongo que no recuerdas a tu tío Acacio.

—Lo lamento, pero no.

—Es el hermano mayor de tu padre, querida.

Acacio se levantó y fue hacia ella.

—Querida sobrina, cómo me alegro de verte de nuevo en pie. Estaba muy preocupado por ti.

El hombre era alto y delgado aunque estaba algo encorvado. Cogió la mano de Alicia y depositó un ósculo en el reverso. La joven tuvo que hacer un esfuerzo por no retirarla de inmediato, pues el beso fue frío y áspero y le dio la sensación de que venía de un viejo verde.

—Encantada… —Disimuladamente se limpió la mano en la falda del vestido, mientras tomaba asiento junto a su hermano postizo, que le pareció triste. Este apenas la miró; era taciturno e introvertido.

—Querida hija, ¿has podido recordar algo?

—No, lo lamento —fingió tristeza, pero lo que quería era irse de allí.

—Toma un té, querida, te hará bien.

La Condesa vertió un poco en una taza y se lo tendió.

Odiaba las infusiones, hubiera preferido un buen refresco.

Mientras se tomaba el té, observó el cuadro que pendía sobre la chimenea y que en el futuro no estaba. Era la Condesa pero años atrás.

—Querida, ahí era muy joven, tenía un par de años menos que tú.

—¿Y qué edad tengo?

—Realmente tu amnesia es severa, querida sobrina —intervino Acacio.

—Tienes dieciocho años.

—Vaya coincidencia… —dijo Alicia.

—¿Cómo?

—Nada… Y, ¿no soy muy joven para casarme?

—Qué tontería. Es la edad ideal. Yo tenía diecinueve cuando me casé con tu padre.

—Entonces tendrás cuarenta años como mucho.

La Condesa se escandalizó sobremanera. Dorian emitió una risilla disimulada.

—No se dice la edad de una dama.

—No eres tan vieja. Hay mujeres que a esa edad no tienen hijos, ni pareja y viven la vida.

—El accidente te ha trastocado demasiado, querida, hablas muy raro.

—Querida cuñada, ya querrían muchas mujeres estar tan bellas como lo estás tú.

—Acacio, siempre tan adulador. Gracias.

—Vuestro tío y yo debemos tratar unos asuntos. Dorian, acompaña a tu hermana a dar un paseo por los jardines. Las rosas están preciosas ahora mismo. El doctor Gramunt ha insistido en que le dé el aire.

Al menos podría conocer un poco mejor al muchacho.

Ambos eran un tanto distintos físicamente. Dorian era más alto, con los cabellos ondulados y oscuros. Su mirada verdosa le pareció triste.

Caminaron en silencio bajo el sol del medio día. Alicia se estaba asando como un pollo con aquella ropa oscura. Notaba el sudor caerle por la espalda hacia el trasero, que era la mejor sensación del mundo.

—Hace calor…

—Sí, es casi verano.

—¿Y cuántos años tienes? —indagó.

—Dieciséis.

—¿No estudias?

—Desde el accidente de padre no tomo clases.

—¿Yo también tomaba clases?

—¿Tú? —Se detuvo—. Hace unos años que terminaste en el Liceo de señoritas.

—Deduzco que no voy a la Universidad.

—Muy pocas mujeres acceden… Además, hace dos años que estás promedita con Aleix.

—Ya, no me acordaba de toda esa mierda.

—¿Qué?

—¡Que las mujeres no solo nacemos para casarnos y procrear! —Se detuvo al ver la alarma en la cara del muchacho.

—Alicia, ¿estás bien? Deliras…

—Sí, eso debe ser… —fingió un pequeño mareo.

Se sentaron a la sombra, cerca de unos rosales espléndidos. El aroma era intenso.

—¿Y mi prometido cómo es?

—¿No le recuerdas en absoluto?

—No os recuerdo a ninguno.

—Bueno, él… Es hijo de un empresario con bastante fortuna. Tienen fábricas por todo L’Hospitalet. Nuestro padre y el señor Llach tenían negocios juntos.

—¿Y yo tenía afecto por Aleix?

—No lo sé… —en su voz hubo un tono lastimero.

Alicia decidió cambiar de tema.

—¿Padre cómo era?

—Era un buen hombre —pareció sincero a decirlo.

—¿Y la Condesa, es buena madre?

—Ella es una mujer dura con nosotros. Pero ahora, tras lo sucedido, está muy preocupada por ti.

—¿Pero qué pasó? Es que no puedo recordar nada, de veras.

—Un accidente con el carruaje. Murieron padre y Ricard, el jardinero, que es el que conducía. Solo sobreviviste tú que saliste casi ilesa.

Alicia tuvo un pinchazo en el vientre y sintió nauseas.

—No me encuentro bien.

Vomitó un poco a un lado. Su hermano le ayudó a levantarse.

—Quiero ir a descansar.

El propio muchacho la acompañó al cuarto. Antes de irse le advirtió;

—No bebas el té que te den.

Y luego se fue dejándola a solas con cara de alarma.

Capítulo 7

Tras una tarde de mareos, Isabel acudió para ayudarla a arreglarse, ya que debía bajar a cenar. Su prometido, Aleix Llach, estaba invitado.

La ropa fue algo más ligera, pero también negra, acompañada de un collar y unos pendientes de azabache. Isabel le recogió los cabellos con delicadeza y le puso unos polvos blancos en la cara.

—¿Qué son?

—Polvo de arroz, para que esté más blanca y guapa.

—Pues yo creo que esta moda de estar blanca como un muerto no me favorece. ¿Y un poco de colorete?

—¡Señorita! Eso es de meretrices… —murmuró.

—Pues si pudieras ver la cantidad de tutoriales de youtubers bobas que acaban poniéndose una máscara de maquillaje… —se calló al ver la cara de Isabel, boquiabierta.

—Bueno, si dices que así voy bien… —rectificó.

Antonia entró sin llamar de pronto y ordenó a la criada que bajara a ayudar a la cocinera. Esta salió despavorida; se le notaba que le tenía miedo.

—Yo terminaré de arreglarle el tocado, señorita.

Alicia se puso en pie.

—¡Está bien así! Isabel ha hecho un excelente trabajo.

—Falta el…

—No me vuelva a tocar el pelo, señora —le ordenó con entereza.

Antonia la miró con inquina.

—La señora condesa me advirtió de que la enfermedad había trastocado su personalidad, pero no pensé que fuese tan maleducada.

—Mira, tía, enferma no estoy, loca es posible, pero maleducada será porque antes casi me arrancas la cabeza. No me vuelvas a tocar en tu puta vida. ¡Ya bajaré yo sola al salón!

El Ama de llaves se quedó tan estupefacta que reculó hacia la puerta.

—Sí, señorita Roses —dijo irguiéndose y mirándola con desprecio antes de irse.

Alicia se sentó de nuevo, alucinada consigo misma. Debía ser fruto de la situación que estaba viviendo, pero por lo general no poseía ese grado de confianza y mucho menos de mala leche. Suspiró con fuerza y bajó hasta la entrada.

“Podría irme”, pensó. “Pero estamos en 1901”.

—No pensará usted volver a salir sola a la calle, ¿verdad? —La joven se dio la vuelta al reconocer la aterciopelada voz de Aleix. Enrojeció al verlo; era muy guapo.

—No, señor Llach. La ocasión anterior me sentía muy aturdida.

—Permítame que la acompañe al saloncito. —Le ofreció su brazo y Alicia tuve que aceptarlo, no sin pasar vergüenza. Aleix era un joven atractivo, sin duda, de apariencia y modales agradables.

En el saloncito se hallaban la Condesa, Acacio Roses y Dorian. La joven se sentó en una butaca al lado de su madre, como esta le indicó.

—Querida, ¿te encuentras mejor? Dorian me comentó que te habías mareado en tu paseo. No quise molestarte esta tarde… —Puso cara de mucha preocupación.

—Estoy bien, solo fue el calor y estas ropas oscuras.

—Toma un poco de té, hija.

—Antes de la cena prefiero no tomar nada, no vaya a ser que me siente mal… —miró de reojo a Dorian.

—Claro, hija.

—Sé que no es menester hablar de esto ahora, pero me gustaría conocer dónde está mi padre enterrado.

Alicia quería saber más de él.

—En el cementerio de Montjuïc, en el panteón familiar. —La Condesa se tuvo que tapar la boca con un pañuelo, por la afectación.

—Me gustaría acudir a ver su tumba. Porque no está incinerado, ¿cierto?

Los presentes se quedaron perplejos.

—Está enterrado por el rito católico, señorita Roses —intervino Aleix.

Alicia se dio cuenta entonces de que su comentario había sido totalmente anacrónico.

—Qué barbaridades dices, hija mía. Tu padre tuvo su velatorio, una Misa digna de un Conde a la cual acudieron las más importantes personalidades de Cataluña. Y el mejor ataúd, cortesía del señor Llach padre.

—Condesa —dijo Aleix—, está claro que su hija está confusa todavía. Le ruego no se afecte.

—Oh, por supuesto. Alicia, iremos al panteón en unos días.

—Hablando del cementerio de Montjuïc —comentó de pronto Acacio mientras ojeaba el periódico—, están investigando una nueva muerte.

—¿Más? —preguntó Aleix.

—Sí, anoche encontraron a otra joven meretriz.

Alicia no reaccionó, acostumbrada a los terribles sucesos que veía diariamente por la televisión o las redes sociales.

Acacio, al ver que su sobrina no hacía comentario alguno, le tendió el periódico.

—¡Cuñado! —le reprendió la condesa—. No es lectura recomendable para una señorita.

—Querida, Alicia es una joven inteligente y debe estar al tanto de la sociedad que la rodea, sobre todo ahora que no recuerda muchas cosas.

La condesa lo permitió, no sin reticencias.

Alicia lo leyó sin mucho interés, pero cuando vio que se trataba de la sexta víctima, que solo era una niña y que presentaba signos satánicos, se le puso mal cuerpo. No daba muchos más detalles, pero comprendió que aquel hombre le dio el periódico apropósito.

La Condesa le arrancó el periódico de un tirón.

—¡Suficiente!

En aquellos momentos, unos toques en la puerta anunciaron que la cena estaba lista.

Pasaron al salón principal y se sentaron: la Condesa presidiendo la mesa, sus hijos a ambos lados, el prometido de Alicia a su vera y Acacio a la de su sobrino.

—Ocupo el lugar de mi esposo para honrar su memoria y espero que todos nos comportemos esta noche con propiedad —dijo mirando a Dorian y a Alicia. Luego bendijo la mesa.

Isabel, y otra sirvienta muy joven, fueron sirviendo la sopa con sumo cuidado. De hecho, la de menor edad tembló al ponerle la ración de sopa a Alicia. A esta le pareció que era muy pequeña para trabajar, pero recordó que aquella época era otra y las cosas funcionaban de forma muy diferente.

Al llegar a la altura de Acacio, el viejo miró a la chiquilla con evidente interés, que palideció más aún. Luego terminó su trabajo y se marchó con Isabel.

Alicia empezó a sospechar qué tipo de pervertido era su tío postizo y se le revolvieron las tripas. Pese al malestar, se tomó su sopa con toda la educación de la que fue capaz.

En general no se habló mucho durante la cena hasta que los postres se sirvieron. Mientras se retiraban los platos, a la pequeña sirvienta se le resbaló uno que cayó al suelo, rompiéndose. Tanto Isabel como Alicia acudieron de inmediato a ayudarla.

—¡Alicia! —gritó su madre—. ¿Pero qué haces? —Alicia se sentó de nuevo, ofuscada—. Una joven de tu posición no debe hacer eso.

—Es su bondad, señora Condesa —la defendió Aleix—. No lo puede evitar.

—Pero tiene que entenderlo. Isabel —cambió de tema—, recógelo todo y lleva a la nueva con Antonia.

—S-sí, señora… —En los ojos de la chiquilla se pudo percibir el terror, y también en los de Isabel. Finalmente ambas desaparecieron.

—No seas dura, cuñada. La niña aprenderá el oficio.

—Si quieres puedes llevártela a casa, no me sirven tan patosas. Qué difícil encontrar sirvientas de calidad en estos tiempos.

Alicia estaba alucinando con tanto despotismo. Aquella mujer le estaba entregando una chiquilla a un más que probable pederasta, como si fuera mera carnaza.

—Me gustaría que fuera mi sirvienta —intervino.

—Qué tontería, ya lo es Isabel y hace su trabajo perfectamente.

La Condesa se levantó y todos lo hicieron tras ella.

—Vayamos al saloncito a tomar el café.

Alicia no tomó ninguna infusión, ni el café. La advertencia de Dorian había sido suficiente. La Condesa y Acacio hablaban tranquilamente de temas de sociedad. El joven estaba sentado al lado de Aleix, y pareció cohibido. Por más que los observó a todos, a Alicia no le pareció que fuesen normales.

—Voy a refrescarme un momento. —Se levantó para buscar a Isabel en las cocinas.

—Isabel… —la llamó. Esta salió de inmediato.

—¡Señorita!

—¿Está bien la niña?

—Doña Antonia solo la ha reñido, pero esta noche se irá.

—¿A casa de mi tío? —Isabel palideció.

—No lo creo. Pero aquí son muy estrictos con nosotras. No se preocupe más —intentó quitarle hierro al asunto.

Alicia no se atrevió a hablar con ella sobre sus sospechas, pues no disponía de pruebas.

—¿Dónde hay un aseo? —Isabel la acompañó a una pequeña estancia donde se refrescó en la pila de agua.

“Están todos pirados”, pensó. “No sé qué es, pero no hay nadie normal en esta familia”.

Tras tomarse un necesario descanso, se dirigió hacia la salita. Antes de entrar escuchó sus conversaciones y pegó la oreja a las macizas puertas de madera. No distinguió del todo lo que decían, pero lo captó a grandes rasgos.

—Habla y se mueve de forma muy diferente. Dice cosas extrañísimas.

—¿Seguro que no es parte de su fingir?

—No finge.

—Yo creo que ha perdido el juicio, no la memoria.

—Yo la veo aturdida, fuera de lugar.

—Lo mejor sería internarla un tiempo.

—Qué locura.

Aquello no le hizo gracia alguna a la joven, que entró tras llamar a la puerta.

—¿Estás mejor, querida?

—Sí, madre.

—Yo debo partir. —Aleix se levantó—. Señorita Alicia, ¿me permitiría venir mañana a visitarla? Podríamos pasear por el jardín.

—Claro, será un gusto.

La Condesa pareció complacida, Acacio divertido y Dorian apático, como de costumbre.

—Así sea, pues. Buenas noches y muchas gracias por esta velada tan entretenida. Ha sido un placer.

Después de aquello, Alicia se fue a sus aposentos y se sentó al lado del ventanal que daba al jardín trasero. Abrió este para escuchar el sonido de los grillos y sentir el aire limpio de la noche. La ciudad Condal y el Eixample eran muy diferentes en aquella época.

—Esta familia no me gusta un pelo… —musitó.

Decidió estar alerta en todo momento y seguirles la corriente.

Capítulo 8

Aquella noche Alicia no tuvo sueños extraños porque, sencillamente, no pudo pegar ojo. Pensó en la pobre chiquilla y en si se la habría llevado Acacio a su casa.

Los grillos seguían con su charla nocturna, pero algo escuchó que le hizo ponerse en alerta. Encendió un candil y salió de la habitación.

El sonido, como quejumbroso, se escuchó en la lejanía. Caminó un poco hasta que vio una luz que bajaba del piso superior y se quedó petrificada.

—¿Qué hace aquí a estas horas, señorita?

No era otra que Antonia, en camisón y con los cabellos sueltos; pareció una bruja salida de la peor pesadilla.

—Iba al aseo.

—No son horas de nada, váyase a su cuarto y use la palangana. No deambule o cogerá frío.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y volvió a subir por las escaleras.

—Joder, qué miedo me ha dado la arpía esta —se dijo mientras volvió a su cuarto.

Finalmente, y de puro cansancio, Alicia se durmió hasta bien entrada la mañana. Una dulce vocecilla la despertó.

—¿Isabel?

—Estaba usted tan agotada que la dejé descansar.

—Anoche no podía dormir.

—Tengo buenas noticias de la sirvienta. Esta mañana se ha ido a casa de una amiga de la Condesa. No tiene que preocuparse más.

—¡De verdad! ¿No está con Acacio?

—No, en absoluto. —Alicia creyó quitarse un gran peso de encima.

—El señor Llach ya ha llegado para su paseo con usted. Hay que arreglarla —Alicia bufó con desagrado.

—¿No es de su gusto?

—Me considero muy joven para casarme con un desconocido. Es atractivo y galante, pero… Es que no le recuerdo.

—Tengo entendido que muchas señoritas de abolengo quieren ser sus esposas.

—Qué poca autoestima…

—Su padre y el Señor Llach eran muy amigos, y por eso, usted y…

—Supongo que es porque tienen mucho dinero.

Isabel puso cara de apuro.

—Ahora tener título ya no es lo mismo que antes. Son los nuevos ricos, los burgueses, quienes manejan el comercio, la política y el dinero. Pero yo poco sé de estas cosas, solo lo que escuché hablar al señor con sus amigos empresarios.

—Entiendo… O sea, que me usan de moneda de cambio. Creía que mi padre me quería mucho más…

—¡No lo malinterprete, se lo ruego! Su padre cedió por las presiones económicas y de la Condesa. Y usted estuvo de acuerdo… —Las lágrimas saltaron a los ojos de la muchacha y Alicia vio el profundo afecto que le profesaba a aquel hombre que ella nunca podría conocer.

—Está bien, no te apures. Vamos, ayúdame a prepararme.

Recatada y elegante bajó al jardín para encontrarse con Aleix, que la esperaba en la mesita de jardín, a la sombra, tomando un café.

Al menos no hizo el calor sofocante del día anterior y Alicia pudo soportarlo.

—Señorita —Aleix la saludó levantándose y le besó el dorso de la mano.

—Buenos días, señor Llach.

—Puede llamarme Aleix, me sentiría más cómodo.

—Lo mismo digo, prefiero Alicia.

—¿Cómo se encuentra hoy de salud?

—Mejor, gracias por su interés.

—Estuve muy preocupado cuando tuvo el accidente.

—Le agradezco su preocupación.

Alicia pensó en Orgullo y Prejuicio o Sentido y Sensibilidad como base para poder comunicarse con propiedad y no coloquialmente como en pleno siglo XXI. Eran épocas y lugares distintos, pero le podía servir.

—Le resultará todo muy extraño si no recuerda nada.

—Mucho, me temo.

Aleix sacó una pipa y fue a encenderla, pero Alicia lo detuvo.

—Le ruego no fume delante de mí, me produce náuseas.

El joven se guardó la pipa, extrañado.

—Ha cambiado usted mucho, Alicia. Antes no le molestaba.

—El fuerte golpe en la cabeza aún no se ha curado. Confío en que cuando mejores yo vaya recuperando la memoria.

—Señorita, Alicia, permítame decirle que mi afecto hacia usted no ha cambiado, y que mis deseos de desposarme con usted son los mismos…

A Alicia le entró la risa tonta al recordar al señor Darcy, de Orgullo y prejuicio. Aleix pareció desconcertado.

—Perdón, es que me recordó una pel… a un libro que leí.

—Vaya, lamento que mis sentimientos le produzcan risa…

—No, no es eso. Es que no le conozco ahora mismo, y esto me viene grande.

—Entiendo, tendré que pretenderla de nuevo para que su afecto por mi florezca de nuevo.

—No sé si ahora seré de su agrado, no soy la misma mujer.

—Entiendo… Pero estoy seguro de que sí… ¿Desea usted algún refrigerio? —La joven asintió, pues no desayunó aquella mañana.

El joven se levantó y se fue.

Aquello le hizo recordar a Alicia un suceso no muy lejano. Un chico le pidió ir a tomar algo. Siempre le cayó bien, pero nunca pensó que le pidiera salir. Más que por gustarle, fue para hacer un amigo. Hablaron de varias cosas, se rieron, dijeron de pedir unos batidos. Cuando se los trajeron, y sin mediar palabra, él le tiró el contenido por la cabeza. Aparecieron entonces el grupo de arpías que le hacían la vida imposible, grabando con sus móviles. Fue la comidilla del instituto durante meses y ningún chico quiso saber nada de ella.

Desde entonces se cerró completamente a la idea de gustarle a un hombre, y difícil sería que abriera su corazón.

Aleix volvió con una bandeja en las manos, zumo de naranja recién exprimido y pastas de té. Le sirvió el refrigerio él mismo, siendo muy educado.

—Gracias.

—Beba, por favor. —El se mantuvo en silencio un rato, mirándola.

—Señorita Alicia —dijo—, seré paciente dadas las circunstancias, pero reconozco que llevo esperando ya dos años, desde que la conocí…

La asió suavemente de la muñeca y besó sensualmente el interior de esta.

Alicia se puso roja y el corazón se le disparó, sobre todo cuando Aleix la besó en los labios. Se levantó de golpe y le tiró encima el zumo por puro instinto, dándose la vuelta y yéndose hacia el jardín.

Aleix sonrió mientras se limpiaba con su pañuelo.

—¿Qué ha pasado? —Entró en escena el joven Dorian—. Mi hermana estaba muy ofuscada.

—Algo que ya te gustaría que te hiciera a ti. —Aleix le sonrió con malicia.

Dorian se puso pálido. Se dio la vuelta y se fue muy afectado.

Alexis encendió la pipa y se quedó tranquilamente allí, con una sonrisa sardónica en el rostro.

Alicia, por su parte, caminó por entre los pasillos de los setos que formaban un pequeño laberinto.

—¡Qué vergüenza! —gritó—. Ese cabrón me robó mi primer beso. Pedazo de capullo.

Llegó al roble que estaba en el centro, y que seguía allí en el futuro, aunque mucho más grande. Se sentó a su lado y se apoyó en él.

Recordó que de niña guardaba allí sus juguetes secretos, cuando iba a ver a sus abuelos, porque tenía una obertura en la base. La buscó hallándola con facilidad. Aquel sentimiento, aquel recuerdo, le produjo unos sollozos al recordar un tiempo pasado y feliz, paradójicamente futuro, pero que ya no volvería.

Miró la obertura, recordando sus juguetes, cuando le pareció distinguir algo entre las plantas y malezas.

Metió la mano llevándose por delante las telarañas y sacó una caja de madera con grabados modernistas, muy bonita. No la pudo abrir pues se necesitaba una llave. Al moverla se escuchó un objeto dentro.

Decidió esconderla y se la llevó a su cuarto.

Capítulo 9

Alicia estuvo buscando la llave que abría la caja, por probar, pero no la encontró. Y eso en el supuesto de que perteneciera a su antepasada.

Intentó abrirla con un abrecartas, horquillas y otros objetos que encontró; sin éxito.

—Internet me vendría genial para averiguar cómo abrir esto —musitó dándole vueltas a la caja. Se fijó en las pequeñas bisagras traseras y pensó en que, si las conseguía desatornillar podría forzarla de alguna forma después.

Una hora después, y mucho sudar obcecada en el objeto, pudo abrirla por la parte trasera y meter los dedos. Palpó papel y algo metálico, aunque no lo pudo sacar.

—Joder… —Metió los dedos de ambas manos e hizo palanca hasta conseguir doblar el cerrojo. Cayeron al suelo unas cartas y una llave gruesa.

Las recogió de inmediato y empezó a fisgonearlo todo. Las cartas estaban escritas sobre un papel tosco, además pareció escrito por un niño y lleno de faltas ortográficas.

No habían muchas misivas y eran breves.

Las ordenó por fechas. Databan de muchos meses atrás.

6 avril

Queria señorita Alicia

Usted sabe mi aprecio a usted. Siempre planto sus rosas favoritas. No soi digno del amor de usted. Yo lo se. Pero la amo de verdas. Soi inculto se escribir poco i pido pedon por eso.

R.

Alicia se quedó patidifusa, no por las faltas, sino por la declaración del tal R. Siguió leyendo:

30 avril

Mi amada Alicia

E leído el libro que usted ma dejao y aprendo algunas cosas para escribir bien. Las rosas están creciendo como mi amor por usted

Se que no podemos estar juntos porque pronto usted se casara con ese hombre rico

Yo se que usted no le ama, que es a mi.

Que podemos hacer.

R.

—Vale, esto sí que es fuerte —exclamó.

Las siguientes tres cartas eran de estilo parecido, hasta que la cosa cambió.

15 mayo

Mi amada Alicia

Aller fue el mejor dia de mi vida. Fuiste mia y yo tullo. Las rosas ja an florecido como nuestro amor. No podemos seguir aquí, tenemos que irnos

Tu familia me matara si sabe de nuestro amor. Ellos acen cosas cada vez mas raras.

Te amo.

R.

—¡La virgen! Se acostaron…

6 junio

Mi amor

Ahora saben lo nuestro. Por eso quieren casarte ja con ese hombre.

Tu padre nos alluda, no se como agradecerle…

Tengo que irme a otra casa que tu padre ha buscado pa mi. Pero no permitiré que nos separen pa siempre.

Siempre tuyo

R.

No quedaban más cartas. Rebuscó por el suelo con la esperanza de que alguna se hubiese deslizado bajo el lecho, pero no hubo suerte.

—No me podéis dejar así… —Se mordió las uñas.

Unos toques en la puerta le hicieron saltar como un resorte y tiró todo bajo la cama.

—Adelante.

Se trató de Antonia.

—La señora y el señorito la esperan para cenar.

—Ahora bajo. —La mujer la miró de arriba abajo y luego salió.

—Justo ahora tienen que dar por saco, en el momento más interesante.

Bajó y se sentó junto a la Condesa.

—¿Cómo estás, querida?

—Bien, madre.

—¿Recuerdas algo?

—Muy poco —contestó mientras se bebía la sopa lentamente.

—¿Qué tal con el señor Llach.

—Bien, gracias. —Mordió un trozo de pan con fuerza al recordar el beso robado. Intentó parecer serena, pero aquel acoso directo por parte de un tío le cabreaba muchísimo.

“Pedazo de gilipollas”, pensó.

—Recuerda se amable y cortés con él, depende mucho nuestro futuro de que tengáis un buen matrimonio.

—Si pudiera no me casaría con él.

—¿Qué has dicho? —la condesa se quedó atónita.

—Que me estoy pensando seriamente casarme con él.

La mujer se levantó y abofeteó a su hija sin miramientos, tan fuerte que casi la tiró de la silla. Dorian se irguió instintivamente para ayudar a su hermana, pero una mirada de la Condesa lo paralizó.

—¡Escúchame bien, estúpida! Tendremos título, pero estamos arruinados. Estos últimos años ha sido la familia Llach la que ha cuidado de nosotros. Y ahora que tu padre está muerto, ¿quién te crees que va a sufragar nuestros gastos?

Alicia la miró con la cara ardiendo por el tortazo. Por dentro entró en cólera y se levantó, cogiendo el mantel de la mesa y tirando de él hasta que todo voló.

—¡A mí qué cojones me importará esta puñetera familia! ¡Enteraos de una puta vez, me llamo Alicia Balaguer y vengo del 2017! ¡Este no es mi cuerpo y no soy tu hija, ni tu hermana! ¡Os podéis ir a la mierda!

Tanto la Condesa como Dorian se quedaron atónitos. La vieron salir corriendo hacia su cuarto, donde se encerró por dentro muerta de ansiedad.

Se quitó la ropa como pudo, e intentó respirar.

—¡Quiero volver! ¡Quiero volver a casa, joder! —gritó a pleno pulmón.

Se echó sobre la cama y lloró hasta quedarse dormida.

Capítulo 10

La joven se despertó ya de noche y durante un instante no recordó dónde estaba. Tuvo la esperanza de haber regresado a su vida real y buscó su móvil en la mesilla. No estaba, como tampoco la lamparita de noche.

No, no había vuelto.

Suspiró agotada mentalmente.

—Ahora sí que me meterán en un manicomio —concluyó cuando estuvo más calmada.

Cogió el camisón y la bata, un quinqué y salió de su cuarto. Esperó no encontrarse de nuevo con la bruja de Antonia. Lo que quiso fue buscar a Isabel, su única amiga, y hablar con ella porque necesitaba averiguar quién era el tal "R".

Subió al piso superior, donde dormía el servicio, pero sin saber cuál era la estancia de la muchacha. Como entrara en la habitación del Ama de Llaves, eso iba a ser peor que un capítulo de American Horror History.

—Señorita Alicia… —susurró débilmente una voz a su espalda que casi la hizo brincar hasta el techo.

—Oh, por Dios… —Isabel tironeó de ella hacia su pequeño y austero cuarto.

—¿Qué hace aquí?

—Te buscaba…

—Señorita, estar aquí es muy peligroso. Por… Antonia…

—Lo sé, pero me urge hablar contigo sobre un tema…

—Escuché lo que les gritó en la cena a la Condesa y al señorito, ¿por qué dice esas locuras? ¿No ve que la mandarán al manicomio?

—Isabel, yo sé que no es creíble, pero es la verdad. No soy esa Alicia, soy otra y vengo del… futuro.

La joven se quedó trastocada, con cara de angustia.

—Te podría explicar mil cosas que van a suceder: un Guerra Civil dentro de 35 años que dividirá a los españoles, casi 40 años de dictadura militar, luego una democracia donde las mujeres podremos votar… Todo esto te sonará a chino, quiero decir… a absurdo. Solo te pido que confíes en mí.

—Sé que usted habla y se mueve de forma distinta, que dice cosas muy raras. Pero el doctor dice…

—Me la suda lo que diga el doctor. ¿Ves? No hablo como cabe de esperar.

Al ver que Isabel estaba "acojonadita", Alicia apeló a la religión.

—Dios me ha mandado aquí, es un acto de Dios, un plan divino.

—¿Usted cree?

—Por supuesto. Yo me llamo Alicia Balaguer, tengo 18 años y vivo en 2017 en esta misma casa, porque estos son mis antepasados. Algo malo pasó en mi familia y Dios me ha enviado aquí.

En realidad Alicia no sabía por qué de aquel viaje en el espacio tiempo, pero aquella teoría podría ser perfectamente válida.

—No te pido que me creas si te es imposible, solo que me apoyes y me ayudes.

—Yo siempre, siempre estaré a su lado.

Las dos jóvenes se abrazaron con fuerza.

—Eres lo mejor que me ha pasado en este mundo tan hostil, Isabel. Tener una amiga de verdad.

Isabel se echó a llorar por la emoción.

—Gracias, señorita, lo mismo le digo…

—Mira, he encontrado estas cartas en una caja del jardín —dijo mientras se las sacó del escote y se las entregó.

—No sé leer, señorita.

—Oh, lo siento. Te las leeré, las firma "R" y son cartas de amor.

Se las fue leyendo una por una hasta que Isabel se llevó las manos a la cara.

—¡Ricard!

—¿Quién es Ricard? —Le sonó haber escuchado el nombre antes.

—El jardinero, sé que estaba enamorado de usted, pero no que usted de él…

—Yo no…, bueno, ¿y dónde está? ¿Se fue a otra casa finalmente? ¿Podré hablar con él?

Isabel pareció languidecer de pura tristeza.

—Señorita, Ricard está muerto. Conducía el carruaje cuando pasó lo del accidente…

Alicia entonces recordó que ya se lo habían contado con anterioridad, pero no lo relacionó. Sintió una inmensa lástima en su interior y se puso a llorar.

—Pobre chico… —Bajó la cabeza.

—No es su culpa. Pasó así. —Isabel intentó consolarla.

—Es muy triste que dos personas que se amaban ya nunca puedan volver a estar juntas.

—Lo es, señorita… —La sirvienta se echó a llorar también, como si una pena terrible también le pesara en el alma.

Tras un rato en silencio, Alicia optó por dejar a la joven sirvienta a solas y volvió a su cuarto. Apoyó la espalda en las puertas y se deslizó hasta el suelo.

—Dios, si existes, dime para qué coño me has traído hasta aquí, porque no entiendo nada…

No obtuvo respuesta, como cabía de esperar.

Capítulo 11

Aquella noche, antes de echarse a descansar, Alicia trazó un plan para evitar que se la llevaran a un manicomio.

Al día siguiente le pidió a Isabel que le contará todo lo que se le ocurriera sobre Alicia Roses, sobre la Condesa, Dorian, Aleix, Acacio y su padre. Lo suficiente para que pareciera que recobraba la memoria poco a poco tras el traumático accidente.

Por sí misma bajó a ver la Doctor cuando fue a visitarla tras una misiva de la Condesa.

—Su madre me ha contado lo sucedido anoche.

—Tuve un ataque de… locura transitoria, por la presión de los demás para que recordara cosas cuanto antes.

—Ya veo… —No pareció muy convencido.

—Voy a pedirle disculpas a mi madre de inmediato, por mi inadecuado comportamiento. De hecho ya he empezado a recordar algunas cosas. Tal vez lo que sucedió ayer me ayudó a ir volviendo a la realidad.

Gramunt estaba desconcertado: la joven fue todo tranquilidad y buenas maneras, y se expresó con mucho sentido común, no era el basilisco que le describió la Condesa.

Alicia hizo sonar la campanilla y apareció Isabel: todo estaba planeado.

—Por favor, Isabel, pídele a mi señora madre que se una a nosotros.

—Así lo haré, señorita.

Minutos después, la mujer apareció muy erguida y seria. Se sentó en una butaca entre el médico y su hija.

—Madre, quiero pedirle disculpas por mi comportamiento. El doctor estará de acuerdo en que fue por el trauma del accidente, el golpe en la cabeza y la muerte de padre. Pero, tras descansar, me encuentro mucho mejor e incluso comienzo a recordar algunas cosas.

El médico fue incapaz de dar réplica negativa ante tal explicación.

—Está bien, te perdono. No eras tú.

—Exacto, madre, no era yo.

—¿Y qué has recordado? —quiso saber ella.

—A padre. Al ver esta mañana su retrato me ha venido a la mente lo amable y bueno que era conmigo. Y he sentido una pena terrible por su pérdida —fingió desánimo—. Necesito despedirme de él en su tumba y dejar las rosas que tanto le gustaban, las rojas del jardín.

La Condesa se sentó a su lado y la cogió de la mano para darle su consuelo.

—También me siento mortificada por cómo he tratado a Aleix Llach, después de todo lo que ha hecho su familia por la nuestra.

—Entonces… ¿podemos continuar con los preparativos de boda?

—Por supuesto, madre.

—¡Eso es estupendo!

—Su hija ha experimentado una gran mejora, sin duda —apuntó el Doctor.

—Alicia, querida mía, el Doctor Gramunt y yo debemos tratar unos asuntos. ¿Te importa dejarnos a solas?

—Por supuesto, iré a pasear al jardín.

Salió sin que aquello le hiciera una pizca de gracia, pero tuvo que continuar con su papel. Pero no se fue, escuchó tras la puerta al ver que no había moros en la costa.

—¿Hasta qué punto recuerda, doctor?

—Banalidades. Lo mejor es no presionarla, y dejar que vaya recordando por sí misma.

—De acuerdo, le informaré de todo.

—¿Lo de la noche del domingo está preparado, mi querida señora?

—Todo apunto.

Y rieron a conjunto, con despreocupación.

Alicia, mosca, tuvo que retirarse por precaución y siguió con el plan del día.

Después de comer, la Condesa insistió en que se probara el vestido de novia. Cuando le fue apretado de cintura la mujer se sorprendió, pues por lo demás estaba delgada.

—No lo entiendo —dijo—. Habrá que ajustarlo.

Alicia odió el vestido. Era pomposo y lleno de encajes, nada que ver con los vestidos modernos que salían en esos programas americanos de novias buscando como locas.

—Pensaba que iría de luto.

—El vestido ya estaba encargado, Aleix Llach pagó mucho por él. Sería una falta de respeto hacia su bondad. Le pregunté al Obispo y me dijo que se podía hacer una excepción. Además, el enlace será en nuestro maravilloso jardín con unos pocos allegados. Voy a por el velo, ¡estás guapísima!

Mientas su madre faltaba, Dorian miró a Alicia con evidentes celos.

—Te sienta muy bien, Aleix es un hombre afortunado —pero no sonó sincero en absoluto.

—¿Lo conoces mucho?

—¿Por qué tú puedes casarte con quien quieras y yo no? —Alicia se quedó perpleja.

—¿A qué te refieres? —Dorian la cogió por los hombros y apretó.

—Nadie comprende cómo me siento por dentro. Ojalá te hubieses muerto, así no tendría que ver cómo te casas.

La joven le dio un pequeño tortazo y Dorian se quedó atónito.

—Ya lo entiendo, Dorian. Estás enamorado de él… —El chico palideció.

—¡Estás fatal! Yo no soy un invertido.

—Yo no he dicho que lo seas, no tienes culpa, no eres un invertido en absoluto.

—¡No me vuelvas a decir eso!

—Pero… —El chico se dio la vuelta y salió por la puerta, airado.

—Están todos peor que yo. Podrían hacer una serie en Netflix con tanto material —bromeó para sí.

Durante la cena, a la que estaba invitado tío Acacio, este no paró de comentar sobre la nueva víctima del “Jack el destripador Barcelonés”. Su cuñada lo mandó callar en diversas ocasiones, y Dorian, por su parte, fue incapaz de levantar la mirada de su plato.

Alegando un muy real dolor de cabeza, Alicia volvió a sus aposentos en compañía de Isabel. Se cruzaron con Antonia y una de las nuevas y jóvenes sirvientas, vestidas ambas para salir de noche.

Alicia las miró inquisitivamente e Isabel insistió en continuar, pero la joven vio el miedo en los ojillos de la niña.

—¡Vamos, no te detengas! —la espoleó Antonia.

—Isabel, ¿dónde van?

—La devuelve al orfanato. No sirve para trabajar.

—¿A estas horas?

—Es para que los vecinos no chismorreen.

—Isabel, que no nací ayer…

“Más bien dentro de 90 años”, pensó con sorna.

La sirvienta la asió del brazo y la acompañó a su cuarto con premura.

—Las niñas son prostitutas, de barrios bajos. Antonia es una abortera.

—¡Joder! ¡Pero eso es una aberración!

—Lo sé, Dios lo dice.

—Qué Dios ni qué nada. Lo digo porque es insalubre y puede matar a las niñas haciéndoles esa barbaridad, tan jóvenes. Apuesto a que más de una ha muerto.

—Eso lo ignoro, porque luego se las llevan.

—¿Lo sabe la Condesa?

Isabel asintió en silencio.

—Hija de puta. ¿Y por qué hacen eso? ¿Por dinero? Pero esas niñas no tienen dinero…

—No les pagan las niñas…

—¿Acacio tiene algo que ver?

—Creo que sí.

Alicia pensó en una red de pederastia donde violaban a las niñas, las dejaban preñadas y luego las mandaban a abortar a la casa. ¿Y dónde estaba la sala de abortar?

—Quiero contarle la verdad sobre mí, señorita.

—¿Qué verdad?

—A los 14 años tuve que prostituirme ya que mi hermano mayor se fue la Guerra de Cuba. No tenía ni qué comer.

Alicia palideció, asombrada.

—Con 17 años conocí al Conde Roses. No sabía quién era al principio, solo que me frecuentaba a menudo. Nunca fue rudo ni brusco. Me trajo aquí para servir en la casa. Me dijo que tenía una hija a la que adoraba y que quería que yo la sirviera y acompañara.

—¿Estabas enamorada de él?

—Sí, señorita —se echó a llorar. Alicia la abrazó—. Y él me quería, por eso me sacó de aquel lugar inmundo.

—Entiendo…

—Pero me quedé encinta y ellas me lo quitaron.

—¿La Condesa y Antonia? —Isabel asintió en silencio.

—Qué hijas de puta. Te prometo que me las van a pagar tarde o temprano.

Alicia se sintió rabiosa.

—¡No, señorita! Déjelas, son capaces de hacerme algo peor si se enteran. —Se puso a temblar.

—Está bien, no haré nada…

Pero Alicia no pensaba quedarse de brazos cruzados.

Capítulo 12

La mañana siguiente se prepararon todos para ir al cementerio. Acudieron hasta Montjuïc y Alicia pudo ver lo distinta que era la Barcelona de aquella época, lo pequeño de l'Eixample, que seguía en construcción. La familia Roses fue de las primeras en encargar su mansión, convirtiéndola en su residencia habitual todo el año.

El cementerio se construyó porque los camposantos de barrio se quedaron muy pequeños, siendo también los Roses quienes tuvieron su mausoleo personal de los primeros.

Alicia observó, mientras caminaba por sus calles, que el estilo era neoclásico y modernista. Fue paradójico porque Alicia estaba visitando un lugar que se negó a hacer en el futuro. Primero porque cuando sus abuelos fallecieron era pequeña, y segundo porque no quiso acudir al entierro de su padre.

Al llegar vio que la construcción era neoclásica pura, sobria y sin demasiados adornos. Dentro se hallaba el ataúd del Conde Roses, el primero en estrenarlo, para su desgracia. A la joven le dio pena y sollozó, lo que le dio realismo a la escena.

Salió afectada y sintió náuseas. Vomitó tras unos arbustos. La Condesa le ofreció su pañuelo.

—Lo lamento…

—Es natural, tu padre te adoraba y tú al él, querida.

—Estoy indispuesta, vayámonos ya, por favor.

—Dorian, ayuda a tu hermana —le ordenó y el chico lo hizo sin rechistar.

Alicia se sintió mal de veras y empezó a sospechar que la drogaban. Dorian le dijo que no bebiera té, pero podían echarle el veneno o lo que fuera en cualquier parte. No se fiaba ni de la Condesa ni de Antonia.

Durante el viaje de vuelta en carruaje le dio muchas vueltas a lo que había comido que pudiera estar envenenado. Por las mañanas le traía el desayuno Isabel. En las comidas y las cenas les servían por separado los platos. Ahí tenía que aprovechar Antonia.

Alicia empezó a emparanoiarse bastante.

Ya en su cuarto se tumbó a descansar. El corpiño la estaba matando, por lo que se deshizo de él frotándose la barriga y el estómago hinchados.

—¡Joder! —se incorporó. Tiró rápidamente de la campanilla para llamar a Isabel, que apareció a los pocos minutos.

—Isabel, ¿cuándo fue la última vez que tuve la regla?

—¿La regla? —preguntó con desconcierto.

—El período, la última vez que sangré.

—¡Oh! Pues… hace meses…

—Oh, por Dios… —Alicia se llevó las manos a la cara.

—¡Oh! —También lo hizo Isabel—. Hasta que me leyó las cartas no supe había dejado de ser virgen, así que creía que lo no tener sangrados sería por otras razones.

—Estoy preñada… —La joven se tumbó con las manos en la barriga, angustiada.

—No se puede enterar nadie. Tenemos que proteger al bebé, es un regalo de Dios, sobre todo de ellas… —dijo refiriéndose a la Condesa y a Antonia.

—Solo soy una cría… ¿cómo voy a tener un hijo? Y en esta época, sin padre…

—Algo se nos ocurrirá, señorita.

—¿Me puedes dejar sola?

Isabel se fue y Alicia se quedó sobre la cama con las manos en el bajo vientre.

—Soy la Virgen María…

Le entró de pronto un ataque de risa que no pudo contener. Tal fue el caso que hasta le saltaron las lágrimas.

—Ay, que me meoooo. —Acabó encorvada sobre la cama, muerta de la risa y se calmó poco a poco. Aunque la situación la superaba, debía proteger el ser que se estaba formando en su vientre porque era su antepasado y si no nacía, ella tampoco lo haría. Tal vez ese fuera su cometido allí.

Después de comer, Alicia paseó por el rosal para intentar pensar qué hacer. Al otro lado del laberinto de setos había un pequeño templete, así que corrió por las callecitas para llegar a este y guarecerse de la lluvia que empezó a caer. Sin embargo no llegó porque vio a Aleix y a Dorian hablando en su interior

El chico agarraba al hombre por la solapa de la chaqueta, pero no en actitud agresiva sino más bien desesperada. Alicia se escondió entre los setos intentando no hacer ruido. Aguzó el oído todo lo que pudo.

—¿Por qué haces todo esto? —preguntó Dorian.

—¿El qué?

—Ignorarme así desde hace meses y reírte de lo que siento —su tono de voz era lastimero.

—Vamos, chiquillo, no creerías de veras que todo iba en serio.

—Tú no eres el Aleix que yo conocí, has cambiado.

—Como ya no me interesas, ¿he cambiado? Pobre muñeco roto.

—Me dijiste que me amabas. —Dorian sollozó con angustia.

Alicia abrió mucho los ojos y la boca, alucinando. Aquello sí que no se lo esperaba.

—Ibas a casarte con Alicia para estar conmigo.

—Pues ya no será por eso, así que ve olvidándote de mí, pequeño desviado.

“¡Menudo drama gay!”, pensó ella.

—¡No, Aleix! No eres el mismo, has pasado de la bondad y el cariño a ser un hipócrita calculador. Es como si no fueras tú.

—¿Y si no soy yo, quién se supone que soy?

—El que has vuelto loca a esta familia… —Aleix se rió.

—El verdadero Aleix está aquí dentro, viéndote sufrir por él. Y soy un malvado y horrible ser que lo ha poseído… —volvió a reírse—. Simplemente ya no te quiero, Dorian, asúmelo y déjame en paz.

Alicia escuchó pasos sobre la hojarasca y sollozar a Dorian. Salió lentamente de detrás de los setos y se acercó al templete. El muchacho estaba de rodillas sobre el suelo. Al verla se asustó y se levantó para limpiarse las lágrimas, avergonzado.

—¿Qué haces? —inquirió él.

—Lo siento, no quería escucharlo, pero…

—¡Eres una entrometida! —Cargó su irá contra ella.

—¡Yo no me quiero casar con ese hombre! —afirmó.

—¿Y a mí qué me importa ya?

—Dorian, me siento fatal por lo que estás sufriendo. Pero no hagas caso de lo que te ha dicho, no eres un desviado. De donde vengo, los homosexuales se pueden casar…

—¡Deja de decir tonterías de loca! Si supieran lo que soy, ¿te crees que mi apellido me salvaría? ¡No!

Alicia sintió angustia, pues tenía razón. Igual que ella, que no tenía ni voz ni voto por ser mujer. Pero aquel pobre muchacho estaba peor, no podía vivir su sexualidad libremente si ser considerado un pervertido. Lo encarcelarían, como hicieron con Oscar Wilde, sometiéndolo a trabajo forzados. Y solo era un crío.

—Mira, yo no voy a revelar tu secreto y no hablaré de ello con ese cabronazo de Aleix. Tienes todo mi apoyo.

Dorian se quedó desconcertado.

—¿Te estás burlando de mí?

—En absoluto, estoy a favor de los homosexuales. Te lo dice una que creen que está loca, pero nada más lejos de la realidad.

—¿De verdad no te acuerdas de nada?

—Casi nada. —Alicia consideró que todavía no podía fiarse de él cien por cien.

—Ten cuidado con ellos; esconden cosas.

—Me he dado cuenta…

—Será mejor que volvamos, estás empapada. Y no es buena idea que te enfermes y te mediquen, ya me entiendes…

Alicia asintió con cara seria.

—Está bien, pero antes… ¿me podrías contar brevemente qué te pasó con Aleix?

—Durante la cena en la que el padre de Aleix nos lo presentó a toda la familia, no pude evitar fijarme en él. Pero yo era muy jovencito y tímido. Él solía ser muy amable conmigo y hablábamos a menudo de literatura… La idea era que te frecuentara a ti y así forjar una alianza entre ambas familias y que os casarais, porque no tenemos ya dinero. Los Llach buscaban título nobiliario, a cambio.

—¿Y a él le gustaste también?

—Sí. A principios del año pasado me dejó un libro de Oscar Wilde… El retrato de Dorian Gray. ¿Lo conoces?

—Por supuesto que sí. Wilde era homosexual…

—Sí, y el personaje se llamaba como yo. No sé, fue como una declaración de intenciones. Pero se formalizó vuestro enlace…

—¿Pero se te declaró de verdad?

—Sí, tras una cena, aquí en el templete. Me prestó otro libro donde me dejó una nota citándome… Y a partir de ese día comenzamos nuestro romance. Pero de un día para otro, Aleix cambió radicalmente sin que yo pudiera encontrar una explicación y todo fue enrareciéndose hasta culminar en el accidente y la muerte de padre.

Aquello hizo pensar mucho a Alicia y comenzó a atar cabos. Era innegable que la familia Roses estaba totalmente desestructurada. ¿Qué más faltaría por descubrir?

Nunca estuvo interesada en el linaje familiar. Todo lo de valor de aquella época ya no existía en el futuro por diversas razones: guerra civil, robos y expropiaciones por el bando nacionalista, venta de bienes posteriores, desgaste… Por otro lado, sus padres y abuelos jamás le hablaron de nada y su tía Marga no pertenecía a la familia.

Tras volver a la casa con Dorian, ambos se separaron. Ya en su cuarto se secó el cabello húmedo mientras le daba vueltas a la cabeza sobre el embarazo. Todo aquello le vino tan grande que no pudo comer apenas ese día, y debía hacer un esfuerzo pues llevaba una vida inocente en su interior que dependía de ella.

Tocaron a su puerta y apareció Isabel, algo pálida. Alicia observó que tenía la mano vendada y que caminaba dolorida.

—¿Qué te pasa? —Corrió hacia ella.

—Me he caído, señorita. Fue un poco aparatoso.

—¿Te han hecho algo?

—No de veras, solo he sido patosa con las escaleras.

Alicia podía ser joven, pero sabía lo que era que le pegaran y tener que fingir ante su tía. Decidió seguirle la corriente.

—Su madre desea que baje a cenar. Hoy ha venido su prometido…

—Sí, lo he visto antes por el jardín. ¿Sabes? En el futuro las mujeres no tenemos la necesidad ni la obligación de casarnos y tener hijos. Mucho menos de ocuparnos de las tareas del hogar en exclusiva.

—¡Qué dice, señorita! —rió—. Eso no es posible.

La miró con cierta lástima. Isabel era una chica dulce que había pasado por demasiado: pobreza, prostitución, trabajar de sirvienta por un mísero sueldo…

—Cuando me case te llevaré conmigo a mi nuevo hogar.

—¿Lo hará? —En sus ojos se vio la alegría.

—Sí…

Alicia bajó sola, e Isabel se quedó en la puerta. Su sonrisa de esfumó, sintiéndose en ser más vil sobre la faz de la Tierra.

Capítulo 13

—Querida, hoy quería hablar con el Sr. Llach y contigo sobre vuestro enlace. Tenemos que planear una nueva fecha.

—Claro, madre, será un placer.

“Un placer verte jodida, zorra”, pensó.

—Señorita Alicia, ¿le parece bien la semana próxima? —dijo Aleix.

—Me parece bien —sonrió.

“Me parece bien que te vayas a la mierda, hipócrita”.

—Ahora que tu padre ya no está es necesario formalizarlo de inmediato. Es lo que él hubiera deseado… —le dijo con su habitual tristeza fingida. Alicia le hubiera pegado un tortazo de buena gana. Al mirarla vio sangre seca bajo su oreja izquierda.

—¿Se ha hecho daño, madre?

—¿Daño? No…

—Sangra por ahí. —Le señaló bajo el lóbulo de la oreja.

Ella se palpó y comprobó que así era.

—Me he debido de cortar con el pendiente. —Se puso la servilleta en la herida—. Voy a asearme, enseguida vuelvo.

Se levantó rápido y salió.

Alicia y Aleix quedaron solos y en silencio.

—Percibo su falta de entusiasmo de cara al enlace.

—¿Acaso antes era distinto? Esto siempre ha sido por conveniencia de nuestros padres. Su familia desea un título y la mía el dinero. La boda es un mero trámite.

—Vaya, eso sí lo recuerda.

—No subestime usted mi inteligencia, Aleix. Esto es sencillo de suponer.

—Qué sacrificada entonces. Ser una devota esposa…

—Ni de coña —se le escapó la expresión.

—¿Qué?

—No voy a ser una devota esposa. Tendremos un solo hijo y nunca más nos tocaremos.

Alicia tenía que tener una excusa para parir, por muy desagradable que fuese aquello.

—No me importa, conozco centros de salud mental para esposas faltas de cordura.

—Ya veremos quién es el que acaba loco.

Aleix se puso serio y se levantó.

—Discúlpeme ante su madre, he de partir antes de lo esperado.

—Me alegro.

El hombre la miró con los ojos entornados. Luego se fue sin expresar nada más.

Alicia bebió agua; tenía la boca seca de los nervios.

La Condesa entró de nuevo ya sin la mancha de sangre.

—El señor Aleix se ha tenido que ir.

—Lo sé, nos hemos cruzado. —A Alicia, la mujer le pareció pálida, con los labios faltos de color.

—¿Está bien, madre? Tiene mala cara.

—La sangre me hace languidecer. Será mejor que me vaya a descansar.

Volvió a levantarse y se fue.

Alicia se quedó sola ante una mesa llena de comida. Cogió la servilleta y se guardó cualquier cosa que no perteneciera a su propio plato, pues temía que en el suyo hubiera droga o veneno. Luego se marchó sin hacer el menor ruido y volvió a su cuarto.

Ya allí comió panecillos y fruta, para que el feto en formación estuviera bien alimentado. Mientras lo hacía se dio cuenta de que el ventanal de su cuarto estaba abierto y había manchas de barro del jardín sobre el suelo. Miró fuera pero no había nadie, solo llovía.

Se quedó desconcertada y miró a su alrededor; todo parecía normal, aparte de aquella anomalía. Miró bajo la cama, dentro del armario, por todo lugar que se le ocurrió y nada ni nadie allí había.

Pero cuando aquella noche se fue a dormir, bajo sus sábanas encontró un sobre cerrado. Sin remitente, sin lacrado, sin destinatario, aunque debía ser para ella.

Lo abrió y en su interior había una carta que leyó a continuación:

El domingo a medianoche tenemos que vernos en el cementerio de Montjuïc, en el panteón Roses. Dejaré la verja auxiliar abierta, como la otra vez. Lamento no haberme puesto en contacto contigo antes, pero ya sabes que no puedo acercarme a tu casa. He pagado a un ladronzuelo para que te deje la carta, espero que no te haya robado nada.

Alicia interrumpió la lectura poniendo cara de no entender "una mierda". Al menos el misterio de la ventana abierta y las manchas estaba resuelto. Siguió leyendo:

Lamento lo de Ricard y tu padre, no pude hacer nada por ellos, solo por ti.

G.

La joven ya ni reaccionó, se quedó mirando el papel que tenía entre las manos con los labios muy apretados.

—Esto es una puta broma, vamos.

La releyó varias veces intentando entenderla.

¿Quién era G? ¿Cómo pretendía que entrara en un cementerio a media noche sin ser vista?

—Estoy flipando pepinillos.

Una punzada en el bajo vientre la dobló de dolor. El estrés no era bueno para el feto.

Se metió en la cama tras guardar la carta junto a las de Ricard, bien escondidas.

—Puto karma…

Al día siguiente, Alicia seguía alucinando con la misiva. Lo que tenía muy claro era que no acudiría a un cementerio en plena noche, ella sola. Salir de Casa Roses sin que nadie se diera cuenta tampoco era factible. Pero la curiosidad la carcomió por dentro durante toda la jornada.

Aquella tarde se enteró de que la Condesa no cenaría en la mansión, pues el Doctor Gramunt había montado una velada espiritista, que estaban muy de moda por aquella época. Antonia iría con ella, el servicio tenía libre y Dorian no salía de su cuarto si no era para alimentarse. Por lo tanto se sintió "Sola en casa", pues Isabel le pidió permiso para retirarse a descansar si no la necesitaba.

Anduvo por la mansión, observando cuadros de antepasados, esculturas, figuras… Todo lo que la Guerra Civil se acabaría llevando consigo. Pero aunque Casa Roses era hermosa en pleno esplendor, nunca le resultó tan siniestra como entonces.

—Esta casa es una rosa enorme, una flor… una flor que alberga el mal…

Se quedó muy sorprendida pues ese era el mensaje de sus sueños. Al final lo había entendido.

Al volver a su habitación se fijó en la de la Condesa, que en el futuro usarían sus padres. Como era de suponer estaba bien cerrada con llave.

—Maldita zorra, algo escondes. Ummm —murmuró.

Fue a por la llave que encontró en la caja, porque por probar no perdía nada. Lo más seguro es que no fuera de esa puerta. Por eso, cuando sí funcionó se quedó asombrada. Ni corta ni perezosa se adentró.

La estancia estaba pulcra como si fuera de un museo. El armario enorme, lustroso y nuevo, ocupaba el mismo lugar que en el futuro, o más bien al revés. Le dio un escalofrío tremendo y dolor de cabeza, como si su cerebro se empeñara en recordar algo subyacente.

La joven se alejó y observó un cuadro sobre la chimenea, de una mujer que pareció venir de otro siglo. Era rubia, por lo que pensó que debió ser una antepasada de la Condesa, que no era de origen español del todo.

Luego entró en el aseo personal, encontrándose la escena más dantesca que vio en su vida.

La bañera de patas estaba llena de varios litros de sangre. Las manchas del suelo y los bordes indicaban que alguien se había bañado, así como las toallas embrutecidas.

Alicia sintió unas apremiantes náuseas, por lo que salió y cerró de nuevo, intentando calmarse. No supo si la sangre era animal o humana, pero de aquella mujer se esperó cualquier cosa. Fuera lo que fueses se trató de una auténtica asquerosidad.

—Loca depravada —musitó tras tomar aire.

De pronto vio el tema "cementerio", como una posible vía de escape. Si quien le citaba era amigo, podría ayudarla. Si no… prefirió no pensarlo.

Se vistió para salir, cogió dinero que encontró en un cajón los primeros días y, con cuidado, salió de Casa Roses sin que nadie se percatara.

Caminó por las calles débilmente iluminadas e intentó guiarse hacia Passeig de Gràcia. Vio un carruaje acercarse y el hombre que lo conducía se detuvo y le preguntó:

—Señorita, ¿qué hace usted por aquí a estas horas?

—¿Lleva usted un carro de pago? —le preguntó, porque no sabía el nombre de los taxis en aquella época.

—Sí, así es.

Alicia se subió a su lado, esperanzada.

—¿La llevo a su domicilio?

—No, necesito ir al cementerio de Montjuïc.

—¡Pero señorita! Es peligrosísimo, han asesinado allí a varias mujeres.

—Lo sé, mi esposo es Guarda municipal. Y está allí vigilando —se inventó—. Me espera para irnos juntos en cuanto su turno acabe.

El buen hombre pareció dudar, pero la llevó de camino espoleando a los caballos.

—¿Quiere ir dentro de la cabina, señora?

—Estoy bien aquí, muchas gracias.

—¿No tiene miedo de ir allí?

—Un poco, no le voy a mentir.

Alicia estaba cagada.

—No me interesa mucho el tema vodevil y las jóvenes que venden su cuerpo, pero los crímenes están siendo siniestros. ¿Le ha contado algo su marido?

—Me temo que no puede, señor —inventó a la marcha.

—Dicen los periódicos que puede ser una secta satánica y que son muy jovencitas.

Alicia pensó en las muchachas que pasaban por Casa Roses e iban marchándose.

—¡Qué Dios nos guarde! La gente está loca.

Durante todo el camino el cochero habló por los codos; se notaba que se aburría mucho en su trabajo. Pero así fue sacando información extra sobre el asunto.

Llegaron a destino y le pagó por sus servicios. Qué raro le resultó a la joven usar pesetas y sus céntimos, ya que ella solo conocía los Euros.

—¿Quiere que la espere, señora?

—No se preocupe, mi marido y yo hemos quedado cerca. ¡Gracias por todo!

El hombre se marchó preocupado, pero debía seguir con su ronda nocturna para ganarse el pan.

Alicia se quedó sola penando dónde estaría la puerta abierta que señalaba la carta.

—¿Y por dónde me cuelo yo ahora?

En las entrada principal se encontraba la Guardia Municipal, aunque estaban más borrachos que otra cosa.

—Qué vergüenza ajena, vaya panda… Bueno, mejor para mí.

Caminó pegada a los muros sin hallar la puerta abierta. Las verjas secundarias estaban cerradas.

—¡Quién anda ahí! —se escuchó a lo lejos.

—¡Joder!

Alicia se arremangó las faldas y se puso a trepar por la verja más cercana, con tan mala suerte que, al cruzar la pierna al otro lado, se le enganchó la enagua, se rasgó y la hizo caer como un saco sobre el suelo.

Aguantó el gemido como pudo y se arrastró hacia lugar seguro hasta que las luces y voces desaparecieron. Lloró de dolor porque probablemente se había dislocado el hombro. Cuando la intensidad remitió un poco, se cogió del brazo y caminó en dirección al mausoleo. No sabía si lo encontraría, recordó vagamente dónde estaba, pero se perdió enseguida empezando a desesperarse.

—Soy gilipollas… —lloriqueó.

Los ruidos y crujidos fueron sucediéndose a su alrededor, no supo si reír o llorar.

Observó unas luces que se movían en la lejanía y el corazón se le desbocó. Fue acercándose poco a poco, escondiéndose entre las tumbas y los mausoleos. Pensó que tal ver eran las fuerzas del orden buscando algún indicio de la secta. Pero tras haber visto a aquellos borrachuzos lo descartó.

Poco a poco unas figuras se distinguieron. Encapuchados que marchaban en grupos entonando una salmodia ininteligible.

A Alicia se le puso la piel de gallina y fue incapaz de moverse de puro pánico, mientras observó acercarse a la siniestra comitiva.

“¿Y esos inútiles dónde están ahora?”, pensó en la guardia.

La que parecía una secta se colocó en círculo alrededor de una tumba y depositaron un saco sobre esta, rajándolo.

A Alicia se le heló la sangre al ver que sacaban un cuerpo desnudo, el de una joven de temprana edad, apenas desarrollado. La chiquilla estaba viva pero inerte. Probablemente drogada. Uno de los encapuchados sacó una especie de cuchillo y le sacó un ojo sin más.

Alicia no pudo mirar y se hizo una bola temblorosa incapaz de moverse de puro pánico. Alguien la agarró de pronto e impidió que gritara, tapando su boca con mucha fuerza. Se la llevó en volandas de allí antes de que pudiera reaccionar. Luego pataleó e intentó deshacerse del fuerte abrazo, sin embargo fue incapaz, presa del miedo y el dolor en el hombro. El conjunto de sensaciones, miedo y dolor hicieron que se desmayara.

Capítulo 14

El autobús llegó a la parada del Park Güell en la que debía bajarse. Las piernas le temblaron al pisar la acera y temió que no la sostuvieran. Miró en dirección a la entrada, intentando averiguar quién le mandó los mensajes. Probó a escribir algo.

“Hola. Ya estoy aquí.”

Poco después recibió un texto de vuelta:

“No te muevas, yo te haré una señal, aunque soy fácil de reconocer.”

“Eres hombre o mujer?”, preguntó Alicia.

“Podríamos decir que soy un hombre :)”

Ella se quedó extrañada y alzó la vista, buscándole. Justo en aquellos momentos un grupo de turistas bastante masivo salió del parque y eso dificultó su escrutinio. Pese a ello distinguió a un joven que le hizo señales. Miró primero a su alrededor para constatar que se dirigía a ella, y vio que no había nadie más.

Caminó un poco más adelante por la misma acera, hasta ponerse a su altura. Era un chico unos años más mayor que ella, con los cabellos oscuros peinados hacia arriba. Rostro pálido y delicado, aunque masculino. Sus ojos eran color azul cielo. No sonreía, de hecho le pareció a Alicia que estaba triste, muy triste, casi a punto de romper a llorar. Pero la joven no tuvo miedo de él, todo lo contrario; fue como si irradiara bondad.

El chico le tendió la mano, solo los separaba la carretera, y Alicia cruzó sin más para poder alcanzarle.

Fue una pena que un coche no pudiera frenar a tiempo y se llevara el cuerpo de la joven por delante, ante la atónita mirada del grupo de turistas.

Alicia despertó asustada tras aquel sueño tan vívido. Lo hizo en una habitación sencilla y pequeña. Estaba en una cama y en camisón, con el hombro y el brazo vendados.

Con toda seguridad no estaba en Casa Roses ni de vuelta a su época. Nadie le había hecho daño, todo lo contrario. Salvo magulladuras, ya no tenía el hombro dislocado.

Pensó en el sueño y en accidente. Empezó a recordar escenas y sensaciones, a tener recuerdos de lo ocurrido antes de saltar en el tiempo.

—No era solo un sueño, fue real…

Unos toques en la puerta la volvieron a poner en alerta.

—¿Quién es?

Entró una señora de mediana edad y aspecto bonachón. Le trajo una bandeja que depositó en la mesa y le sonrió.

—No se preocupe, señorita, aquí está a salvo.

—P-pero… —intentó obtener más información.

—Gabriel vendrá enseguida.

—¿Gabriel? No sé quién es… —La mujer se fue cerrando la puerta tras de sí.

En la bandeja había un vaso de leche caliente y unos bollos recién horneados. Comió con avidez, teniendo confianza. Si hubieran querido ya la habrían matado.

Otra vez unos toques en la puerta llamaron su atención.

—¿Sí?

Un hombre entró en la pequeña estancia. Su aspecto no se revelaba amenazador. Era alto, de unos treinta años como mucho, moreno y de ojos verdes. Él se sentó en una silla, a su lado.

—Lamento haberte asustado así, Alicia, pero no entiendo por qué te acercaste tanto a ellos.

—¿Tú eres Gabriel?

Este se quedó extrañado ante tal pregunta.

—Claro… ¿te encuentras bien? Te mandé la carta…

—La carta era tuya…

—Sí, de quién si no.

—Es que no sé quién eres.

Ambos se miraron fijamente hasta que Gabriel desvió la mirada, dubitativo.

—Entonces los rumores eran ciertos, no estabas fingiendo.

—¿Qué rumores?

—Que habías perdido el juicio, la memoria, o algo así.

—Bueno, no exactamente. Más bien no te conozco, no es que no te recuerde.

Gabriel la estuvo observando con los ojos entornados e intentó cogerle una mano. Ella reculó asustada.

—No voy a hacerte nada. ¿Quién crees que te ha recolocado el hombro? Déjame tu mano un momento.

Alicia dudó, pero finalmente se la tendió. El hombre solo la sostuvo y miró a los ojos a la joven.

—¿Cuál es tu nombre?

—Alicia.

—Tu verdadero nombre.

—Es Alicia.

—Pero no eres la misma persona.

La muchacha abrió mucho los ojos.

—¿Tú… puedes verme de alguna manera?

—¿De dónde vienes?

—No te lo vas a creer —dijo ella.

—Prueba.

—De la Barcelona del año 2017.

Gabriel no mutó su expresión en absoluto. Le soltó la mano con delicadeza y se levantó de la silla, dando vueltas por la estancia, en silencio. La miró de nuevo, apoyado junto a la ventana.

—Eres una viajante —concluyó.

—¿Una qué?

—Tu esencia vital ha viajado en el espacio tiempo. Solo puede hacerlo hacia atrás, por lo tanto estamos en el pasado.

—¿Me tomas el pelo? ¡Porque no me hace ni puta gracia!

—¡Vaya lenguaje! Desde luego no eres Alicia.

—No me jodas que también me tomas por una loca —se indignó.

—¡No! En absoluto. Solo te estoy dando la explicación a lo que has debido de preguntarte cada día.

—Esto es el colmo.

—Hay almas, por llamarlas de alguna forma, que tienen la capacidad de viajar a distintas épocas, siempre hacia atrás, siempre se introducen en un antepasado. ¿A que Alicia Roses es tu antepasada?

—S-sí…

—Voilà. Bien, Alicia Roses está dormida ahora mismo y tú ocupas su espacio. Algo te tuvo que pasar para que eso sucediese. Normalmente pérdidas de conocimiento.

—Creo que tuve un accidente… un coche me atropelló.

—Normalmente los viajantes están para arreglar cosas del pasado familiar que afectan al futuro, pero… Cambiar el pasado conlleva cosas como no nacer, en el peor de los casos.

A Alicia se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Cómo sabes tú todo esto? ¿También eres un viajante de esos?

—No exactamente. Pero así mismo utilizo cuerpos que no son míos reubicando mi esencia vital.

—¡Venga ya! —exclamó incrédula.

—¿Tú si puedes y yo no? —dijo divertido.

—Esto suena a ciencia ficción.

—No sé si lo sabes, pero hay una novela que se llama La máquina del tiempo, de hace unos años. Me gustó mucho. En ella viaja en…

—Sí, la he leído y visto las películas.

—¿Han hecho filmaciones?

—Sí, de varios de sus libros. Como la de La Guerra de los mundos.

—Tal vez el autor era un viajante… Como lo debió de ser Verne.

—¿Eres un extraterrestre? —preguntó de pronto ella.

—¡No! —Gabriel se echó a reír—. Soy un ángel.

—Ahora sí que me bajo de la vida —dijo Alicia.

—Así que tú puedes ser una viajante y yo no puedo ser un ángel.

—¡Los ángeles no existen!

—¿Y por qué crees eso?

—Porque Dios no existe.

Gabriel sonrió.

—Veo que eres atea. Bueno, he usado la palabra ángel para definirme pues por defecto la gente es católica. Realmente no soy un ángel. Pero vengo de otro lugar, no de otro planeta, sino de otro plano astral. Y aquí solo puedo usar mi esencia vital dentro de cuerpos vivos. En mi mundo tengo mi propio cuerpo…

Gabriel lo dijo mirando como al infinito, con un tono de voz triste.

—¿Me tomas el pelo?

—Para nada, Alicia. La humanidad no tiene la capacidad de acceder o ver ese plano si este no se abre. Cosa que sucede en muy pocas ocasiones. No siempre entran cosas buenas a este.

—Muy lovecraftiano todo.

—¿Muy qué?

—Nada, es un escritor que aún no lo es.

—Vale. ¿Me crees o no?

—Vamos a ver si yo lo entiendo. Dices que vienes de otro plano y que yo viajo por el tiempo pasado.

—Correcto.

—Y te llamas como un arcángel.

—Sí. Me gustaba.

—Pero no eres un ángel.

—No. Sin embargo mi destino es cuidar almas. Venimos a este mundo, y a otros mundos, para ayudar a los seres humanos. Mi alma asignada en este momento es la de Alicia Roses. La salvé del accidente.

—Entonces ella ya te conocía.

—Así es. Normalmente debemos relacionarnos con la persona.

—¿Y cuál era esa relación?

—Amistad. Tenemos prohibida cualquier otro tipo de relación, como el amor romántico.

—¿Estamos encerrados en un manicomio? Dime la verdad.

Gabriel se echó a reír de pura gracia que le hizo.

—¡No! Esta es mi casa.

—¿Cuándo acabes tu cometido volverás a tu plano? ¿Y yo volveré a mi tiempo?

—Me temo que no puedo responderte. Llevo así unos 800 años ya.

—¿Qué quieres decir?

—Hace un tiempo me desvié de mi cometido e incumplí diversas normas… El castigo fue no poder volver a mi maravilloso mundo hasta pagar por lo que hice. Llevo esperando todo este tiempo el perdón, pero no llega. Ahora que Alicia duerme, debo protegerte a ti para protegerla a ella. Y espero que puedas volver, pero no te lo prometo.

—Estás peor que yo.

—Eso seguro.

—¿Y tienes poderes o algo? A parte de moverte por planos astrales a lo Dr. Strange.

Gabriel la miró a los ojos y ella se puso roja. Él acercó la mano a su hombro contusionado y dijo:

—Tendrás que tener fe.

Se levantó dispuesto a marcharse.

—Te llevarán ahora a tu casa, no pueden percatarse de que no estás. No debes confiar en absolutamente nadie. Y cuando te digo nadie, es nadie. Esa casa es el mal y por diversas razones ni puedo acercarme ni entrar.

—¡Pero qué pasa! —quiso saber con ansia.

—Es mejor que te aproveches de esa ignorancia, nos hará ganar tiempo.

—¡Ey, no me dejes así!

—Cuida al ser que llevas dentro, deduzco que si no nace tú tampoco lo harás —sentenció—. Y confía en mí, pase lo que pase. Me pondré en contacto contigo, no te preocupes.

Luego se marchó dejando a la chica boquiabierta.

De pronto, Alicia se dio cuenta de que ya no le dolía el hombro ni el brazo en absoluto.

—Tener fe… y confiar.

Capítulo 15

De vuelta a Casa Roses, Alicia ya no pudo dormir. ¿Cómo iba a hacerlo con todo lo que le fue revelado aquella noche? El hombro ya ni le dolía, por lo que no tendría que disimular.

—Soy una viajante… —se dijo en un susurro, sentada sobre su cama—. Estoy aquí por una razón, pero ¿cuál?

Se tocó el vientre y solo se le ocurrió que aquel feto debía nacer como fuera.

El alba despuntó. Se quitó la ropa y se metió en el lecho, para fingir que llevaba allí toda la noche. En el transcurso de ese tiempo escuchó volver a la Condesa y a su fiel Antonia.

Eran dos monstruos, ya no le cupo duda. ¿Cómo haría para seguirles la corriente? Y luego la secta, aquella aberración. Casi con toda seguridad estaría conectado.

Los horrores de esa noche jamás se le borrarían de la mente. También empezó a recordar qué pasó para que, en 2017, saliera despavorida de su casa aquel fatídico día en el que fue atropellada y saltó en el espacio tiempo.

Se preguntó si su cuerpo estaría muerto en el futuro. Si conseguía volver todo era incierto.

Gabriel, por su parte, no quiso contarle nada más por su propio bien. Ciertamente la ignorancia era la mejor defensa, pero también la sumó en un mar de dudas.

Pasaron unas horas hasta que Isabel le trajo el desayuno. Alicia apenas probó bocado, lo básico para cuidar al hijo de su antepasada.

—Tiene muy mala cara, señorita.

—No he dormido bien —contestó.

—¿Le digo a la señora que llame al Doctor?

—No, no. Me pondré bien —sonrió para apaciguar a la sirvienta—. ¿Está mi madre despierta?

—No, ya que volvieron tarde de la reunión.

Isabel se retiró y dejó a Alicia sola que, incapaz de seguir en la cama, se levantó, vistió y peinó lo mejor que pudo.

Bufó de puro cansancio mientras pensó en que tenía que hacer desaparecer las cartas y esconder mucho mejor la llave. Lo mejor era llevarla consigo misma a todos lados.

Bajó a pasear por el jardín. Las rosas estaban especialmente hermosas. Ricard debió de hacer un buen trabajo en su momento. Pobre muchacho.

—Dicen que debajo hay enterrados cuerpos, por eso las rosas son tan espléndidas.

La voz de Aleix le hizo pegar un brinco.

—Un poco siniestro, ¿no?

—Lo reconozco, me gusta la literatura de terror y tengo mucha imaginación.

—Desde luego.

—Venía a hacer las paces.

—¿Con qué fin?

—He sido un grosero, poco caballeroso y… la amenacé.

—No es agradable saber que tu futuro marido te quiere meter en un manicomio.

—Seamos sinceros; no estamos enamorados, pero hace falta que nos casemos. Nuestros padres lo necesitan.

—Eso ya lo daba por hecho —suspiró.

—Deberíamos ser amigos, llevarnos bien al menos.

Alicia supo enseguida que era el hombre del que menos fiarse, pero usó a su favor el acercamiento.

—Tiene razón —sonrió fingiendo candor.

—Sé que no suele salir mucho… ¿Querría ir a pasar conmigo la tarde? Pasear por la ciudad al menos un rato.

—Sería un placer salir de aquí —dijo con sinceridad.

—Podremos charlar y conocernos mejor. Bueno, usted a mí porque no me recuerda apenas. No soy tan malo como parezco, pero tengo mi carácter.

—Sí, claro.

—La recogeré tras la comida. ¿A las cinco le va bien? —Alicia asintió.

Aleix se marchó silbando y ella volvió a mirar los rosales. Las abejas revoloteaban buscando polen. Observó la tierra de donde nacían las flores y pensó en cadáveres.

—No me extrañaría una mierda.

—¡Alicia! —la llamó Dorian.

—Hola, hermano.

—¿Hablaste con Aleix?

—Así es. Esta tarde saldremos a dar un paseo. ¿Quieres venir?

Dorian negó con la cabeza.

—Te prometo que no volverá a burlarse de ti.

—El hombre que yo amé ya no existe. Solo me queda lamentarme de mis sentimientos y olvidarlos.

—Algún día volverás a amar y te corresponderán. La vida es muy larga…

—Gracias… —El muchacho la asió por la mano. ¿Sabes? Me alegro de poder hacerte confidencias. Antes me sentía incapaz.

—¿Por qué?

—Te adoraba y sé que me querías, pero cuando apareció Aleix todo cambió. Los celos me impidieron verte como mi hermana, eras más una enemiga.

Alicia lo abrazó contra sí.

—Seguro que ella te quería mucho, Dorian.

—¿Ella?

—Quiero decir antes del accidente. No te recuerdo mucho, pero el sentimiento no se olvida…

—Ojalá no recuerdes nada, de verdad. Esta familia hace mucho que está rota. Madre está obsesionada con la juventud y cree que es la descendiente de una tal Bathory.

Alicia palideció, pues conocía perfectamente la historia de la Condesa Sangrienta, que siglos atrás torturó y mató a cientos de mujeres, bañándose en su sangre para ser joven eternamente. Todo cuadró.

—El ama de llaves es cada vez más siniestra. Hace años no era así. Ahora siempre acompaña a madre y se le ha agriado el carácter.

—¿E Isabel? —indagó.

—Es buena chica… pero…

—Era prostituta. Me lo dijo ella. —Dorian se quedó perplejo y asintió.

—No te fíes del todo. Les tiene mucho miedo a madre y a Antonia.

A Alicia le dio mucha pena.

—En cuanto a padre… Era el único cabal de toda la familia. Te adoraba, le dolía casarte con Aleix, pero estamos arruinados. ¿Qué podía hacer? Madre dilapidó lo poco que nos quedaba y los negocios no funcionaron. Además, ni se querían ni se soportaban.

—¿Y tío Acacio?

—Un pervertido, mucho peor que yo con diferencia.

—¡Tú no lo eres! —le recordó.

Dorian sonrió con tristeza.

—¿Y qué me dices de mí?

—Una muchacha tímida, reservada y dulce que apenas se relacionaba en sociedad y que asumió su futuro papel como esposa de Aleix sin rechistar.

Dorian pensaba eso de su hermana, pero Alicia Roses era mucho más y escondía secretos muy profundos.

Al acercarse a la entrada vieron a Aleix y a la Condesa hablar.

—Queridos, ¿ha ido bien el paseo matutino?

—Sí, madre —contestó el chico.

—El señor Llach ya se marchaba. Me ha informado de que esta tarde saldréis a pasear, querida Alicia.

—Así es.

—¡Cómo me alegra!

Intentó tocar a su hija, pero Alicia reculó asqueada.

—Ruego me disculpen, tengo que refrescarme.

La joven se fue de allí rápidamente.

Quedaron solos los otros tres.

—¿Qué le has contado, Dorian? —preguntó la Condesa.

—Lo que usted me pidió, madre —mintió totalmente.

—Bien, querido.

Tocó a su hijo en la mejilla y él reprimió sus emociones verdaderas.

Aleix sonrió mientras el chico también se metía en la casa.

—No se fíe de él, señora —dijo Aleix.

—Por su puesto —afirmó la mujer.

Capítulo 16

Llegó la hora de que Aleix recogiera a Alicia. Isabel se empeñó en dejarla especialmente bonita y ponerle un sombrero con plumas. Se subió a la calesa que esperaba en la calle con la ayuda del joven, y se sentó frente a él.

—Está usted muy hermosa.

—Gracias —sonrió.

El cochero se puso en marcha y Alicia fue observando lo diferente que era todo en aquella Barcelona de principios de siglo XX. El aire era puro por falta de tráfico a motor y el Eixample seguía en construcción.

—¿Dónde le gustaría ir? —Alicia se mordió los labios, pensativa.

—A ver La Sagrada Familia de Antoni Gaudí.

—¿Pero cómo? Si se está construyendo.

—Y lo que le queda…

—¿Qué quiere decir?

—Nada, nada. Creo que Gaudí es un genio y deseo ver su obra más ambiciosa.

—No sabía de ese fervor por la obra de Gaudí. Yo también lo admiro muchísimo.

Por un momento le brillaron los ojos de forma especial, cosa que sorprendió a Alicia, pues Aleix no expresaba tanto sus sentimientos.

Partieron hacia allí, y el templo en construcción estaba rodeado de una explanada. Poco había todavía en comparación con más de cien años después, que seguía construyéndose, pero ese momento no lo iba a vivir cualquiera y ella tuvo la oportunidad.

—Será un sitio hermoso, tanto para creyentes como no creyentes…

—Gaudí no es de este lugar… —musitó Aleix. Alicia lo miró con extrañeza—. Puede haber miles de estilos arquitectónicos en este mundo, pero este no se creó aquí.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—Nada, son pensamientos de un admirador. Lo conocí en una ocasión, ya que mi padre tiene tratos con Eusebi Güell. Sería mi sueño que nuestro hogar fuese diseñado por Gaudí, pero me temo que tiene mucho trabajo actualmente.

—Quien sabe, en un futuro…

—¿Quiere que vayamos a tomar algo al centro?

—Sí, por favor.

Alicia estaba hambrienta. En una cafetería no podían drogarla y era un lugar ideal para comer hasta reventar.

Se dirigieron al casco antiguo, donde la ciudad Condal bullía de vida; almacenes, cafeterías, tiendas de ropa, bancos, edificios monumentales que en el futuro permanecerían igual de imponentes.

Por segunda vez aquel día, Alicia se sintió una privilegiada al poder presenciar algo que las fotografías no podían expresar por su escasa calidad.

Se detuvieron cerca de Plaça Catalunya, que aún no estaba del todo urbanizada, pero Alicia pudo reconocer el espacio.

—El próximo año comenzarán las obras para hacer la plaza y las vías de acceso. La empresa de mi padre será la encargada.

—Debe de ser un hombre muy rico.

—Posee fábricas y empresas de construcción. A base de esfuerzo y continuidad ahora tenemos mucho capital e influencia política.

“A base de machacar trabajadores por cuatro perras y sin derechos”, pensó Alicia.

Nada cambiaría en el futuro. Políticos corruptos, ricos muy ricos y pobres cada vez más pobres. Y el pueblo dejándose por pura desidia social.

Pero a España le quedaba por pasar la peor época; la Guerra Civil.

—¿Señorita Alicia?

—Oh, perdón. Me había dejado llevar por mis pensamientos.

—¿Tomamos algo en aquel café?

—Sí, por supuesto.

Bajo un edificio precioso de estilo puramente modernista, estaba instalada una cafetería donde damas y caballeros degustaban té, café y otras delicias típicas de la ciudad.

Alicia comió bastante, ante la sorpresa de Aleix. No podía disimular su apetito y le dieron igual las apariencias.

—Si me perdona, voy un momento al excusado —Alicia asintió con la boca llena.

Mientras bebía un café con leche delicioso, Gabriel se sentó frente a ella y la dejó pasmada. Este le tendió un sobre.

—Aquí te lo explico todo, guárdatelo bien, léelo y quémalo. Que tu acompañante no lo vea.

Y tal cual apreció, se fue.

Alicia guardó rápidamente el sobre en su bolsito de mano e intentó no parecer ansiosa.

Aleix volvió y se sentó frente a ella, bebiendo de su té.

—¿Le sucede algo? —le preguntó a la joven.

—No.

—La veo extraña.

—Creo que me he empachado —rió—, pero estaba todo tan delicioso…

—No coma más entonces, se lo prohíbo. —La asió de la mano. Ella la apartó con vergüenza.

—Me disculpo por mi atrevimiento.

—Ya hizo usted algo más atrevido, le recuerdo.

Aleix sonrió.

—No me es usted indiferente.

—¿Lo dice en serio?

—Es usted una mujer muy hermosa. Y reconozco que ese nervio que tiene y el cambio que ha dado me resultan de lo más atractivos. Afirmar que casarme con usted es un suplicio sería mentir.

—Se le da bien ligar.

—¿Qué es eso?

—Se le da bien cortejar a una dama, quiero decir.

—¿Y surte efecto?

—Es muy pronto para eso.

—Entiendo, tendré que tener paciencia. Le prometo ser todo un caballero de aquí en adelante y tras el matrimonio. No haré nada que usted no desee.

—Me parece bien.

—¿La llevo a casa?

—Se lo ruego, estoy cansada.

La vuelta fue corta, pues no estaban lejos de Casa Roses.

—Espero haber hecho que se distrajese de sus preocupaciones durante una tarde al menos.

—Sí, me ha gustado pasear. Estar encerrada cada día empezaba a ser agobiante.

Aleix se despidió y se fue, pero Alicia no entró en casa, sino que se fue al jardín y se escondió entre los setos de laberinto para leer la carta de Gabriel. La sacó del bolso con mano temblorosa y leyó;

Siento no haberte contado más la otra noche, pero teníamos poco tiempo y debía devolverte a tu casa.

Alicia Roses se vio envuelta en una historia de venganza de la que no tenía ninguna culpa. La venganza de mi hermano hacia mí. Lleva haciéndolo muchos siglos, pues lo arrastré conmigo en mi castigo. Pero esa es otra historia.

La que nos atañe es la de Alicia, que quedó trastocada por esa venganza. Ahora tú estás aquí y debo custodiarte. No es fácil porque mi hermano tiene puesto un conjuro en tu casa y no la puedo pisar. Te preguntarás quién es mi hermano, aunque tal vez ya lo estés sospechando. Se trata de Aleix Llach, aunque ese no es el verdadero Aleix, por supuesto. Somos parásitos que robamos cuerpos temporalmente porque nuestra energía vital no tiene capacidad de sobrevivir sin más durante mucho tiempo.

Alicia detuvo la lectura un instante, sin dar crédito.

—Por eso Aleix dejó de ser el que era…

Mi hermano usa su poder vital de otra manera, una más oscura pues el odio y la desesperación por no conseguir volver a nuestro mundo por mi culpa le han carcomido su esencia.

Sé que será difícil, pero te esperaré cada noche en Els quatre gats. Está en la Calle Montsià, bajo la casa Martí. Es el lugar seguro donde tu padre, Ricard y yo nos veíamos para hablar de cómo ayudaros a escapar. Pero no pude hacer nada por ellos y le pido mil perdones a esa Alicia que duerme.

Ten todo el cuidado del mundo.

G.

Capítulo 17

Durante tres días, y por fortuna, Alicia no vio el pelo a Aleix. Se sintió mal por no poder explicar a Dorian por qué razón su amado había cambiado tanto. Tampoco dijo una palabra a Isabel.

Aquella noche, dos jornadas antes de la boda, la Condesa volvió a faltar en casa alegando una cena con amigos. Antonia la acompañó, como no, al igual que Acacio Roses y el Doctor.

Alicia ya supuso que se trataban de los componentes de la secta pues todo cuadraba: sirvientas que desaparecían de la noche a la mañana, la Condesa bañándose en sangre, salidas nocturnas hasta casi el amanecer, el silencio de Isabel siendo la única sirvienta fija, el cambio de comportamiento de Aleix y la muerte de Ricard y el Conde.

—En menuda encrucijada me he ido a meter —se dijo mientras entraba de nuevo en la habitación de la Condesa. Fue hacia el armario directamente, pues sabía que había una entrada a un pasadizo. Lo recordaba perfectamente de su futuro. Apartó los largos vestidos de la mujer, cerró las puertas y buscó la entrada al fondo, dando fácilmente con ella. Ni siquiera estaba cerrada, por lo que fue fácil pasar al otro lado.

Con sumo cuidado fue bajando las escaleras de piedra. Todo estaba débilmente iluminado por quinqués, pero le fue suficiente para no caerse rodando.

El corazón le latió a mil por hora al llegar a las puertas. Tiró de uno de los portones, que chirrió como un lamento. Reconoció el sonido; ya lo escuchó otras noches anteriores.

No podía apenas ver la estancia, pero sí sentir el hedor. Supo de inmediato que era la sala de torturas, la misma que vio en el futuro y le hizo salir despavorida. Prefirió no adentrarse y cerró el portón. Se dio la vuelta y volvió por donde había venido, hasta salir del cuarto y cerrar con llave.

Decidió hablar con Isabel claramente de todo. La encontró en camisón en su cuarto, poniendo la ropa de trabajo en el armario.

—Señorita…

—Isabel, sé lo que hace la Condesa con las niñas.

—No entiendo.

—No te hagas la tonta, he estado en su cuarto, he visto la bañera, sé que se cree la Condesa Bathory y he bajado a la sala de torturas.

Isabel soltó la ropa y se llevó las manos a la boca para ahogar un sollozo.

—¡Le juro que yo no las ayudo!

Casi se tiró a sus pies.

—¿Por qué no has ido a denunciarlo a la guardia?

—¿A mí quién me va a creer? Y si Antonia o la Condesa se enteran, me matan.

—Pues iré yo a denunciarlo a la Comisaría o como sea que funcione aquí.

—¡No la van a tomar en serio, es una mujer!

—¡Joder con lo de ser mujer!

Pero le tuvo que dar la razón.

—Cásese con Aleix y salga de esta casa, aléjese.

—¿Pero cómo crees que voy a ser capaz de largarme sabiendo lo que le hacen a las niñas?

—Señorita, hoy es demasiado peligroso. Haremos algo, pero no hoy. Espere a casarse con Aleix.

—Está bien, de acuerdo. Ahora me voy a ir a un sitio. Júrame, si me tienes en estima, que no se lo dirás a nadie.

—Se lo juro, señorita.

Isabel la abrazó con fuerza, llorosa.

Alicia la dejó en su cuarto, sollozando a lágrima viva. La joven sirvienta no paraba de repetirse que lo sentía.

Al igual que la noche en la que acudió al cementerio, Alicia alquiló los servicios de un carruaje hasta la calle Montsià y entró en Els quatre gats.

Aunque había señoritas y señoras, todos miraron a Alicia con curiosidad al acudir ella sola.

Buscó a Gabriel sin éxito, sintiéndose perdida. Un hombre alto y barbudo se acercó a ella.

—Soy Pere Romeu, ¿en qué puedo servirla? —se presentó.

—Busco a un caballero llamado Gabriel.

Pere sonrió asintiendo y la guió hasta una mesa reservada.

—Siéntese aquí, estará más cómoda. ¿Desea beber algo?

—Agua, por favor.

Pere se retiró y Alicia observó el curioso local. Estaba lleno de cuadros, la música a piano ambientaba, el humo del tabaco en pipa hacía denso el aire y hasta tosió por ello.

No sabía mucho del local, pero sí que fue un lugar de reunión para bohemios, músicos, pintores, escritores, poetas y diversas personalidades.

Alicia estaba en la pura Barcelona de la época.

Gabriel apareció de pronto con un vaso y una jarra de agua, que le sirvió en silencio.

—Había perdido un poco la esperanza, Alicia.

—No es fácil escapar de allí. Hoy también han salido y me atrevo a decir que mañana la noticia de otra muerte aparecerá en los periódicos.

—No, hoy no han ido al cementerio. Solo se han reunido. Suelen hacer sesiones de espiritismo.

—Están totalmente chalados.

—Aunque Alicia y tú compartáis cuerpo, ella no es tan valiente como tú. Eres muy fuerte y poderosa.

La joven se puso como la grana.

—¿Te burlas de mí?

—En absoluto.

—Me cuesta tanto creer que esté aquí… en este momento…

—Somos energía, ocupamos nuevos cuerpos desde su creación en el vientre de una madre, cada vez con una personalidad y una vida, sin recordar las anteriores. Llevamos viajando por el tiempo una y otra vez.

—Qué budista.

—Puede ser.

—En mi futuro la ciencia ha avanzado muchísimo, los humanos cada vez creen menos en un Dios, o en las religiones. Y a la vez estas se han radicalizado.

—El ser humano siempre ha tenido miedo a conocer la verdad y que esta no sea la que quiere creer.

—¿Y tú llevas tantos siglos aquí?

—Voy de cuerpo en cuerpo, sin robarles demasiado su tiempo. Mientras están dormidos, y no recuerdan nada cuando salgo.

—Vi una película, Fallen... Trata de un ángel caído que cambia de cuerpo y comete crímenes.

—Probablemente esté basado en alguien como yo. No todos los que nos quedamos atrapados mantenemos el juicio. Mira a mi hermano…

—¿Y qué hiciste para ser castigado?

—Salvé el alma de una mujer que debía fallecer porque era su destino, de una enfermedad. La curé y alteré el espacio tiempo. Tengo prohibido cambiar ambas cosas. Quien debe morir, ha de irse. Y cambiar la historia puede ser como el efecto mariposa: un aleteo aquí y un vendaval al otro lado del mundo.

—¿Y qué cambiaste?

—No lo sé. Pero lo que sí te puedo afirmar que al ser mi hermano arrastrado conmigo, la familia Roses está padeciendo. Y no han sido los únicos a lo largo de estos siglos. Yo ya no sé qué tengo que hacer para que nos perdonen, aunque dudo que a él le dejen retornar después de volverse así y cometer tantas atrocidades. Lo hace engañando a la gente, les hace creer cosas, los manipula. Y todo para vengarse de mí.

—¿Y por qué le salvaste la vida a esa mujer?

Gabriel no la miró a los ojos.

—Es complicado de explicar… Prefiero guardarlo para mí.

—¿Cómo se llama de dónde vienes? ¿Es bonito?

—No se puede pronunciar en esta lengua, sería un sacrilegio. Es un lugar maravilloso.

Gabriel casi se echó a llorar.

—Lo siento.

—Me lo merezco.

—Huyamos ahora, Gabriel.

—Alicia, estás aquí por alguna razón, y no es huir ahora.

—Lo sé…

—Te ayudaré en lo que pueda.

—Lo que te voy a decir, Gabriel, es posible que cueste de creer, pero creo que en el futuro tú me mandaste un paquete y me escribiste mensajes de móvil.

—¿Mensajes de qué? —preguntó sin entender.

—En mi tiempo los teléfonos son así planos. —Hizo la forma con las manos—. Van con Internet y las personas nos mandamos mensajes escritos que llegan de inmediato.

La cara de Gabriel fue un poema.

—Bueno, el caso es que tú me debiste de mandar mensajes y me citaste en el Park Güell.

—Ese parque ha empezado a construirse hace poco. No entiendo nada.

—¡Menudo ángel estás hecho! —lo reprendió.

—No veo el futuro, me temo. Mi presente es ahora.

—Te lo explico más sencillo. En el futuro año 2017, tú me mandarás mensajes a través de ese aparato, con unas instrucciones que tengo que seguir. Yo iré hasta donde me citarás y, entonces, me atropellará el coche y saltaré a este tiempo. Blanco y en botella. Joder, pura paradoja temporal. Ni que fuera Regreso al Futuro, Dr. Who o El Ministerio del tiempo… —empezó a divagar.

Gabriel estaba atónito.

—¿Quieres que en 2017 te guíe hacia un accidente?

—Sí.

—¿Seguro que seré yo?

—Que sí, joder. Con otro aspecto, algo tienes que me dice que serás tú. Necesito papel y algo con que escribir —cambió de tema.

Gabriel se lo pidió a Pere y este se lo dio sin problemas.

Alicia estuvo anotando unas cosas y se lo tendió.

—Has de decirme las cosas que pongo aquí, más o menos porque no lo recuerdo bien. Y este es mi número de teléfono. Cuando llegue el momento todo será normal para ti, aunque ahora te suene a chino.

—Pero no sabes qué pasará tras el accidente…

—No lo sé, Gabriel.

—Existe la posibilidad de que tu cuerpo muera.

—Sí.

—Y de que te mande a una muerte segura…

—Sí.

—¿Y te sorprendes de tu valentía?

—Supongo… —sonrió con cierta amargura—. Guarda ese papel como oro en paño, durante 116 años. Mejor será que vuelva a casa antes de que lo haga la Condesa Sangrienta.

Alicia se marchó en busca de un carruaje y se fue, mientras que Gabriel se quedó y pidió una cerveza. Leyó el papel una y otra vez, para aprendérselo de memoria.

Capítulo 18

Al igual que hizo con Gabriel, Alicia se escribió una carta a sí misma. En aquellos momentos del siglo XXI cuando la leyó, no conoció su propia letra porque su cerebro no lo relacionó. Al terminarla la guardó en una caja junto con la llave.

Luego miró su vestido de novia; aquel día era el de su boda con Aleix. Ella solo era una pieza en su tablero de juego, contra su contrincante Gabriel. Pero pensaba ser una pieza que le diera muchos problemas.

Isabel la ayudó a prepararse. El día era soleado y estaba ya todo dispuesto para el enlace. La joven sirvienta le colocó una especie de velo y un hermoso ramo de rosas del jardín.

—Estas las plantó Ricard…

—Me lo imaginaba. Qué paradójico.

Un amor truncado.

Alicia pensó en entregarle la caja a la chica, pero no sabía leer y no entendería las instrucciones adicionales, así que cuando Dorian entró en la estancia no dudó en dársela a él.

—Dorian, necesito que me hagas un favor. Guarda bien esta caja. No abras el sobre, no saques la llave, pero lee las instrucciones por absurdas y locas que te puedan parecer. Y si… Y si antes de 1936 sigues en España, vete a otro país lejos, pero vete y llévate la caja.

—¿Por qué?

—Porque a los que son como tú los matarán.

Alicia pensó en Federico García Lorca y en la brutal ejecución que tuvo.

—No entiendo nada, Alicia.

—Ni falta que te hace entenderlo ahora. Ya lo entenderás entonces.

—A veces pienso que realmente no eres de este tiempo.

—Sigue pensándolo —le sonrió y besó en la mejilla—. Confío en ti.

Luego, Alicia bajó al jardín donde todos los invitados la esperaban. Familiares de Aleix, la Condesa, Acacio Roses, el doctor, Isabel, Antonia, Dorian y muchos otros desconocidos.

Aleix se acercó, de punta en blanco, y la cogió de la mano.

—Vayamos con el sacerdote, pero antes celebremos el enlace con una copa de champán.

Estuvo a punto de declinar la invitación ya que estaba embarazada, pero Isabel le acercó las copas con su cándida sonrisa, por lo que confió en ella y bebió un sorbo al menos para quedar bien.

Todo se desarrolló con normalidad y caminaron hasta el sacerdote, que empezó a hablar.

Pero Alicia no le entendió una palabra, de hecho se le cerraron los ojos casi sin darse cuenta y cayó de costado bajo la atenta mirada de los presentes.

La Condesa pareció entusiasmada, Aleix sonrió satisfecho e Isabel soltó la bandeja con las copas antes de que Alicia perdiera el conocimiento del todo.

Alicia Balaguer caminó de nuevo por el cementerio, descalza y en camisón. Era noche profunda.

El ángel seguía allí, pétreo.

—¡Quiero volver a casa! —exigió.

—Allí tienes la salida.

Una especia de puerta se abrió en la oscuridad, emanando una tentadora luz.

—Pero si te vas, el niño que lleva Alicia dentro no nacerá y tú nunca existirás.

—¡Joder! —chilló la joven y una fuerza tironeó de ella alejándola de la luz.

Se despertó de pronto e intentó incorporarse sin éxito. Estaba atada de pies y manos con cuerdas, sobre una tabla. Levantó la cabeza y observó el entorno; la sala de torturas.

Ganchos oscuros y sucios colgaban del techo, jaulas vacías contralas paredes, y una Dama de hierro abierta de par en par con sus pinchos por dentro, esperando una víctima a la que desangrar viva.

Alicia respiró con dificultad intentando pensar, sin embargo no le dio tiempo pues Antonia apareció sobre ella con su típica cara de psicópata.

—Bienvenida, señorita —la sonrisa socarrona en su cara lo dijo todo.

—¡Suéltame, puta! —le chilló la joven, forcejeando.

La mujer le subió la falda y las enaguas, palpando por entre las piernas.

—¡No me toques!

Antonia sacó unas afiladas tijeras y se puso a cortarle las telas.

—Al principio la íbamos a ofrecer como virgen. El colofón de nuestra fiesta para conseguir el máximo poder.

Continuó cortando la tela mientras Alicia siguió forcejeando.

—Pero no era virgen para nuestra sorpresa. Así que, a cambio, cogeremos el fruto de su vientre para ofrecerlo a nuestro señor y así alcanzar la inmortalidad.

—¡Putos pirados de mierda! ¡Qué inmortalidad ni que hostias!

Antonia jugueteó con las tijeras pasándolas por encima de su vientre y por el interior de sus muslos, cerca de la vagina.

Alicia sintió pánico y se puso a llorar, desesperada.

Un golpe seco apartó a la mujer de Alicia y la salpicó de su sangre. Antonia cayó como un peso muerto al suelo.

Isabel estaba de pie con una pala de jardín entre las manos. La dejó caer estrepitosamente sobre el duro piso y con las tijeras le cortó las cuerdas a Alicia. Les costó, pero entre ambas consiguieron soltarla.

—Señorita, lo siento muchísimo, no sabía que el champán llevaba droga —lloraba a mares.

—Da igual, vámonos.

Alicia la asió de la manga y tiró de ella en dirección a la puerta.

—No, no. Por ahí está todos. Por aquella puerta secundaria mejor.

—¿Dónde lleva esa?

—Una red de túneles, no estoy segura.

Cuando Alicia intentaba abrir la puerta cerrada, Isabel se agarró a ella emitiendo un sonido quejumbroso. La joven novia se giró y vio a la corpulenta Antonia detrás de ellas y la cara desencajada de Isabel.

El ama de llaves tenía la cara llena de sangre y un trozo del cráneo hundido. Acabó cayendo de costado muerta del todo. Isabel se deslizó hasta el suelo muriendo casi en el acto, con las tijeras clavadas en la nuca y sangre en la boca.

Alicia quedó atónita sin saber qué hacer ante aquella dantesca escena, con Isabel muerta entre los brazos.

—¡Noooo! —chilló desesperada y llorosa—. ¡Isabel! ¡No! No, no, no, tú no… Isabel —la abrazó con fuerza mientras sollozaba sobre su pecho.

Unos aplausos le hicieron levantar la cabeza.

Allí estaban la Condesa y Dorian. Este último no era capaz de mirar la escena y se tapó la boca para no vomitar.

—Qué bonita es la amistad, ¿verdad, Dorian?

—¡¡Puta vieja loca!! —le chilló Alicia a la mujer.

—¡No soy vieja! —exclamó ella fuera de sí—. ¡Desciendo de Bathory y he heredado su belleza y abolengo! ¡Mi señor me lo reveló y mi destino es ser inmortal!

—Ahí os quedáis, ¡qué os den! —Alicia le hizo un gesto con el dedo y con una especia de palo golpeó el pomo de la puerta hasta reventarlo y conseguir abrirlo.

La Condesa la asió del pelo, fuera de sí, y Alicia se defendió golpeándola con el palo en toda la cara, rompiéndole la nariz.

Al ver la sangre, la mujer se puso histérica, y se abalanzó sobre Alicia, sin embrago Dorian la retuvo.

—¡Te arrancaré la cara! —forcejeó como una leona atrapada. —¡Suéltame, invertido!

—¡Púdrete en el infierno, vieja bruja! —la empujó contra la pared.

—¡Sucio invertido!

Dorian la ignoró y cogió a su hermana de la mano, para arrastrarla hasta el túnel. Ya dentro, Alicia se revolvió, soltándose.

—¡No me fío de ti! ¡Sabías lo que iban a hacer conmigo!

—Por favor, confía en mí. Isabel y yo teníamos un plan para ayudarte, pero ha sido un desastre.

—¿Un desastre? ¡Está muerta! —gimió apoyándose en la pared húmeda.

—Lo siento, no tenía que pasar eso. Debíamos escapar los tres juntos. Pero tenemos que irnos ya, o vendrán detrás y nos cogerán.

—¿Y dónde lleva esto?

—No lo sé, a otras casas, creo. Eso me pareció escucharles espiando.

—Venga, vamos, pero te juro que como me traiciones te mataré yo misma.

Afortunadamente había luz suficiente para poder caminar a cierta velocidad.

—Antes madre no era así. Egocéntrica es cierto, pero no así.

—Dorian, nadie es quién era. Aleix está poseído por una especia de ángel o demonio, un ser de otro mundo.

—¿Qué? ¿Me tomas por loco?

—¡No! —se giró enfadada—. Tú eliges creerme o no, allá tú. Te digo la verdad. Y yo vengo del siglo XXI, no soy tu hermana Alicia.

—Dios, esto es difícil de digerir.

—Da igual, vámonos cagando leches.

Y se adentraron mucho más en los túneles.

En la sala de torturas la Condesa intentaba parar la hemorragia nasal cuando Aleix hizo acto de presencia.

—¡Mi señor! —Gateó hasta él.

—Querida…

—Mi señor, no lo he podido evitar.

—No importa, querida. No tienen escapatoria.

Y pensó en su hermano y que el juego llegaba a su fin tras tantos siglos atrapados en aquel horrible mundo.

Capítulo 19

Dorian y Alicia caminaron a buen paso por un túnel abrupto y húmedo de una sola dirección. Existían otros tantos pero estaban cerrados con verjas y candados. Escucharon todo tipo de ruidos imaginando que eran ratas y bichos.

—¿De verdad no sabes dónde lleva?

—Te juro que no.

—¿Cómo has podido permitir que pasara todo esto? —le echó en cara.

—No empecé a saber lo que pasaba de verdad hasta hace muy poco, cuando murieron Ricard y padre.

—¿Y por qué no fuiste a la guardia?

—Alicia, aquí no hacen caso a un crío. Y sé que hay jefes involucrados en todo esto, como el doctor y otra gente rica.

—¿Y lo de que Ricard y tu hermana eran amantes y este cuerpo lleva su hijo dentro lo sabías?

—¡Qué! ¡No! ¿Estás embarazada?

—Sí. Descubrí cartas de Ricard a Alicia, de amor. Y ahora estoy segura de que cuando escapaban los tres juntos, esta gente provocó el accidente.

—Menos mal que perdiste la mem…

—¡No la he perdido! No soy tu hermana, soy Alicia Balaguer. Y que yo nazca depende de que este bebé nazca y viva. Y me vas a ayudar con eso.

—¡Deja de decir esas cosas!

—Ahora te cuesta creerme, pero cuando llegue la Guerra Civil española, en el año 1936, tendrás que irte y te encargarás de que este bebé, que será un hombre o una mujer, y su familia, se vayan también. ¡Eso si hoy salimos de esta!

—¿Y por qué esa guerra?

—Militares contra República. Ganarán los militares, Francisco Franco instaurará una dictadura de 40 años que retrasará al país. Muchos morirán, muchos tendrán que irse, muchos vivirán en la miseria en la posguerra. Un desastre…Y de la II Guerra Mundial ya ni quiero hablarte… Es mejor que no sepas nada más.

—Es difícil asumir esto que me estás diciendo.

—Con que lo recuerdes me vale. ¡Qué has hecho con la caja! —exclamó de pronto.

—Está escondida.

—Pues ya sabes que me tiene que llegar en 2017.

—Estaré muerto entonces.

—Ahí no te puedo ayudar, tendrás que darle al coco.

Llegaron a unas escaleras estrechas y las subieron hasta dar a parar a una sala de aspecto médico antiguo.

—Parece Cuarto Milenio.

—¿Qué?

—Nada… shhh

Había una mesa de operaciones, paños machados de sangre, estanterías llenas de fetos en formol y animales flotando también en botes de cristal.

Con sumo cuidado salieron por la puerta principal, dando a otra casa de buenas dimensiones pero más modesta que Casa Roses.

—Esta casa no está lejos de la nuestra… —musitó Alicia.

—Es la casa del doctor, la recuerdo de una vez que vine.

Todo estaba en aparente silencio, demasiado teniendo en cuenta que su dueño ya sabría qué se habían escapado.

Unas figuras encapuchadas fueron avanzando hacia ellos, saliendo de las distintas puertas.

—Alicia… —Dorian se quedó aterrado ante las siniestras presencias.

Los asieron con fuerza, tapándoles las bocas con un paño. Aquello les hizo perder el conocimiento a ambos.

La joven se despertó con un profundo dolor de cabeza, tirada sobre una lápida bajo la oscuridad de la noche. Estaba sola y sin atar, lo cual la desconcertó sobremanera. Se bajó de la lápida dando tumbos por el cementerio, mareada.

—¿Qué pasa? —Miró en todas las direcciones y no vio a nadie. Caminó por las calles del camposanto intentando ubicarse pero estaba demasiado confusa. Dedujo que a algo jugaban con ella, pues no era normal que anduviera libre y a sus anchas.

Buscó alguna cosa con la que defenderse; un palo, una rama. Dio con un hierro forjado suelto, perteneciente a una tumba. De algo podría servirle. Lo agarró fuerte con la mano derecha, dispuesta a usarlo a la más mínima ocasión.

Unas luces se le fueron acercando, así que echó a correr en dirección contraria.

—¡Que empiecen Los Juegos del Hambre! —chilló.

Las luces avanzaban por distintas direcciones. Alicia saltó por encima de las lápidas, se escondió entre los mausoleos, reptó por encima de las matas, pero cada vez estaban más y más cerca. Podía oírlos y verlos con sus túnicas negras.

La rozaron con dedos fríos, se defendió con el trozo de hierro, pero la acorralaron contra la pared de un mausoleo.

Las figuras encapuchadas dejaron paso a otra que lanzó a Dorian contra el suelo. Enseguida se levantó y fue con Alicia. Se pegaron el uno al otro.

—Juegan con nosotros…

Los encapuchados fueron acercándose a ellos lentamente, paso a paso. Bajo las capuchas se observaron rasgos no humanos, y las extremidades estaban descarnadas o putrefactas.

—¿Qué son eso?

—Joder, zombis…

Se detuvieron y volvieron a dejar paso a alguien. Apareció Alexis con los brazos a la espalda y una sonrisa socarrona en el rostro. Aún iba vestido de novio.

—Alicia y Dorian. ¿En serio os pensabais que podíais escapar?

—¡Qué coño quieres de nosotros!

—De vosotros poco —se sinceró con una sonrisa.

—Solo sois un cebo. Pero tengo que dar de comer a mis discípulos, aunque por el momento los calmaré con otra cosa.

Alzó el brazo derecho y de su puño colgaba la cabeza de la Condesa, separada del cuerpo.

Dorian vomitó al instante al reconocer a su madre.

—Joder… Te las has cargado.

Alicia estaba atónita y asqueada, pero después de todo lo que había visto no desvió la mirada. Además no quiso parecer débil delante de Aleix.

Este lanzó la cabeza de la mujer por los aires y rebotó en el suelo. Los seres encapuchados e inhumanos se abalanzaron para devorarla.

El chico se abrazó con fuerza a Alicia, sin poder mirar la escena. Aquello fue más de lo que pudo soportar.

—Aleix no haría algo así… —sollozó.

—Ese no es Aleix. Es un ser de otro lugar.

—Así que eso es lo que te ha contado mi hermano, ¿no? —comentó Aleix—. Sí, desde luego no soy ese pelele de Aleix Llach, solo uso su cuerpo. Pero lo he dejado despierto, para que sea consciente de cómo sufre su ser amado —contó refiriéndose a Dorian—. Y no podrá hacer nada para evitar lo que tenga que pasar.

—¡Eres despreciable! —le chilló Alicia.

—Ha sido muy divertido hablar contigo, querida. Reconozco que en otras circunstancias podríamos haber sido felices —se paseó mientras lo decía—. Me gustas, me estimulas en este aburrido mundo en el que estoy atrapado. Cuando comprendí que eras una viajante me emocioné. ¿De qué época vienes?

—Principios del XXI, así que sí, este es tu pasado.

—Vaya… —sonrió mirándola de cerca—. ¿Y eres tan interesante como aquí?

—Vete a la mierda, cabrón.

—¡Me encantas! Te mantendría viva, en serio, pero por ahora el plan es otro.

—¿Has montado todo este juego por Gabriel? —Aleix la miró con los ojos entornados y se separó de ella.

—Por un hermano todo vale la pena. Pero que conste que la secta ya existía, yo solo me aproveché de su ignorancia. Tan solo les susurré lo que querían oír. Los insté a cometer esos pecadillos impuros. Acacio: violar niñas. La Condesa; bañarse en sangre de jóvenes para ser más hermosa. Antonia; estar con su amada señora hasta el final de sus días, ya me entiendes. El Doctor; experimentar con cuerpos y fetos.

—Eres repugnante.

—¡No! Yo no he hecho nada. Bueno… Un poco solo, lo reconozco. Pero el Conde Roses, la pobrecilla Isabel, el amante Ricard y la dulce Alicia, todos incorruptibles. Almas puras.

—¡Esto es inconcebible! Destruir una familia entera por diversión.

—No, no es por diversión, mi adorada Alicia, ha sido para que el cobarde de mi hermano se atreva a enfrentarse a mí de una vez tras tanto tiempo. ¿Verdad, hermano?

—Verdad… —se escuchó una voz tras los árboles y, finalmente, Gabriel apareció.

Capítulo 20

—¡Gabriel! —Alicia chilló de alegría y alivio.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Dorian.

—¡Es amigo! Nos ayudará.

Gabriel caminó hacia Aleix, que le esperaba con los brazos abiertos.

—¡Hermano! —Obviamente Gabriel no le tocó—. Qué poco efusivo eres —dijo bajando los brazos.

—Déjalos marchar, ya me tienes aquí.

—No, qué va.

Hizo un gesto y cuatro encapuchados hicieron guardia delante de los cautivos.

—Mira todo lo que he tenido que hacer para que me hagas algo de caso.

—¿Es que nunca me vas a perdonar?

—No sé qué hay que perdonar… Am, espera, ¿unos ocho siglos de vagar por este inmundo lugar? Lejos de nuestro maravilloso hogar.

—Yo no impuse el castigo.

—Pero fuiste el culpable y me arrastraste en tu penitencia.

—¿Perseguir a mis almas custodiadas no te ha parecido suficiente ya?

—Ha tenido que aparecer una viajante —señaló a Alicia—, para que dieras de verdad la cara. Son tus manos las que están manchadas de sangre, por no aparecer antes.

Aleix le enseñó las suyas, llenas de sangre de la Condesa.

Alicia y Dorian se acurrucaron el uno contra el otro, escuchando la conversación pero sin perder de vista a los encapuchados, que los miraban ansiosos.

—Deja libre ese cuerpo, Alastair —dijo Gabriel diciendo su verdadero nombre.

—Deja libre el tuyo —contestó.

—Ya me tienes aquí, ¿qué quieres ahora?

—¡Quiero volver a casa!

—Yo no puedo hacer nada, te recuerdo que soy el penitente principal y aquí sigo penando.

—Entre los dos podremos volver. Somos más fuertes juntos.

—No puedo.

—¡Si no me ayudas a volver te juro que los mataré a ellos y a todos los que vengan detrás hasta que sea el fin de la humanidad!

Se adelantó hasta Gabriel y le dio un puñetazo tal que se rompió la muñeca.

Su hermano reculó hasta darse contra un árbol y caer al suelo con la nariz sangrando.

—¡Te recuerdo que son cuerpos humanos! —Se levantó y, agarrando a Aleix por la solapa de la chaqueta, le dio un cabezazo que dejó aturdido a este. —¡Sal de ese cuerpo!

Una luz blanca emanó de sus ojos.

Los seres oscuros se apartaron con chillidos, asustados. Dorian y Alicia alucinaron.

—¡Ahí estás! —chilló Aleix, triunfante —¡Ahí estás, Kalés! —dijo su nombre real.

—¿Sabes lo malo de poseer un cuerpo humano? Que si lo mato, te mato con él.

La sonrisa de Aleix se apagó en su rostro.

—¡No! —gritó Dorian, asustado.

—¡Que si lo mato te quedarás atrapado en el plano astral de la nada y lo sabes!

—¡Necesito otro cuerpo! —miró hacia Dorian y Alicia.

—¡Ni lo sueñes, ellos jamás!

Kalés golpeó de nuevo a Alastair casi hasta dejarlo sin sentido. Lo cogió por el cuello para ahogarlo. El hombre pataleó y se retorció sin respiración.

—¡Sal de este cuerpo! —gritó Kalés. Una energía casi incorpórea salió del cuerpo y flotó encima. Kalés dejó de ahogar a Aleix, que estaba casi muerto.

Dorian se acercó al pobre hombre y lloró sobre su pecho intentando que volviera en sí. Al ver Kalés que la energía de su hermano quería usar el cuerpo del muchacho se interpuso.

—¡Ni se te ocurra!

La energía buscó otro huésped y fue hacia Alicia.

—¡Corre, Alicia! ¡¡Corre!! —le gritó.

Algo frío rozó la mejilla de la chica, dándole un repelús tremendo.

—G-Gabriel… —Alicia no entendió. Este la empujó para que se fuera.

—¡Vete, no dejes que entre dentro de ti bajo ningún concepto!

Alicia se arremangó la falda y echó a correr en dirección hacia la iglesia, ya que no se le ocurrió otro lugar donde guarecerse.

Sintió la presencia muy cerca suya, pero le llevaba ventaja. El vestido no hizo más que engancharsele una y otra vez, así que se lo quitó quedándose en enaguas.

Llegó a la iglesia y entró por una ventana lateral que rompió con una piedra, pues la entrada principal estaba cerrada. Se aupó rasgándose la carne del vientre con un cristal. Cayó de lado en el suelo.

Aquella cosa seguía tras ella, lo sabía por el frío que emanaba. Corrió escaleras arriba hasta el campanario, donde no hubo más salida.

Algo frío tocó su nuca. Se giró y vio un tentáculo de energía apenas perceptible, que parecía estar desvaneciéndose.

—¡No! —chilló apartándose.

Se subió al borde del balcón.

—¡Este cuerpo solo lo poseo yo!

Gabriel vociferó su nombre desde abajo, desesperado.

El viento azotó el cuerpo de Alicia de espaldas al vacío.

Comprendió una cosa entonces: el pasado ya estaba escrito, así que hiciese lo que hiciese, decidiera lo que decidiese, nada podría ya cambiarlo.

Y se dejó caer.

Capítulo 21

Alicia abrió los ojos con suma dificultad y pesadez. Estuvo varios segundos intentando adaptarse a la luz. El entorno era aséptico, el de un hospital moderno. Levantó la mano derecha y vio que estaba conectada a diversos sueros. El otro brazo le pesó, pues estaba escayolado del codo a los dedos.

En el sillón dormía su tía de cualquier forma.

—Tía Marga… —gimió con la voz ronca.

Esta dio un respingo y enseguida apretó el botón de llamada a enfermería. La auxiliar de la enfermería le comprobó las constantes y luego acudió la enfermera y la médica.

La ayudaron a recostarse y a beber agua poco a poco.

—Ay, hija, qué susto más grande nos has dado —lamentó la tía de la joven.

—¿Me caí de la iglesia?

—¿Qué?

—Está confusa. Alicia —le dijo la médica—, ¿cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Dónde naciste?

—Barcelona.

—¿En qué año estamos?

Alicia se quedó confusa, a punto estuvo de decir 1901, pero dejó la mente pensar un poco antes.

—2017.

—Alicia, tuviste un accidente; te atropelló un coche en las cercanías del Park Güell. ¿Recuerdas algo de eso?

—No…

—Por suerte el conductor no iba deprisa y solo te has roto el brazo izquierdo, dos costillas y contusiones en las piernas. El golpe en la cabeza era lo más preocupante, así como posibles lesiones internas, sin embargo y tras varias pruebas estás perfectamente.

—¿Llevo muchos días así?

—Tan solo unas horas inconsciente.

—¿Unas horas?

Alicia no se lo pudo creer.

—Me duele todo.

—Es natural. Ahora la enfermera te pondrá un calmante para las molestias. Mañana por la mañana volveré a ver cómo evolucionas. ¿Alguna pregunta?

—No… —suspiró.

Se quedaron solas por fin, tía y sobrina.

—¿Qué hacías en el Park Güell?

—Fui a pasear… —mintió.

—¿Y Roberto? —preguntó por su primo pequeño.

—Se ha quedado con unos amigos, no te preocupes. ¿Quieres hablar con él por teléfono?

Alicia asintió y, tras una pequeña charla con el niño, le pidió a su tía que se fuera a casa a descansar.

—¿No te importa? Ha sido un día tremendo y toda la noche aquí sentada.

—Vete a casa. Estaré bien en manos del hospital.

Marga se fue y su sobrina se quedó a solas con sus pensamientos. Por suerte no compartía habitación aún con nadie ya que estaba en observación y no en planta.

—Estoy viva… —musitó—. Estoy aquí, Alicia no murió, tuvo a su bebé y yo estoy aquí…

Pero fue incapaz de dilucidar si lo que le había pasado era real o fruto del accidente.

Durante los siguientes días, Alicia fue en mejoría y se pudo levantar y caminar por los pasillos o comer normalmente la insípida alimentación hospitalaria.

Finalmente le dieron el alta y volvió a Casa Roses, que estaba tal cual la dejó antes de salir despavorida. La joven no se olvidó del pasadizo secreto tras el armario y la cámara de los horrores a la que daba.

Alicia no supo si hablar de ello con su tía. No parecía nerviosa o que ocultara algo. Tras el accidente, además, estaba más cariñosa y pendiente de ella. No le reprochó nada de su imprudencia y la ayudó siempre en todo desde el accidente.

Por su parte, la joven recordaba todo claramente; tanto lo sucedido en 1901 como en 2017, pero dudaba de si era real. Nada tenía sentido.

Aquella primera noche de vuelta, durante la cena, indagó.

—Tía, ¿hay algo en la casa sobre la genealogía familiar? Quiero decir… Fotos, partidas de nacimiento, cosas así…

—La verdad es que no lo sé, desconozco bastante la historia de la familia de tu padre. Solo conocí a tus abuelos.

—Entiendo…

—Puede que en la habitación de los trastos en el tercer piso quede alguna cosa. Ya sabes que del pasado poco quedó tras la guerra. No es algo de lo que me haya preocupado demasiado al no tener valor económico, lo siento.

—Ya buscaré…

—Por cierto, ¿estarás bien para volver a clase el lunes?

—Sí, no te preocupes.

—Lamento que no fuera ningún compañero o compañera a verte.

—No importa, no soy popular.

—No lo entiendo, la verdad.

—Cuando eres la hija de un hombre asesinado en extrañas circunstancias, tu madre está desaparecida y eres tímida o introvertida… ser popular en un colegio pijo no se estila.

Por primera vez se sinceró con su tía.

—¿Te han hecho algo?

—¿Si sufro bullyng? Por supuesto. Cada día, cada puto día. Probablemente se hayan alegrado del accidente.

—Iré a hablar con dirección hoy mismo. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Porque nunca escuchas, joder! ¡Porque ni en mi cumpleaños te acordaste de mí! ¡Porque he tenido que tener un puto accidente para que me hicieras caso! —le chilló levantándose.

—¡No es justo!

La mujer se puso a llorar.

—Apenas tengo tiempo para mi propio hijo. ¿Sabes las deudas que dejó tu padre?

—¡No, no lo sé porque no me cuentas nada!

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Crees que yo no sufro? Mi propia hermana está desaparecida.

Alicia se calmó. Lo sucedido en el pasado le había endurecido el carácter.

—¿Qué me dices de la puerta corrediza del armario?

—¿La puerta? ¿Qué puerta de qué armario?

—¡La de la habitación de mis padres! El armario. ¡Hay una puerta detrás y lleva a un sótano!

Alicia fue escaleras arriba y su tía la siguió, desconcertada.

—¡Alicia!

La joven abrió el armario, sacó y tiró por el suelo la ropa y las fundas, hasta dejarlo despejado. Intentó correr la puerta pero el fondo del armario era totalmente liso y estaba integrado con este.

Se quedó estupefacta, pálida, desconcertada.

—Alicia, vamos a urgencias. El golpe en la cabeza te ha debido de… trastocar.

—No… Estoy bien, yo… Lo soñé, lo debí de soñar… —Se dejó caer de rodillas. Su tía la estrechó contra sí mientras Alicia sollozaba y balbucía; —No fue real…

Marga la llevó hasta su cuarto para acostarla.

—Había una carta… vieja, aquí… —musitó con una última esperanza.

—Cariño, no había nada de eso. No toqué nada, está todo como lo dejaste.

—Mira, busca bajo la cama, se ha caído…

Su tía lo hizo pero negó con la cabeza.

—Te voy a subir un tranquilizante.

La besó en la frente y se fue.

Alicia tampoco tenía el móvil con los mensajes de Gabriel. Por lo visto acabó destrozado.

Su tía volvió con la pastilla y un vaso de agua.

—El lunes no irás a clase.

—Prefiero ir, tía… Aquí me volveré loca…

—Está bien, pero a la mínima de que te hagan algo quiero que me avises.

—Vale…

—¿Me quedo un rato contigo hasta que te duermas?

—Sí…

—Descansa.

Al día siguiente, Alicia subió al tercer piso y entró en la habitación de los trastos viejos. Por su ubicación habría sido la de la dulce y pobre Isabel. Alicia lloró al recordarla, aunque no estaba segura de si fue una amiga real o fruto de su imaginación.

Buscó entre los juguetes viejos, cajas de cartón con vinilos, ropa pasada de moda y poco más. Nada que no hubiera visto ya.

Abrió el armario viejo, y encontró una caja de puros muy vieja, entre otras pertenencias sin valor. Dentro halló fotos de sus abuelos, de los padres de estos, de sus propios padres cuando era ella pequeña. Pero nada anterior.

Decepcionada se echó a llorar, pues no tenía pruebas de aquella época, excepto su memoria, si es que no se había vuelto loca.

Capítulo 22

Alicia se volvió a poner el uniforme el lunes por la mañana. Aún se le veían los verdugones y costras en brazos y piernas, pero disimulaba lo que le sujetaba las costillas rotas.

En su propio cuerpo se sentía un ser débil, pero no en el de su antepasada, con el que fue capaz de todo y más.

—Está todo en mi cabeza…—se dijo.

La joven salió de casa, cogió el metro y llegó al instituto.

Algunos alumnos de otras clases y cursos tuvieron la deferencia de preguntarle por su salud. Eran chicos y chicas con los que no hablaba, pero que tampoco hacían su vida imposible.

Al llegar a la primera clase del día la cosa cambió: ocupó su sitio sin una sola palabra de ánimo o consuelo, de preocupación, ni siquiera de la profesora.

Observó que había un alumno nuevo, aunque no le prestó demasiada atención.

Todo fue normal, intentó ponerse al día académicamente y así se sucedió toda la mañana hasta la hora del almuerzo.

Alicia estaba a punto de hincarle el diente a su sándwich, cuando aparecieron las indeseables.

—Rezamos mucho por ti —dijo una.

—Para que te murieras en el hospital —se echaron a reír.

Al no ver reacción por parte de la joven pasaron a su habitual agresividad. Le asieron entre las tres que eran y, reteniéndola, escribieron la palabra "PUTA" en su escayola, bien grande y con permanente.

—¿Nos habías echado de menos? —preguntó la líder—. Nosotras a ti sí. No es lo mismo putear a otras.

Alicia la miró con odio extremo, y de la nada le brotó la adrenalina. Con la mano sana le pegó un puñetazo a su agresora que la tumbó de espaldas para el asombro de todas.

Las dos matonas, atónitas, ayudaron a su jefa a ponerse de pie, y entre las tres la obligaron a ponerse de rodillas, dispuestas a propinarle patadas, aunque Alicia se defendió con uñas y dientes.

—¡EH! —gritó un chico al ver la escena.

—¡Qué coño quieres! Si no vas a participar ya te estás largando.

El joven corrió hacia su interlocutora y la empujó con tanto ímpetu que la estampó contra la pared de atrás. Agarró después a Alicia mientras las tres se iban corriendo a trompicones y profiriendo amenazas.

El chico las ignoró.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias —contestó, aunque se dolió de un costado.

—Vaya hijas de puta, estas. Pegar a una persona que ha tenido un accidente.

—Tú eres nuevo, ¿no? Vas a mi clase.

—Sí, me llamo Damián, pero así entre nosotros prefiero Damien, es más cool.

Alicia se echó a reír y luego le dolieron las costillas.

El chaval era simpático y majo; ojos verdosos, sonrisa amable y medio flequillo de cabellos negros tapándole la cara.

—Vale, Damien. Yo soy Alicia.

—Sí, me han dicho tu nombre en clase.

—Tú no eres de por aquí, por el acento y eso.

—Soy de Alicante. Mis padres son empresarios y ahora mismo nos hemos establecido aquí por negocios importantes.

—Debe ser duro dejar atrás a tus amigos.

—No tenía muchos, en todo caso ya ves mi método para hacer amigos es pegarme con matonas de mierda.

—Son unas cobardes.

—Pues sí, pero la próxima vez se lo pensarán mejor. Por cierto, ¡buen derechazo!

Hizo un aspaviento.

—¡Le has reventado la nariz a esa zorra!

—Porque mira lo que me ha escrito aquí… —Le enseñó la escayola.

—¡Pero si ha firmado con su nombre y todo!

Alicia no pudo parar de reír a pesar del dolor de costillas.

—Se me ocurre una cosa —dijo Damien.

Sacó unos rotuladores de su mochila y fue decorando la escayola con una especie de mandalas orientales hasta tapar la fea palabra.

—¡Qué pasada! Te ha quedado muy bien.

—Soy un puto genio. Otro día te los voy coloreando, porque ya ha sonado el timbre como hace media hora.

Alicia se levantó.

—Bah, yo soy nuevo y tú estás tullida. ¿Qué nos puede pasar?

—Gracias, Damien. Has hecho que me olvide un rato de mis problemas.

—¡Un placer, señorita Alicia!

Hizo una reverencia.

—Por cierto, ¿eres esa Alicia?

—¿Qué?

—La del país de la maravillas. ¡Porque otra no puedes ser!

—¡Y tú el Sombrero loco!

—Sí, pero en guapo.

—Perdona, no eres Johnny Depp.

—¡Yo creo que tengo un aire!

Alicia se partió de risa.

Al final se fueron juntos a esperar a la siguiente clase del día. Al salir del instituto cada uno cogió una línea del metro distinta.

La joven volvió cansada a casa, sin energía física. Se sentó en el sofá para ver algún capítulo nuevo de sus series favoritas en un canal de pago. Este le sugirió seguir viendo Dr. Who, y eso le hizo pensar de nuevo en los viajes temporales, hasta quedarse dormida de puro cansancio con la serie puesta y el mando en la mano.

Marga despertó a su sobrina.

—Alicia, ¿te has tomado las pastillas para los dolores?

—Sí, por eso me he quedado sobada.

Se frotó la cara.

—Mañana tenemos hora en el psicólogo. Es amigo mío y nos ha hecho un hueco.

—Uff —bufó con desagrado.

—Es hora de que vayas. Voy a ayudarte en lo que pueda. ¿Vale?

—Vale, tía, gracias y perdona.

Pero a Alicia no le hizo nada de gracia ese tipo de ayuda, y menos cuando ya estuvo en la consulta y se quedaron solos.

La sesión se centró en preguntas básicas como primera toma de contacto, y luego pasó al bullyng.

—Me ha dicho tu tía que sufres acoso en el instituto.

—Pues sí.

—¿Lo has denunciado?

—La chica que me acosa es hija de una política importante de la Gerenalitat. La directora lo sabe, todos los saben y nadie hace nada.

—No importa de quién sea hija. Debes denunciarla.

—Usted vive en los mundos de Yupi, ¿no?

El psicólogo no consiguió sonsacarle más y pasó a otro tema; la muerte de su padre.

—¿Cómo llevas el fallecimiento de tu padre?

—No falleció, lo mataron. Y lo llevo mal porque mi tía es muy sobre protectora en ese aspecto y no me ha explicado nada.

—Hablaré con ella y le recomendaré que tengáis esa conversación si eso va a aliviarte.

—Mi padre no va a volver, así que no me alivia en absoluto, pero merezco saber las cosas.

—¿Y la desaparición de tu madre?

—Pues no sé si quiero pensar que se fue y me abandonó o si resulta que también está muerta y por eso no vuelve.

—Alicia, brota de ti una hostilidad tremenda. Quiero ayudarte, no soy tu enemigo.

—Pero me está usted preguntado en la primera sesión cosas muy fuertes.

—Porque llevas un peso tremendo a tus espaldas y quiero que lo sueltes.

—Está bien, pues voy a soltar todo el peso: recibí una carta escrita por mí misma, de 1901. Luego me atropelló un coche y viajé a ese año, dentro del cuerpo de mi antepasada Alicia Roses. Me enfrenté a una especie de demonio psicópata, me tiré de un campanario y volví a mi tiempo. Así a grandes rasgos. ¿Qué opina? ¿Estoy psicótica? ¿O es real?

El psicólogo se quedó atónito. Su amiga Marga le dijo que la chica no estaba bien, aunque era dulce y dócil. Pero aquella Alicia era distinta a esa descripción y encima parecía tener un cuadro psiquiátrico grave.

—Voy a hacer un informe para que acudas al psiquiatra.

—O sea, su conclusión es que estoy loca.

—No estás loca, yo no he dicho eso en absoluto. Pero está claro que necesitas más ayuda aparte de la psicológica. Con lo jovencísima que eres ya has pasado por muchas cosas y antes de que caigas en depresión profunda es mejor actuar.

Alicia se cruzó de brazos, señal inequívoca de ponerse en guarda y cerrarse en banda.

El hombre la acompañó de vuelta con su tía y le explicó la situación. Les recomendó además una doctora amiga suya que trataba con depresiones infantiles y juveniles. Luego las dos se fueron.

—¿De qué habéis hablado como para que te pongas así? Mira qué cara llevas.

—Es confidencial, tía Marga. Pero cree que puedo tener depresión y quiere que me la trate.

—Bueno, yo también lo creo y por eso te he traído.

—Vale…

—Va siendo hora de que vayamos a comprar otro móvil para ti, por si necesitas contactar conmigo o yo contigo.

—Gracias, tía, de verdad. Siento haberme puesto así…

Marga le pasó los brazos por encima del los hombros y la estrujó contra sí.

—Eres la hija de mi única hermana, haré todo lo que tu madre hubiera hecho por ti de estar en mi lugar.

Luego fueron a comprar un nuevo teléfono.

Capítulo 23

De aquella semana, Alicia faltó a algunas clases, ya por pruebas y curas médicas como por acudir a la psiquiatra.

Esta no le cayó tan mal, pero no le contó nada del viaje al pasado, porque si lo hacía pensaría que tenía un verdadero problema mental. Pero le informó de que soñaba con sus antepasados.

La doctora Roller se mostró encantadora, explicándole que la química de su cuerpo y cerebro estaba alterada. Le dio unas pastillas no muy fuertes que la ayudaron a dormir. La médica también le contó que debían modificar la química, pero que no sucedería de la noche a la mañana. Aún así se sintió un poco más aliviada días después, porque no todo iba tan mal.

La joven hizo muchas migas con Damien y hablaron cada día en el instituto o por wathasapp. Nadie la volvió a acosar desde el momento que su tía fue a hablar con dirección, lo que le dio tranquilidad.

En ocasiones miró el teléfono esperando recibir algún mensaje de Gabriel, pero sin resultado. Cada día que pasó tras volver en sí tras el accidente, era un día más en el que se sus recuerdos del pasado se diluían. Se preguntó una y mil veces si todo fue real o fruto de sus trastornos. No había caja, ni llave, ni carta, ni mensajes de móvil, ni puerta trasera en el armario, ni datos familiares, fotos u otras pertenencias reconocibles que e indicaran que todo pasó realmente.

Una tarde, mientras la chica estudiaba en la cocina de casa, su tía llegó del trabajo con su primito. El niño corrió hacia ella, contento.

—¡Ya he vuelto!

—Muy bien, cariño. —Tal solo tenía 5 años. Su tía era soltera y el padre no quiso hacerse cargo.

—Vete a tu cuarto a hacer los deberes, ¿vale? La prima y yo vamos a hablar un rato.

—Vale, mamá.

Y se fue corriendo entusiasmado.

—Alicia… —Su tía se sentó delante de ella y sacó un sobre enorme—. Voy a hablarte de tu padre.

El corazón de la joven se puso a cien.

—He querido protegerte y lo he hecho mal. Consideré que eras muy joven y se me olvidó que no eres una adolescente típica, sino que has madurado rápido.

La mujer tomó aire y suspiró, luego sacó los informes policiales del sobre.

—Lo único que no te voy a enseñar son fotos, porque no quiero que recuerdes a tu padre así. Si más adelante, cuando seas una adulta independiente, quieres verlas… Yo te las mostraré.

Alicia asintió con la cabeza.

—Bien, aquí está todo si lo quieres leer, pero como es jerga judicial probablemente no lo entiendas o te pierdas. Así que te resumiré lo que pasó: cuando tu madre desapareció, tu padre no lo pudo superar y se juntó con malas compañías. Empezó a beber, drogarse Y se metió en un club de carácter sexual de temática satánica. Al ser un empresario con dinero e importante, su muerte se filtró enseguida. Pero lo mataron por deber dinero y le dejaron la marca de la estrella del diablo grabada en el cuerpo. La policía concluyó la investigación recientemente, hubo detenciones y de nuevo salió en prensa.

—Lo mataron… por dinero…

—Sí, y tiene una deuda enorme con los bancos que acabas de heredar con la mayoría de edad. He estado pagando varios de los préstamos, pero no doy más de sí. Por eso trabajo tanto en el bufete.

—Lo lamento muchísimo, tía, en cuanto acabe los estudios buscaré trabajo.

—Créeme, eso no es suficiente y yo no te lo permitiría. Antes de seguir con esto, quiero decirte otra cosa… Sobre tu madre.

—¿Sabes dónde está?

—No, ojalá lo supiera —se echó a llorar. Alicia la sujetó de la mano para darle aliento—. Pero me pidió que te diera esta carta. No la he leído. Solo me dijo que si un día ya no estaba en nuestras vidas te la diera. He esperado demasiado con la esperanza de que volviera.

—¿Crees que está muerta?

—Creo que está viva, pero no sé si regresará…

La expresión de su tía fue un tanto enigmática.

—Antes de que leas la carta tengo que decirte que económicamente ya es insostenible. Los bancos anhelan la propiedad. Como tu abogada y representante legal te recomiendo que la vendas por mucho que te pese.

Marga se echó a llorar.

—Tía… No llores. Si hay que venderla, es lo que haremos.

—Es tu legado familiar, un lugar muy importante… Sé que lo que te pido es horrible.

—Prefiero que salgamos de esta y continuemos con nuestras vidas.

—Lo siento, cariño, lo siento. Lo he hecho fatal…

—Estás perdonada.

Alicia le pidió que le hablara más de sus padres cuando aún eran jóvenes y se conocieron y enamoraron. Tardaron en tenerla unos cuantos años y muchos abortos, pero cuando su hija llegó todo fue alegría, al menos unos años antes de que sus vidas se torcieran. La joven decidió quedarse con los buenos recuerdos.

Aquella noche, ya metida en su cama, Alicia leyó la carta de su madre:

Querida hija;

Le pedí a Marga que te diera esta carta si alguna vez desaparecía de tu vida, de una forma u otra. No sé la edad que tendrás cuando la leas, puede que 20, puede que 50. Durante mucho tiempo fui feliz, cuando era niña, pero al cumplir cierta edad tuve problemas, tenía sueños, veía cosas. Es todo difícil de explicar y probablemente me tomarías por loca. Me mediqué mucho tiempo para paliarlo. Luego conocí a tu padre y aunque costó mucho concebirte por fin estuviste en nuestras vidas, y volví a ser feliz. Pero los sueños han vuelto y siento que os voy a amargar la existencia. Antes de eso me iré. No quiere decir que no vuelva, tal vez ya te esté pidiendo disculpas por esta carta. Y si no vuelvo, también te pido disculpas por haber faltado en tu vida. Lo que jamás cambiará es lo mucho que os quiero, a ti y a tu padre.

Muchos besos, cariño.

Mamá

Alicia entendió al fin, con lágrimas en los ojos, por qué su madre se había ido y recobró la esperanza de volver a verla.

Días después, cuando merendaba en un burguer con su amigo Damien, le contó que tenía que vender la mansión.

—Ostia, ¿y eso por qué?

—Mi padre dejó un montón de deudas antes de que lo mataran. Ahora los bancos reclaman su parte del pastel.

—¿Lo mataron? —El joven se quedó atónito.

—Sí. Y ahora que yo soy mayor de edad tengo que tomar decisiones dolorosas y serias. Es una casa de principios del modernismo barcelonés, vale mucho dinero. Bueno, aún no la han tasado, pero lo tiene que valer.

—Entonces serías rica.

—Bueno, después de pagar a los bancos no sé lo que quedaría. Eso son cosas que lleva mi tía ahora mismo.

—Alicia, cásate conmigo y hazme un hombre rico —bromeó para sacarle una sonrisa. Ella se puso roja como un tomate e intentó disimular tras el vaso de refresco.

—Sin un anillo de compromiso, ni lo sueñes. De oro y diamantes.

—Yo pensaba buscar el Anillo Único.

—Ese se fundió en el Monte del Destino.

—¿Y esta anilla de lata no te puede servir?

—Vete a la porra —se echó a reír.

—Pues lo que tengo es ganas de ver tu casa, tiene que ser la ostia.

—Vente mañana a estudiar y te la enseño.

Alicia se dio cuenta de acababa de invitar a un tío a su casa.

—¡Ni me lo pienso! De puta madre —le dio un mordisco a su hamburguesa y luego sonrió de oreja a oreja.

Alicia notó su corazón latir con mucha más fuerza de la habitual. Aquel chico le gustaba, le gustaba mucho, de hecho hasta dormirse aquella noche no pensó en otra cosa que en él.

Al día siguiente Damien apareció en su casa con la boca abierta. Fue a abrirle la reja de fuera, que miraba alucinado.

—Joder, mira estas rosas enroscadas… Estoy flipando. ¡Vaya casa!

—Es muy bonita. Tiene tres plantas y un jardín enorme. Ahora solo vivimos aquí mi tía, mi primito y yo. A veces viene una chica a limpiar. Hace años había criadas que…—se quedó callada al recordar a Isabel, y una angustia en la garganta le impidió seguir hablando.

—¿Estás bien?

—S-sí. Recordé a una chica que servía aquí hace mucho, buena y dulce. Mi primera amiga de verdad. Pero ya se fue…

—¿Ahí detrás está el jardín?

—Sí. Cuando vivían mis abuelos recuerdo que aún quedaban rosales. Y… había unos setos que llegaban hasta allí, donde un templete blanco…

Realmente no fue cierto, pues recordó 1901.

—Bueno, ahora solo queda ese árbol enorme. ¿Te enseño la casa?

Damien alucinó con los detalles modernistas, las cristaleras, maderas talladas y otras tantas cosas propias de una casa de la época.

—Muchas cosas desaparecieron con la guerra.

—Qué pena.

Subieron al segundo piso.

—Esta es mi habitación —dijo mientras entraban.

—Menuda friki estás hecha —comentó al ver pósteres de pelis y series, muñequitos, libros y cómics diversos.

—¿Y qué? —preguntó con el ceño fruncido.

—No, si mi cuarto está mucho peor que el tuyo en ese aspecto. Me mola. Tienes Canción de hielo y fuego. A ver cuando ese cabrón de Martin acaba la saga de una vez.

—Antes se muere de un infarto, te lo digo yo.

—Más le vale que no. ¿Me dejarás algunas novelas? Me encanta leer. Mira, a esta le tengo ganas… —cogió una de la estantería.

—¡Claro!

—Llévatelo, pero con selectividad tan cerca tendrías que estudiar.

—No me hace falta, soy un genio. Mi memoria es extraordinaria y sé muchísimas cosas de todo. De todos modos quiero entrar en Bellas Artes y no me van a pedir nota de médico. ¿Y tú qué tienes pensado?

—Aún no lo sé…

—¡Pues espabila!

Damien se sentó en el borde de la cama de Alicia, donde ella también estaba sentada. Sus brazos se rozaron.

—Tu habitación está guapa —la miró a los ojos y la joven los apartó al instante, de vergüenza.

—Vale, vamos a estudiar.

—¿No me habías traído aquí para eso llamado sexo?

—¿Qué? —La pobre le miró espantada.

—No se te pueden hacer bromas sin que te den síncopes, ¿eh?

—¡Idiota! —Le arreó con el libro de historia de España en la cabeza.

—Juer, uno se declara con todo el romanticismo del que su única neurona es capaz, y se le aporrea sin piedad —dijo frotándose el cráneo.

—Mira, sin el anillo único engarzado en diamantes olvídate.

—Ok, captado: anillo único con diamantes.

—Vamos a estudiar, que yo no soy un genio como tú.

—Tú estudias y yo te pinto los mandalas, porque te lo prometí y te lo debo.

Alicia puco pudo estudiar mientras observaba al chico de sus sueños adornar su escayola.

Capítulo 24

En la última visita de Alicia a la consulta de la psiquiatra, esta última concluyó que estaba mucho mejor de ánimos. En el hospital le dijeron que las costillas volvían a estar en su sitio y les encantó la decoración de la escayola.

Los exámenes de selectividad fueron todos bien y sacó unas notas aceptables. Le dijo adiós a aquel maldito instituto y a las zorras que la habían estado importunando años, así como a los impávidos profesores.

Y con su amigo Damien la vida era más divertida, aunque Alicia no se atrevió a declararse por pura inseguridad. Si él hubiera querido algo con ella ya se lo habría hecho saber directamente, no se andaba con chiquitas.

Lo único que le preocupó todo aquel tiempo a la joven fue el tema de la venta de Casa Roses.

—¿Y habéis pensado en alquilarla? —le comentó una tarde Damien, mientras tomaban el sol en las hamacas del jardín—. Es una pasada, yo creo que podría haber más interesados en eso que en comprarla. Así pagarías deudas y no tendrías que deshacerte de ella.

—¡Sería una gran idea! Se lo plantearé a mi tía.

—Mis padres están buscando una casa como Dios manda. ¿Quieres que les pase el teléfono de tu tía?

—Pero aquí sería un alquiler muy elevado…

—Están forradísimos. Mi padre tiene hasta un yate, se lo quiere traer hasta aquí este verano. Además, cuando les enseñé las fotos se quedaron alucinados.

—Si la alquilaran sería perfecto porque podría venir de vez en cuando y verla.

—¿Siempre has vivido aquí?

—No, era la casa de mis abuelos paternos, que ya fallecieron y se la dejaron a mi padre, que me la dejó a mí. Pero pasé muchos fines de semana aquí jugando. Me picaron unas cuantas abejas por acercarme a los rosales… —recordó divertida.

—¿Y por qué ya no están?

—No sé, mi padre los mandó quitar y se puso césped por todo. Menos cuidados, supongo.

—Leí en un libro de estos de terror, que debajo de unos rosales habían enterrado a las víctimas y las flores eran así más hermosas. Menuda chorrada —se echó a reír.

Alicia se le quedó mirando al recordar el día en el que Aleix le dijo que había muertos debajo.

—¿Qué te pasa? Te has puesto pálida de pronto.

—Nada… —gimió.

—A ti te pasa algo.

—Me ha sentado un poco mal la merienda. Perdona.

—Yo que te iba a decir de ir a tomar un helado y hacer la ruta friki de las tiendas que están cerca del Arco del Triunfo.

—Bueno, creo que estoy recuperada —le cambió rápido el humor.

—¡Interesada!

Y se fueron a dar una vuelta.

La mañana siguiente, Alicia le planteó a su tía la idea de alquilar Casa Roses para al menos ir pagando a los bancos.

—No es mala idea…

—Yo creo que podríamos además alquilar un piso para los tres. Y así tu sueldo no se tocará y podrás trabajar menos.

—Estoy a la espera de la tasación, le indicaré a la inmobiliaria que nos dé un posible precio de alquiler.

—¡Genial!

Se emocionó al pensar que Damien y sus padres pudieran vivir allí, y antes de que la tía de Alicia pudiera reaccionar, estos se pusieron en contacto con ella para ver la casa y pactar un precio que les fuera bien a todos.

Mientras permanecieron reunidos una tarde, los dos jóvenes pasearon por el jardín y se sentaron a la sombra del gran árbol de más de cien años, para guarecerse de la altas temperaturas de principios de julio en la ciudad condal.

—En este hueco guardaba cosas de pequeña… y hace tiempo también encontré tesoros… —dijo refiriéndose a unas burdas pero tiernas cartas de amor y una llave desaparecida.

—Me gusta el sitio, guardaré mis tesoros también.

—Si tus padres se quedan con la casa, ¿dormirás en mi cuarto?

—Mujer, si me dejas yo me meto contigo en la cama, pero igual a mis padres no les parece bien.

—¡Oh, de verdad! Eres incorregible con tus bromas —se echó a reír.

—No, tu cuarto es tu cuarto. Hay muchas más habitaciones chulas en la casa.

—Pero se quedará vacío.

—No, qué va. Cuando les conté tu situación a mis padres, me dijeron que estarían encantados de que te quedaras aquí.

—¿Estás bromeando?

—En absoluto. Luego se lo preguntas tú misma. Palabra de trekki —hizo la señal de saludo de Star Trek.

Alicia rompió a llorar de pronto.

—Oye, que no estás obligada si no quieres quedarte o no te sientes cómoda.

—Gracias… —Se limpió las lágrimas con la camiseta.

—Dásela a mis padres, fue idea suya sugerida por mí así como quién no quiso la cosa…

—¡Imbécil!

—¡De nada!

Todo salió a pedir de boca; se pactó un alquiler, a Marga le pareció bien que Alicia no abandonara su casa y la abogada descansó por fin tranquila tras buscar un piso para ella y su hijo. Tanto a la psiquiatra como al psicólogo les gustó la idea de que Alicia conviviera con otra familia, una estructurada.

Los padres de Damien, Vicente y Magda, acogieron en sus brazos a Alicia. Eran personas con fortuna, ganada a pulso, pero con mucho sentido común y muy cariñosas. Sin embargo por su trabajo se pasaban muchas horas fuera, horas que compartían los dos jóvenes.

—Mis padres quieren poner una piscina, ¿te parece bien?

—¡No me puede parecer mejor! Mi padre tenía esa intención, pero entonces mi madre desapareció, o se fue…

—¿Crees que se fue?

—Sí… Pienso que algo pasaba y nos dejó atrás. Pensé que al morir mi padre ella volvería, pero ya hace mucho. Ni siquiera mi tía Marga, que es su hermana pequeña, sabe nada.

—Lo lamento mucho. No pierdas la esperanza.

—No la pierdo, y pienso mucho en ella…

—¿Os parecéis?

—No, la verdad es que no. Ella era… Es muy guapa.

—Entonces os tenéis que parecer por fuerza.

Alicia no supo que contestar, enamorada como estaba de aquel chico, solo cerró los ojos tumbada en su hamaca.

—¿Te echo un piropo y no me lo devuelves? Qué desagradable mejor amiga tengo.

—Idiota.

—¡Gracias! Era el que esperaba —sonrió.

—Damien, ¿me consideras tu mejor amiga de verdad?

—¿A ti qué te parece? Haces preguntas muy obvias últimamente. Estás muy rara.

—Hace tiempo, mientras estuve inconsciente unas horas en el hospital, me pasó algo… Algo inexplicable, que no sé si fue real o fruto de la conmoción. Para mí es totalmente real, lo recuerdo vívidamente.

—¿De qué hablas? Me estás asustando.

—Mi esencia vital viajó hacia atrás en el tiempo…

Damien estuvo callado un rato hasta que abrió la boca.

—¿Viste a Marty McFly?

—Vale, no te cuento nada más en serio en toda mi vida, pedazo de gilipollas —se echó a llorar de pura rabia dándose la vuelta en la hamaca, de espaldas a él.

—¿Y qué quieres que te diga si me dices cosas de ese estilo?

—Que dejes por una vez tu sentido del humor de lado y te pongas serio. Pero qué más da, si ni me vas a creer.

—Te pido disculpas, por favor, Alicia. Te pido perdón en serio —su tono de voz cambió.

Alicia se levantó y se fue hasta su cuarto, con Damien detrás como un perrito nervioso.

—¡Alicia!

—Damien, déjame tranquila.

—En serio, perdóname.

La cogió por los hombros y el contacto ablandó a la joven.

—Se lo conté al psicólogo y me mandó a la psiquiatra y ahora me medican. Supongo que fue un sueño, pero tan vívido que es como si pudiera tocarlo.

—Vamos dentro de tu habitación. Túmbate como si fuera una sesión, y cuéntamelo todo.

—Prométeme que no te vas a burlar —volvió a sollozar.

—Te lo juro por mis padres.

—Tras el atropello me desperté en 1901, en el cuerpo de mi antepasada Alicia Roses, aquí en esta misma habitación. Pero la conciencia era la mía. No sé si me explico…

—Sí.

—Desde ese momento viví la experiencia más extraña y terrible de toda mi vida…

Durante varias horas, Alicia relató todos y cada uno de los acontecimientos sin dejarse detalle. Damien permaneció callado como una tumba, y muy serio.

—Al final, intentado que ese ser de otro lugar no ocupase el cuerpo de Alicia, me tiré desde el campanario e inmediatamente después desperté de nuevo aquí, en el hospital, completamente confusa y fuera de lugar —concluyó.

El chico siguió callado sopesando la información.

—¿No dices nada?

—¿Es complicado decir… algo? Porque el nivel de detalle es tal como si te hubiera pasado ayer, ni siquiera un sueño es tan fácil de recordar.

—Es que me pasó ayer, Damien. Tan solo hace unas semanas. Pero no tengo ni una sola prueba de nada.

—No sé qué decirte, de verdad.

—Lo que piensas.

—No pienso que estés loca. Creo que para ti fue real. Obviamente yo no puedo decirte que lo fue.

—Ya, lo entiendo.

—Pero me gustaría ayudarte. Al menos investigar sobre esa época, las personas que has nombrado, lo del cementerio. En alguna parte ha de salir algo si pasó.

—¿Y cómo lo haremos?

—Internet y bibliotecas.

—Gracias por no tratarme como loca.

—Si quieres te trato.

Y de nuevo volvieron las sonrisas a sus vidas.

Así comenzó una ardua investigación empezando por Internet.

—Mira, en Wikipedia sale el cementerio de Montjuïc. Dice que se inauguró en 1883 porque faltaba espacio en los camposantos de barrio. *BlaBlaBla*. Nada más relevante.

—¿Y sobre Casa Roses? —indagó ella.

—Pues algunos artículos mencionando construcciones de la época. Mandada construir por el Conde Roses, es de estilo modernista con diversos motivos artísticos relacionados con las rosas… Nada, no pone nada más.

—Busca Conde Roses.

Encontraron una foto suya posando, pero como Alicia no vio nunca su aspecto, pues en la casa se habían retirado todas sus imágenes, no pudo corroborar que fuese él. Del resto de la familia no había nada. Lo mismo pasó con la de Aleix Llach, que solo aparecía el padre, al cual recordó haber visto en la boda fugazmente, por lo que fue imposible reconocerlo con total seguridad.

—Aquí dice que al ser republicanos, sus descendientes se marcharon cuando la guerra, pero nada más. Será mejor que mañana por la mañana nos pongamos a hacer peregrinaje bibliotecario. Una pregunta, Alicia —cambió de tema.

—Dime.

—¿Seguro que no has visto nunca nada relacionado con tu linaje familiar?

Ella negó con la cabeza.

—Ya, es normal, yo tampoco sé nada más allá de mis abuelos.

—He peinado la casa y no queda nada…

—¿Y no sabrá algo tu tía?

—No es de la familia Roses, es hermana de mi madre.

—¿Y si fue ella quien te quitó la carta y la llave? ¿Y si tapó el fondo del armario?

—¡No digas chorradas! Ella no ganaría nada haciendo eso.

—Vamos a ver el armario.

Caminaron juntos hasta la habitación que ya era ocupada por los padres de Damien.

—Esto pesa una tonelada por lo menos.

El chico intentó sin éxito empujar el mueble.

—¿Te crees Hulk?

—Y Wonder Woman, no te jode.

—Tendremos que quedarnos con la duda.

—Sigo pensando que la carta…

—Me duele la cabeza, Damien. Preferiría dejarlo por hoy.

—¿Vamos a cenar algo?

Alicia asintió al escuchar sus propios retortijones, por lo que bajaron a la cocina y se hicieron algo de cenar.

Ya por la noche, en su cama, Alicia recordó que antes del accidente dejó todo tipo de evidencias: la carta por la cama, el armario todo abierto… Su tía tuvo tiempo de sobra, mientras estaba ella convaleciente en el hospital, de encontrar y leer la carta además de contratar a un profesional para que le pusiera fondo al mueble.

Pero no, Marga no tenía nada que ver con todo eso, solo eran especulaciones. Si estaba en su cabeza nunca hubo carta, ni sala de torturas ni viaje a 1901.

—Joder… —musitó antes de echarse a llorar y entender cada vez más su propia locura.

Al día siguiente, Damien y ella recorrieron algunas bibliotecas sus hemerotecas.

—¿El pederasta ese no leía periódicos con noticias de las muertes de prostitutas?

—Sí.

—¿Y no recuerdas la fecha?

—No…

—*Tamos apañaos*… Aquí hay muchos periódicos y fechas. Me sabe mal pero me estoy mareando.

—No pasa nada, vamos a tomar algo a una cafetería. No quiero seguir mirando más…

—¿Por qué?

—Porque no… Estoy cansada.

—Vale…

Ya en la terraza de una cafetería cercana, el chico estaba un poco serio, algo poco habitual en él.

—¿Qué te pasa?

—¿Puedo hacerte una pregunta, Alicia?

—Claro.

—¿Sentiste algo por Aleix?

—Me robó mi primer beso de la forma menos caballerosa que puede haber; a traición.

—¿Y te gustó?

—No, porque así no se hace. De todos modos aquello de casarse tan joven y de pronto me agobió más que otra cosa. Durante algunos instantes incluso pareció una persona normal, pero hay que recordar que era un ser loco y desquiciado que disfrutaba haciendo el mal para vengarse de su hermano.

—En el fondo seguro que no era tan malo, me da un poco de lástima. Arrastrado por un pecado de su hermano. ¿Y sabes por qué fue?

—No me quedó muy claro; algo de cometer varias infracciones hará ahora como 900 años o así. Y arrastró al hermano.

—Es una burrada de tiempo. Como para no desquiciarse. A mí me pasaría. No poder volver a mi hogar, con mis seres queridos… ¿No crees?

—Visto así, sí… Pero Gabriel no se volvió loco.

—No todos los seres de este mundo somos iguales… Lo que sí percibo es que Gabriel fue muy cobarde y egoísta. Podía haber terminado con todo mucho antes, pero lo hizo in extremis. Fíjate las muertes que se podían haber evitado.

—La verdad, en eso tienes toda la razón. En cualquier caso ya pasó, el ser desapareció, todo siguió su curso hasta hoy…

—Habría que conocer ambos puntos de vista. Pero uf, me pongo en el lugar del malo y 800 años aguantando al ser humano con sus constantes guerras y miserias, odio intenso entre pueblos. Una y otra vez viendo cómo se repite la misma historia.

—Era mezquino, Damien, hizo cosas horribles injustificables.

—Ya… Pero hay algo de él que envidio.

—¡Qué cosa!

—Te robó tu primer beso, cuando tendría que haber sido mío.

Alicia miró hacia abajo, confusa.

Las manos de Damien la sujetaron por la cara para que la alzara hacia él. La miró con ternura. Luego la besó una sola vez, con mucha delicadeza.

La joven se lo devolvió con labios temblorosos, sonriendo sin poder evitarlo.

—Eres más tonta… Me gustas desde que presencié aquel puñetazo tuyo.

—Y tú a mí desde que me dibujaste mandalas en la escayola.

—Me he puesto muy celoso del beso de ese demonio descarado.

—El tuyo ha sido infinitamente mejor.

Damien la abrazó contra sí con cuidado de no hacerle daño.

—Ahora ya no está sola, tontita.

—Gracias…

—Gracias a ti por aparecer en mi vida…

Capítulo 25

Alicia y Damien dejaron de lado el tema bibliotecas y se fueron a pasear por el Park Güell, porque eso ayudaría a la muchacha a afrontar muchas cosas.

Cogidos de la mano fueron hasta el lugar, cerca de la parada de autobús.

—Fue ahí, creo.

—¿Por qué no cruzaste por el paso de cebra?

—Estaba confusa y obnubilada. No me di cuenta.

—¿Y entonces Gabriel estaba al otro lado?

—Ahí —señaló.

—O sea, que egoístamente dejó que te atropellara un coche, a sabiendas de que podías no sobrevivir.

—Yo se lo pedí expresamente —lo defendió.

—No sé, no me acaba de gustar.

—Realmente me crees, te lo tomas muy a pecho.

—Creo que tú lo crees, pero como te dije no lo puedo probar. Y sí, me lo tomo muy en serio.

Caminaron por el parque y se sentaron en una zona arbolada con palomas.

—Mira que eres guapa. —Damien le acarició la cara.

—No…

—Que te digo que sí, merluza. —Se acercó para volver a besarla, esta vez usando un poco la lengua. Ella contribuyó al beso de igual forma— . Me gustas muchísimo, loca y todo.

—Y tú a mí, idiota y todo.

—Somos la pareja perfecta entonces.

—Tenemos que decírselo a tus padres y mi tía. Qué vergüenza.

—Estoy seguro de que algo se huelen ya, no nacieron ayer.

—No sé si debería seguir viviendo en Casa Roses.

—No creo que debas irte, pero sí que cerraré por dentro mi cuarto por las noches para que no me violes.

—¡Serás bruto! —Le pegó en el hombro.

—Ay, mi preciosa Alicia en el País de las Maravillas.

—Ay, qué pena que no seas Johnny Depp —bromeó.

—¡Maldita! Yo loco por ti y tú pensando en ese mientras nos morreamos. Estoy destrozado.

Alicia se echó a reír y se sintió la más afortunada del mundo.

Pero aquella felicidad no fue del todo plena, pues comenzó a tener pesadillas sobre las atrocidades que vivió en 1901. En más de una ocasión se despertó gritando al sentir que caía de espaldas, justo antes de empotrarse contra el suelo.

En un principio no contó nada, pero la mala cara de no dormir bien la delató rápidamente.

—Tengo pesadillas que me atormentan y angustian.

—Hoy dormiré contigo. —Damien le acarició el rostro con dulzura.

—¿Qué dirán tus padres? Pregúntales primero.

Alicia insistió tanto que Damien tuvo que obtener su consentimiento por teléfono para que ella se quedara tranquila.

—Si lo de investigar lo de los viajes en el tiempo y a tus antepasados te va a provocar todo esto, creo que deberíamos dejarlo temporalmente —propuso.

—Tienes razón —admitió Alicia.

—¿Piensas meterme mano esta noche? Es para ponerme los calzoncillos sin agujeros.

—¡Pero cómo puedes ser tan bruto!

—Lo digo pensando en tu bienestar únicamente.

—¡No estoy preparada para eso y lo sabes!

—Cariño, era broma, ya lo sé… —La abrazó.

—Vamos a cenar y a la cama, estoy muy cansada.

Tras una cena frugal se acostaron. La cama era bastante grande y no se tocaron.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió Alicia.

—Claro.

—¿Has estado con muchas chicas?

—No me interesaban demasiado hasta conocerte a ti. Solo una.

—¿Y era muy guapa?

—La chica más guapa con la que he estado.

—Ya… —Alicia se arrepintió de preguntar, pero se lo mereció.

—Eres más tonta y no naces. Hablo de ti.

—¿Lo dices en serio? —Ella buscó su mano y la apretó recibiendo el mismo cariño.

—Yo cuando hablo en serio no hablo en broma. Lo tuve claro desde el principio contigo. Te vi pegarle en las napias a esa zorra y me enamoré de ti, flechazo total.

La joven se quedó callada al escuchar aquello.

—¿Estás enam…?

—Enamorado de ti, sí, hasta las trancas.

—Y yo de ti…

—Ven aquí, tontuela.

Se abrazaron con fuerza.

—Damien, no me dejes sola —sollozó de pronto—. Tengo miedo de caerme del todo.

El joven no dijo nada más, solo la arropó.

Alicia corrió por las calles de una Barcelona completamente vacía. Era de noche y La Sagrada Familia brillaba al fondo, en la oscuridad. Fue hacia ella y entró tras pasar las verjas que solían estar cerradas al público. El interior estaba a medio iluminar pero se apreciaron las altísimas columnas.

La joven miró en todas las direcciones y se asustó al escuchar el eco de unos pasos acercándose.

—Alicia, esto no ha terminado, has de tener cuidado.

De entre las oscuras sobras apareció el Gabriel moderno.

—¿Eso qué quiere decir?

Pero no le contestó y se fue.

—¡Gabriel! ¡Pedazo de egoísta cabrón!

Se despertó de pronto, con el corazón a cien. A su lado dormía tranquilamente Damien, ajeno a todo. No se sintió tranquila del todo pero volvió a dormirse acurrucada junto a él.

Durante las siguientes noches las pesadillas fueron mermando, gracias también a la compañía de su pareja. Durante el día este se ocupó de que no pensara, yendo de turismo o incluso un día entero a Port Aventura.

Alicia cada vez pensó menos en 1901, en el supuesto viaje en el tiempo del que no tenía más prueba que unos recuerdos que podían ser perfectamente fruto de su imaginación. Y cada día que pasó lo pensó más.

—Me gustaría ir a ver La Sagrada Familia, de Gaudí —le informó una mañana Damien—. La vi de pequeño con el cole pero no me acuerdo de nada.

—Yo también fui hace unos años. ¡Podríamos ir, sí!

—Pues vamos. —Se sacó del pantalón dos entradas para ese mismo día.

—¡Eres incorregible! Me engañas siempre.

—Soy un maestro de las artes oscuras, un nigromante nivel infinito.

Alicia lo besó con alegría para que se callara y dejara de decir sandeces.

Cogieron el metro y en poco tiempo llegaron para hacer la cola pertinente hasta poder entrar.

La belleza del lugar asombró a Alicia de nuevo. Tuvo el recuerdo de haberla visto en plena construcción en 1901, con Aleix. La sensación de *déjà vu* fue muy fuerte.

—¿Alicia? ¿Te has mareado?

—No, solo me he quedado absorta.

—Vayamos a sentarnos en los bancos.

Se quedaron allí en silencio observando el techo de árboles de piedra, aquel bosque gaudiano. Alicia miró a Damien y tenía una expresión como de añoranza.

La belleza del templo lo hacía único en el mundo.

—Veo que te ha gustado.

—Ni te imaginas cuanto…

—¿Damos una vuelta?

—Ve tú, me apetece quedarme sentado un rato más.

La chica caminó entre la gente, por los pasillos y hacia unas vidrieras por las que entraba la luz directa y formaba distintos colores en el suelo. Los estaba observando cuando escuchó una voz desconocida cerca.

—Gaudí no era de este mundo, y tuvo que plasmar algo del suyo aquí…

Cuando fue a ver quién decía algo así, un grupo de turistas en tropel y con guía se interpusieron. Solo vio a un joven moreno de pelo peinado hacia arriba irse. Lo intentó seguir pues tuvo una corazonada, pero no dio con él.

Se fue a los baños, nerviosa. Intentó serenarse cuando orinó. Incluso se refrescó con agua.

Alicia casi estuvo segura de que aquel era Gabriel, pero ¿y si era una alucinación?

Damien la llamó a los pocos minutos.

—¿Dónde estabas?

—En el baño —intentó tranquilizarse—, había mucha cola.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. ¿Vamos a ver el museo?

Mientras observaban bocetos y maquetas, Alicia planteó una pregunta:

—¿Y si Gaudí no fuera de este mundo nuestro? ¿Y si fuera de otro? Casi todo lo que hizo era distinto, nunca visto antes.

—Anda que vaya burradas dices —se echó a reír—. El pobre Gaudí solo era un ser humano, con un extraordinario don. Pobrecito, lo atropelló un tranvía y murió en un hospital de pobres porque nadie sabía que era él.

—Sí, tienes razón, pobrecito…

Pero Alicia pensó en aquellas otras palabras, las de un Gabriel imaginario. Y decidió pensar que, efectivamente, Gaudí no era de aquel mundo.

Capítulo 26

—Niña, ¿quieres un poco de helado? —la madre de Damien se lo ofreció a Alicia.

—Sí, por favor.

La mujer le tendió un vaso con helado de chocolate y una cuchara, luego se sentó con los dos tortolitos en la terraza trasera.

—Mamá, ¿a qué hora sale el vuelo para Alicante mañana? Quiero acompañaros.

—A las 10:00 de la mañana, Damián —lo llamó por su nombre.

—¿A mí no me traes helado?

—Si quieres uno te lo sirves tú.

—Jobar, he dejado de ser tu ojito derecho.

—Con esta niña tan buena aquí qué esperabas.

Damien se fue a la cocina a por su ración, dejándolas solas.

—¿Sabes? Mi hijo ha mejorado mucho desde que te conoce. Antes era más taciturno.

—¿Ah sí? Conmigo siempre es bromista.

—El amor nos hace cambiar, saca lo mejor y lo peor de nosotros. En este caso ha sido para bien y yo que me alegro.

Alicia sonrió alagada.

—Pareces muy buena niña. Sé que lo has pasado mal, pero puedes contar con todos nosotros como si fuéramos tu propia familia.

La joven no supo qué decir, se emocionó mucho.

Damien volvió con su helado y las miró con extrañeza.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así?

—Nada, hijo, siéntate y tomemos la fresca todos juntos en silencio.

Alicia dejó el vaso vacío sobre el césped y se tumbó en la hamaca, dejando volar sus pensamientos hacia el pasado, hacia Gabriel. ¿Era real o ficticio? ¿Qué le convenía más para ser feliz? ¿Descubrir la verdad o dejarlo pasar?

Esa noche, Damien se quedó en el cuarto de la chica por petición suya. Aunque ambos deseaban dar un paso más físico en su relación, con los padres durmiendo cerca les pareció una falta de respeto a su confianza.

—Mañana estaremos solos, hasta que vuelvan el jueves… —dijo Damien.

—Lo sé… Tendrás que ponerte los calzoncillos sin agujeros.

—Um… Me muero de ganas de que me los quites.

Se abrazaron y besaron. La mano de Damien se deslizó hacia el trasero de Alicia y esta le tuvo que parar los pies un poco.

—Con tus padres ahí, no…

—Lo sé. Pero es que te amo… —la besó con ímpetu.

—Damien, que no soy de piedra.

—Eres mía, serás siempre mía. Desde que te vi, mía…

—Qué tonto —se echó a reír—. O nos vamos a dormir o no respondo de mí.

—¿Me amas a pesar de todo? —le preguntó él— ¿Siempre lo harás?

—Claro…

Damien pareció satisfecho y ambos se contuvieron y durmieron.

A la mañana siguiente Alicia se despertó sola y recordó que su novio había ido a acompañar a sus padres al aeropuerto de El Prat y volvería en bus y metro.

Se fijó en que tenía un mensaje en el móvil y pensó que sería suyo, pero era de un número desconocido.

“Tu padre nos debía mucho dinero. Ahora nos lo debes tú”

La sonrisa se le borró de la cara de inmediato, dejándola congelada en el sitio. Tardó un poco en reaccionar, pero llamó a su tía, que no le cogió el teléfono. Tampoco lo hizo Damien, con el que se puso en contacto por diversos chats sin que le llegara ninguno de los mensajes.

—Tiene que ser una broma de esas zorras —se dijo para tranquilizarse, queriendo creerlo.

Aún así cerró todos los accesos y ventanas de la casa.

El móvil volvió a sonar.

“Si no pagas lo que nos debes, la próxima serás tú, puta”

Soltó el aparato sobre el sofá como si fuera un objeto demoníaco e ignoró los siguientes pitidos de mensajes. Chilló del susto al sonar el tono de llamada, que tampoco cogió por puro miedo de que fueran los extorsionadores. El teléfono de casa también empezó a sonar y pensó con cierta lógica que podían ser su tía o Damien, que llamaban al fijo al ver que no les cogía el móvil.

—¿Sí?

—El dinero o tu vida, y si vas a la policía te matamos —una voz profunda de hombre le dejó helada. Soltó el teléfono, que se quedó comunicando en el suelo.

A Alicia le temblaron tanto las piernas que se le volvieron como gelatina y no la sostuvieron.

Así se quedó hasta que alguien entró en la casa. Sin pensar echó a correr escaleras arriba y se metió en su cuarto, cerrándolo por dentro.

—¡Alicia! ¿Qué pasa? —se trató de Damien, así que la joven abrió la puerta inmediatamente y se echó en sus brazos, derrengada y sollozando desesperadamente—. Pero bueno, te he llamado al ver tus mensajes, pero no me lo cogías. ¿Qué pasa? —repitió.

—Un hombre… me ha amenazado por mensajes de móvil y por el teléfono de casa.

—¿Qué?

—Dice que si no pago la deuda de mi padre me matará, y si llamo a la policía también.

—Enséñame los mensajes.

Bajaron hasta el salón y Damien leyó todo.

—Hay que llamar a los mossos.

—¡No!

—¿Pero no ves que ellos te pueden proteger?

—Pero y si no me creen… Y si piensan que es una broma.

—¡No! Porque a tu padre ya lo mataron por eso y…

—¡¡He icho que no!! —chilló cabreada.

—Vale… ¿Y qué hacemos?

—No… no lo sé… Si se lo decimos a tus padres o a mi tía podríamos ponerlos en peligro a todos.

—Vale, ahora siéntate que voy a traerte una tila.

—¿De dónde saco yo el dinero?

—Vende la casa y punto.

—No puedo más. ¡No puedo más! —se puso a chillar.

Asió a Damien por la camiseta y lo miró.

—Gabriel, Gabriel tiene que poder ayudarme.

—¿De qué hablas?

—En La Sagrada Familia me pareció verlo, y soñé con él. Está cerca, lo sé.

A Damien le cambió la expresión de la cara y se puso tan serio que casi no pareció él. Alicia llegó a asustarse.

—Gabriel… —musitó él.

—No me crees, ¿verdad?

—Gabriel, el Gabriel que te incitó a echarte en medio de la calzada y te produjo un accidente. El Gabriel que te contó todas aquellas chorradas en 1901. El Gabriel que dejó que te tiraras desde un campanario.

Alicia realmente se asustó.

Damien tomó aire.

—No sé qué hacer contigo…

—¿Qué quieres decir?

—He intentado seguirte la corriente pensando que eso te ayudaría a que por ti misma te dieras cuenta de que eran todo delirios. Me he esforzado hasta decir basta. ¡No ves que todo eso de 1901 no sucedió! ¡No existe ningún Gabriel, no te citó en el Park Güell porque no existe ese hombre! Te lo imaginaste todo: la carta, el armario, la sala esa de torturas, viajar en el tiempo y toda la historia.

—¡Claro que pasó!

—No, Alicia. Cuando me contaste todo aquello hablé con tu tía y me dijo que imaginabas cosas y por eso ibas al psiquiatra y te estabas tomando medicación. Mis padres también lo saben y esa la razón de que insistieran para que te quedaras aquí en tu casa, para no perjudicarte. Pero no puedes seguir en ese mundo de fantasía.

—¡No estoy loca, joder! —Se revolvió.

—No digo que lo estés, cariño. No es culpa tuya que te pase esto en la cabeza. Un trauma grave lo puede desencadenar, como la muerte de tu padre. Llevas desde entonces imaginando cosas. Lo siento muchísimo, mi amor, pero nada de lo que crees es real.

Alicia se quedó en shock pero asintió con la cabeza.

—P-pero esos mensajes sí son reales, los del móvil…

—Esos sí. Esperaremos algún tipo de instrucciones por su parte. Ahora lo que han hecho es acojonarnos para que seamos más débiles. Pero si quieren dinero tendrán que contactar de nuevo, o los podemos escribir.

—V-vale. Escribamos…

Alicia seguía confundida al serle revelada la verdad de que se montaba películas muy reales.

Damien cogió el móvil de Alicia y escribió como si fuera ella.

“No sé nada de las deudas de mi padre con vosotros”

“Tu padre nos debía 500000 € y ahora son 800000 €”

“No tengo acceso a tanto dinero ahora mismo. Por favor, dadme tiempo”

“Pronto sabrás de nosotros”

“Qué debo hacer?”

Sin embargo ya no contestaron más.

—Voy a cerrar la puerta por dentro y a poner a funcionar la alarma exterior ya. No creo que en pleno día se atrevan a intentar algo. Y luego vamos a tu habitación y nos quedaremos allí. Pero prométeme que si hoy no dicen nada más, mañana nos vamos a la policía.

—Te lo prometo.

—Ahora te acuestas y te traigo una tila y unas valerianas. Yo me encargo de todo.

Sola de nuevo, Alicia no supo que fue peor; si saber que tenía brotes psicóticos o ser amenazada de muerte.

Capítulo 27

Llegó la noche y Damien no se apartó un solo momento del lado de Alicia, que seguía en un estado mental confuso.

—Fue tan real —dijo de pronto—. Recuerdo incluso el olor de la sangre de Isabel… M-me inventé una mejor amiga y la maté.

—Lo siento, cariño. —Damien le acarició los cabellos—. Lamento habértelo dicho así, de esas maneras. Ha sido por el estrés del momento.

—No tenéis por qué cuidar de mí, ni tienes que seguir conmigo por pena.

—No estoy contigo por pena, estoy contigo porque te quiero. Y porque te quiero te ayudo.

—Damien, hagamos el amor… —susurró.

Este le sujetó el rostro con las manos y la miró a los ojos con intensidad.

—¿Por qué? ¿Qué hay en mí que te guste? —le preguntó él.

—Me haces feliz, me das paz, alivias mi mente. Eres un ángel…

—Nunca antes me habían amado. Es una sensación extraña pero hermosa. Me hace sentir como hace mucho tiempo que no me sentía.

El chico se metió en la cama y la estrujó contra él. Sus manos tocaron, por debajo del pijama, los pechos pequeños pero firmes de la joven, y la hicieron gemir e placer. Luego se deslizaron hacia el secreto entre sus piernas, que estaba muy húmedo. Ella, por su parte, introdujo la mano para asirle el erecto miembro y friccionarlo. Damien gimió de intenso placer mientras se seguían besando con ardor.

De pronto se escuchó un sonido en la planta baja que los alertó a ambos.

Damien no perdió el tiempo y casi se llevó en volandas a Alicia hasta el cuarto de sus padres, y cerró por dentro dejando puesta la llave.

—Aquí estaremos más a salvo, las puertas son macizas.

Unas voces masculinas se escucharon al otro lado y los golpes fuertes en las puertas comenzaron.

La joven estaba en shock. Damien fue hacia el armario y comenzó a sacar todo lo que había dentro, cajones inclusive.

—¿Qué haces?

—Wonder Woman, ayuda a este Hulk a mover el armario y taponar la puerta —le pidió.

Entre ambos consiguieron que el armario se moviera poco a poco, y fue dejando al descubierto la puerta secreta en la pared.

—¡Alicia! —gritó Damien al sentir que ella no empujaba.

—¡La puerta! —la señaló. Damien se quedó sorprendido, pero la instó a continuar empujando hasta poner el armario contra las puertas de la habitación, que seguían siendo golpeadas desde fuera. Eso les daría tiempo.

—¡Te dije que había una puerta!

—Vale, pero a lo mejor no lleva a ningún lado y es fruto de tu imaginación, o te la enseñaron de pequeña y crees que…

—¡Cállate, Damien! La única manera es entrando.

La abrió y allí estaba el pasadizo. Se adentraron y lo recorrieron hasta llegar a los portones.

—Si no hay nada, te daré la razón, Damien, pero si hay una sala de torturas…quiero tus disculpas.

—Las tendrás.

El portón cedió y allí estaba la antigua sala.

—¡Joder! —exclamó el chico.

—¡Sí! —exclamó triunfante ella.

—Tenemos que seguir. ¿Esa puerta dónde llevaba?

—A otro pasadizo.

—Vamos.

Continuaron por el siguiente camino. El suelo estaba frío, húmedo y pedregoso. Damien subió a Alicia a su espalda para que no se destrozara los pies descalzos. Ella no dijo nada dada las circunstancias. Él era físicamente más fuerte y ella seguía con secuelas del atropello.

—Hay luz eléctrica moderna —observó ella.

—Está claro que aún se usa.

Llegaron al final y dieron con una puerta blindada de aspecto moderno y una cámara grabando justo arriba. La puerta cedió sola con un chasquido que indicó que se podía abrir tirando de ella.

Expectantes ambos, entraron.

La sala médica con fetos en formol ya no estaba, en su lugar pudieron encontrar una especie de salón moderno con tele enorme, mueble bar y unos sillones de cuero marrón carísimos.

Sentado en uno de estos sillones se encontraron un hombre maduro y trajeado, desconocido.

—Alicia Balaguer, te estaba esperando.

La recibió con una sonrisa.

—Todo ha salido según lo previsto —le comunicó a la muchacha, que lo miraba estupefacta—. Tu padre descubrió hace tiempo el entramado de túneles. Entre los dos construimos esto. Por lo visto fue de un Doctor Muerte. En su momento le echaron la culpa de todas las muertes y desapariciones de prostitutas, a lo Jack El Destripador barcelonés. Acabó en la cárcel, obviamente, y murió pronto de una paliza.

—¿Quién es usted? ¿Mató a mi padre?

—Quién soy, no importa. En cuanto a tu padre no fui yo quien lo mató. Pero me debía mucho dinero y quisiera recuperarlo.

—¿Y de dónde pretende que lo saque? —preguntó desesperada, llorando de frustración.

—Haremos un trato. Me darás Casa Roses. Lo haremos legalmente, pero no verás un solo Euro. Bueno, por deferencia a tu padre algo te dejaré para que puedas sobrevivir hasta que encuentres trabajo.

—¿Así me dejará en paz?

—Por supuesto —dijo mientras se encendió un cigarrillo—. Pero siéntate, niña, vas hecha una pena.

Alicia se sentó con reticencias pues las piernas no le aguantaron mucho más de pie.

Damien observó la estancia en silencio. Vio cerca de él un abrecartas y lo cogió disimuladamente, guardándoselo en la parte de atrás del pantalón.

—Pues es muy sencillo, Alicia. Le venderás la casa a mi empresa, de forma legal. Se pagarán todos los impuestos pero tú no verás nada de ese dinero.

—¿Por qué me ha amenazado?

—Todo esto forma parte de un plan. Si no llegabas a mí por tu propio pie, te traerían mis hombres. Aquí no matamos a nadie.

—No sé si darle las gracias.

—¿Os apetece beber algo? Podéis serviros.

—No bebo alcohol.

—¿Y tu joven amigo?

Damien le miró con una sonrisa en la boca.

—Yo tampoco bebo.

El joven miró la puerta del fondo, que no era blindada, sin perder la sonrisa.

—¡Qué chicos tan sanos!

Cuando se disponía a ponerse él una copa, la puerta normal salió casi despedida. Alicia y el hombre se tiraron al suelo, pero Damien ni siquiera se inmutó.

El secuestrador comenzó a temblar de puro miedo.

Entró de pronto un hombre joven, moreno con los cabellos hacia arriba. La cara de alivio de Alicia lo dijo todo.

—¡Gabriel!

—¡Fuera de aquí! —chilló este al hombre del suelo.

—¡S-solo soy un actor! ¡Un actor! —empezó a balbucir mientras, a trompicones, salió de la estancia para no volver más.

—¿Un actor? —preguntó ella confusa.

Damien la levantó del suelo y la estrujó contra sí, con el abrecartas en la mano derecha.

—Déjala de una vez —pidió Gabriel.

—¡No! Ella me pertenece.

—Damien —gimoteó la joven—. ¿Qué haces?

—Alastair, ya bastante hiciste en 1901 —le dijo Gabriel.

—¿Alastair? —Alicia no entendió nada.

—Kalés, he tenido que esperar más de un siglo para volver a verla. Déjanos en paz.

—¡Damien! —chilló desesperada—. ¡Damien, qué dices!

—¿Lo haces para vengarte de mí otra vez? ¿Es que no vas a dejar nunca esa obsesión?

—Si puedo joderte eso que me llevo, pero ahora la quiero a ella —repitió.

—¡Esto qué quiere decir!

Alicia estaba confusa a más no poder.

—Lo siento, Alicia, pero ese chico tiene metido dentro a mi hermano Alastair, igual que estuvo dentro de Aleix…

—¡¡¡NO!!! —Se giró hacia Damien y le golpeó con la mano derecha en el pecho—. ¡Sal de Damien! ¡Sal!

—Alicia, estamos juntos en esto.

La asió por el rostro con dulzura.

—Devuélveme a Damien —sollozó.

—¡Yo soy Damien! ¡Lo he sido desde el momento en el que volviste a este tiempo! No has estado con otro, has estado conmigo.

—¡No puede ser!

Intentó alejarse pero Alastair no la dejó marchar y le puso el abrecartas en el cuello, para que se estuviera quieta.

—¡No le hagas nada! —rogó Gabriel.

—Solo quiero estar con ella, lárgate y déjanos en paz.

Alicia tembló de pies a cabeza. Todo su mundo se desmoronó. Se había enamorado de aquel chico y ni siquiera era el de verdad.

—Creía que… estabas muerto… —musitó ella.

—Cuando te tiraste del campanario conseguí ocupar otro cuerpo y sobrevivir. Me he portado bien hasta ahora para que Kalés pensara que desaparecí.

—Si crees eso es que eres muy iluso, ya sabía que seguías vivo.

—¿Qué pasó entonces, Gabriel? —preguntó desesperada la joven.

—Cuando te tiraste, Dorian y yo estábamos abajo y conseguimos amortiguar tu caída. Al despertar ya no eras tú, era la otra. Se casó con Aleix, que afortunadamente sobrevivió, haciendo pasar a su hijo por el de ambos, y Dorian los acompañó siempre. Este hizo lo que le pediste y antes de que estallara la Guerra Civil toda la familia se marchó hasta que pudo volver. La Condesa se dio por desaparecida, la secta se ocupó de sellar los túneles y el cabeza de turco fue el Doctor, al que se le acusó de cometer todas aquellas atrocidades.

—Y yo estuve siempre vigilando hasta que naciste, Alicia —le susurró Damien al oído—. Hasta que encontré el cuerpo perfecto para acercarme a ti.

Sonó tan psicópata que la chica se derrumbó y quedó laxa, cayendo al suelo.

Gabriel aprovecho y se lanzó contra su hermano y forcejearon. El primero gimió de dolor cuando el segundo le clavó el abrecartas en el abdomen.

Damien se quitó a Gabriel de encima y fue hasta Alicia arrastrándose para asirla por la cintura.

—¡Suéltame!

—El otro Damien solo era un chico triste y anodino. ¡El que te ha hecho reír soy yo! ¡El que te ha cuidado soy yo! ¡Al que amas es a mí!

—¡No! —negó ella. No concebía pensar que la persona que amaba se trataba de un ser de otro mundo con el juicio desquiciado.

—Si tanto la amas para qué has montado la pantomima esta.

Gabriel se levantó y caminó hacia su hermano, al cual cogió de la camiseta para tironear de ella.

—¡Contesta!

—Para salvarla y que ya no separarnos jamás. ¡Pero me has jodido todos los planes de ser feliz de una vez en este mundo ya que no puedo volver al mío!

—¿Sabes, Alastair? Me perdonaron aquel entonces. Cuando di la cara y dejé de ser un cobarde, cuando de verdad ayudé a un alma a seguir adelante, me perdonaron.

Alastair se quedó estupefacto.

—Volví solo para hacer lo que ella me pidió en el pasado, y para buscarte. He rogado un siglo para que te perdonaran, alegando que durante todo ese tiempo no habías vuelto a hacer el mal a nadie, pero lo has tenido que joder al final.

—¿Qué?

—¡Te habían perdonado, Alastair!

—No, no es cierto…

—Lo era, ahora ya no. Olvídate de volver, olvídate de Alicia.

—¡No! —chilló golpeando a su hermano.

Se enzarzaron en una pelea bastante fuerte y los ojos de ambos empezaron a brillar.

—¡Vete, Alicia! —le ordenó Gabriel.

Ella echó a correr en dirección a Casa Roses, sin detenerse ni mirar hacia atrás y con los ojos abnegados en lágrimas y el corazón destrozado.

Capítulo 28

La chica no cesó de llorar todo el camino de vuelta, entre el desamor, el engaño y la ira que iba creciendo en su interior.

—¡Hijo de puta! —sus insultos rebotaron por las paredes de la sala de tortura—. Hijo de puta, yo te quería… —cayó de bruces al entrar en la habitación del armario. Se arrastró hasta la cama y limpió las mucosidades y lágrimas con las sábanas.

Fuera ya no había nadie golpeando las puertas, todo fue una mentira, una burla y un engaño.

Solo una mente retorcida sería capaz de orquestar semejante barbaridad. Y ella se lo tragó todo desde el principio sin sospechar, como una estúpida niña necesitada de amor y cariño. Presa fácil para un depredador de almas.

En 1901 fue más fuerte. ¿Por qué se había vuelto débil de nuevo? Se preguntó.

Pensó en que debía salir y llamar a su tía.

Empujó como pudo el armario, lo suficiente parar abrir un poco una puerta y colarse, no sin dificultad, por la rendija. Corrió a su cuarto y se vistió con ropa de calle. Los pies los tenía descarnados, pero se puso unos calcetines y unas zapatillas.

Bajó a buscar el móvil al salón, donde lo dejó abandonado por la mañana. Al comprobar que estaba sin batería optó por llamar desde el fijo.

De pronto escuchó unos ruidos arriba y, asustada, corrió hacia la escalera. Damien apareció herido y moribundo. Acabó rodando escaleras abajo. Alicia estuvo tentada de acercarse, sin embargo no se fió. Le dio lástima aquella persona que estaba dentro, el verdadero Damien. Una víctima inocente.

—Alicia… —gimió el chico—. Soy Damián…

Levantó una mano ensangrentada y temblorosa.

—Ayúdame…soy D… Damián… Ambulancia… —Alicia se acercó poco a poco, dubitativa.

—Aléjate de él, no es Damián, es Alastair.

Apareció Gabriel, también bastante perjudicado físicamente. Todo el costado lleno de sangre oscura y golpes por todas partes.

La joven se apartó al ver que Gabriel bajó hasta donde estaba el cuerpo de Alastair.

—¿En serio pensaste alguna vez que te ibas a salir con la tuya?

Alastair no fue capaz de decir nada, solo escupió sangre por la boca al toser. Estaba al borde de tener que abandonar ese cuerpo y volver a intentar introducirse en Alicia y ser un solo ser por fin.

Kalés, al prever las intenciones de su hermano lo agarró del cabello y lo arrastró unos metros, se puso encima de él y le sujetó la cabeza con las manos. Alastair pataleó y se defendió como pudo. De nuevo empezaron a emanar luces blancas de los ojos de ambos, y no solo eso; ellos mismo brillaron con fuerza.

—¡Es hora de terminar del todo con esto, Alastair! ¡Se acabó sufrir los dos! ¡Lo siento, hermano!

—¡No! —gritó con pánico—. ¡No lo hagas, por favor!

—¡¡Vete corriendo, Alicia!! ¡¡YAAA!! —chilló a pleno pulmón Kalés.

La chica se dio la vuelta y fue hacia la salida trasera que daba a una parte del jardín, corriendo todo lo rápido que pudo.

Fue la segunda vez que Gabriel le dijo que corriese y confió en él.

Fuera se detuvo al ver que toda la parte de debajo de su casa se iluminaba. Reculó y echó a correr de nuevo hacia el árbol centenario, para protegerse de lo que fuera, pero la explosión resultó tan fuerte que salió volando por los aires y cayó varios metros más allá.

Capítulo 29

Alicia caminó por un patio sacado de una película medieval. Era de día y no había nadie. Le pareció extraño por las horas que eran. Al fondo vio un árbol, y a dos infantes; un niño de aspecto sucio y a una niña vestida con ropas ricas. Se acercó a ver qué hacían solos allí.

La niña señalaba la copa del árbol y lloraba a moco tendido. Observó que había un gatito pequeño en una de las ramas. El niño, nervioso, trepó para cogerlo con tan mala suerte que se precipitó abriéndose la cabeza por la caída.

Inmediatamente su propia cabeza se puso a arder y a dar vueltas de puro dolor, tanto que cayó redonda al suelo sujetándose la testa. Cerró los ojos con fuerza y al abrirlos vio un techo rústico y la cara picada y vieja de una mujer.

—¡Señora Sancha! —exclamó—. Se ha despertado.

Alicia gimió con una vocecilla infantil y débil, pero no pudo hablar.

—Ay, Sanchito, es un milagro del Señor que estéis bien. ¡Porque menudo golpe! —le ajustó unas vendas que llevaba en la cabeza.

"¿Sanchito?", pensó con preocupación.

Otra mujer mucho más joven se acercó a ella y la miró con dulzura. Era guapa, pero se la veía enferma por el tono de su piel y las ojeras. El pelo lo tenía rizado, negro y abundante.

—Sancho, os dije que no os subierais al árbol. ¿No decís nada?

Alicia estaba acojonada y se miró las sucias manitas. Eran muy pequeñas e infantiles. Luego miró de nuevo a la mujer.

—Está asustado, señora Sancha. ¡Oh! ¿Y si ha perdido el habla?

Alicia le cogió la idea, al menos hasta saber mejor dónde estaba y quién era. En cualquier caso le costaba mucho entender algunas palabras porque no hablaban un español normal. Parecía castellano antiguo. Como para hablarlo ella.

—Solo está conmocionado por el golpe. Pero del castigo no os libraréis, Sancho, en cuanto estéis bien.

Asintió un poco con la cabeza, pues le dolió bastante.

Otra persona entró en la estancia. Se trató de un monje joven, de rostro amable y mirada bondadosa.

—Dios vela por vos, pequeño Sanchito —le dijo—. Ahora rezaré para que se os alivie el mal.

Dijo algunas cosas en latín, tocándole la cabeza y el dolor fue remitiendo casi milagrosamente. Alicia se quedó estupefacta.

—Gracias, hermano Amís—dijo Sancha.

—¿Estáis usted mejor de los mareos, Doña Sancha?

—Oh, sí, estoy mejor.

—Bien, he de volver para mis rezos a tiempo. Portaos, Sanchito.

Luego se fue y las tres se quedaron solas.

—Si esa niña no fuese tan egoísta —bufó Sancha.

—¡Señora! Mordeos la lengua, si os oyera alguien…

—Intento educarla bien desde hace años, pero supongo que ser hija de un Rey le da derecho a todo. ¿Cómo iba a negarse Sanchito a bajarle el gato? ¡Con el miedo que le tiene a las alturas la criatura!

—Dejad de hablar, señora.

—Bueno, debo volver con Urraca y la Reina. Cuidadme a Sanchito. Y vos, hijo, haced caso a Mencía.

Alicia asintió con un gemido mientras le dejaban a solas.

—Joder… —musitó con una voz infantil ligeramente de niño—. Otra puta vez…

Y lo peor es que no se acordaba ni cómo había pasado, como en 1901. Le irían llegando los recuerdos poco a poco, no podía hacer nada al respecto. Lo que sí tuvo fue una sensación tremenda de

desconsuelo y echar de menos a Damien y su nueva vida. También se preguntó para qué estaría en plena edad media, pues eso dedujo, dentro del cuerpo de un niño de no más de 7 años y que debía ser su antepasado. ¿Sería real o una alucinación? Fuese lo que fuese, ahí estaba.

Durmió un poco más debido a que le volvió el dolor de cabeza y los mareos. Tras despertarse tuvo ganas de orinar y solo encontró una especie de orinal en una esquina. Lo usó y se le escapó una risa al tocarse su pequeñas partes íntimas de mancebillo. La sensación de hacer pis fue muy extraña y distinta a la de una mujer.

—Me libro de tener la regla… -se rió un poco.

Horas después volvió Sancha con una bandeja: sopa de gallina caliente, pan recién horneado y queso.

Alicia devoró la comida con ansia, intentando no pensar en los virus y gérmenes que estaría ingiriendo. Todo el entorno olía que apestaba menos Sancha, que iba pulcra y más limpia que Mencía con diferencia.

—El Rey Alfonso partirá mañana para recuperar taifas sureñas. La Reina y Urraca se quedarán en Toledo, así que yo también lo haré.

Alicia no entendió una palabra.

—¿No podéis hablar o no queréis? —fue al grano.

—Mmm…

—Sanchito, ya no estoy enfadada.

—No sé hablar bien.

—No pasa nada. Es la conmoción del golpe.

—¿Quién es el monje?

—¿No recuerdas al hermano Amís? —Alicia negó con la cabeza y eso pareció preocupar a la mujer—. Es el hermano de sangre de mi benefactor, el Arzobispo de Toledo. Cuando vuestro padre murió en batalla me ayudaron mucho ambos.

Alicia pensó que todos sus padres, en las tres épocas, estaban muertos y le resultó muy triste.

—Gracias a él cuido de Urraca y acompaño a la Reina Constanza. ¿Ya recordáis algo?

—Sí, madre —mintió.

—Bien entonces, dormíos de nuevo y descansad. Yo también lo necesito.

No se le veía muy buen aspecto.

Alicia estuvo tentada de preguntar qué le pasaba, pero la experiencia le dijo que mejor quedarse calladita y no cometer imprudencias innecesarias.

Volvió a tumbarse en el duro catre y durmió.

El pestilente olor de heces mañaneras despertó a Alicia de golpe. Se tapó la nariz, pero poco se pudo hacer.

Sancha, con el pelo recogido en un moño y tan pulcra como siempre, estaba a su lado.

—¿Estáis bien, Sancho?

—Sí, madre. —Esta le quitó el pañuelo de la cabeza para revisar su herida y poner una nueva tela limpia.

—Cura bien.

—¿No deberían ponerle alguna sanguijuela? —preguntó Mencía.

La cara de Alicia debió de ser un poema porque Sancha se echó a reír.

—No, ya casi está curado.

—Madre, pica… —se rascó sus partes como si tuviera sarna por todo.

—Es normal, hace tiempo que no os laváis. Mencía —dijo a la mujer—, me tengo que ir ya. ¿Podéis darle vos la comida?

—Idos tranquila, señora Sancha. Yo vigilaré a Sanchito.

Alicia asintió con resignación, pero no pensaba quedarse “quietecito” en aquel apestoso lugar. Ser un niño podía venirle bien para pasar desapercibido. Como mucho se podía llevar unos azotes de Mencía.

—Mencía, tengo pis. ¿Dónde voy?

—¡Ese golpe en la cabeza! Hablando raro y preguntando tonterías. Ya lo creo que necesitáis esa sanguijuela para que os chupe el mal. Venga, bajad a desayunar.

La azuzó para que saliera de la cama y fuera hasta las cocinas.

—Ahí tenéis el caldero para las mañanas.

En una esquina había un recipiente lleno de mucho pis a saber de cuánta gente. Olía que echaba para atrás.

Sacó su pequeño pene y se le escapó el pis sobre la pared y la paja sucia del suelo. Miró a Mencía pero estaba a lo suyo. No supo con qué limpiarse y se ató los pantalones de nuevo. Se preguntó dónde se cagaría y se temió lo peor. Tarde o temprano lo iba a averiguar.

—Aquí tenéis, pan y leche. Sentaos a la mesa.

La leche, recién ordeñada, estaba deliciosa; nada que ver con esa basura embasada del siglo XXI. El pan estaba bueno, pero encontró hormigas horneadas dentro. Las quitó y siguió comiendo.

—Todo son proteínas… —musitó.

—¿Protinas? —Mencía frunció el ceño.

—Me invento palabras.

—¡Habláis rarísimo, Sanchito! Virgen Santa, qué golpe más malo os disteis. Mejor mudo u os tomarán por un loco.

Después de eso, la joven deambuló por la casa buscando algo donde reflejarse, un espejo. Sabía que era bajito y delgado, con el pelo negro y rizado. Pero sobre todo sabía que necesitaba urgentemente un buen baño. Pero en plena Edad Media eso no era precisamente popular.

—Joder, qué puto picor… —empezó a ponerse de los nervios.

Aprovechando que Mencía estaba dando de comer a los animales, salió al patio. Vio más gente por allí trabajando. Intentó andar como un niño, no como una mujer, no fueran a creer que era amanerado. Solo le faltaría eso.

—¡Sanchito! —una voz relativamente conocida llamó su atención. Se trataba del monje Amís.

—Hola…

—He rezado toda la noche por vos, Sanchito. —Se arrodilló para estar a su altura. Su sonrisa le inspiró confianza—. Veo que ya os levantáis.

—Un poco…

—¿Y vuestra madre?

—Trabaja.

—¿Cómo? —El concepto debió parecerle curioso.

—Está con la Reina y Urraca —repitió lo oído.

Un hombre alto y más mayor que Amís se acercó a ellos. Vestía de forma distinta, pero era un clérigo también.

—Sanchito, ¿cómo estáis? —le preguntó desde las alturas.

—Bien, señor.

—¿No os acordáis de él? —Alicia puso cara de confusión.

—Yo… el golpe… —contestó a ver si colaba.

—Es mi hermano mayor, el Arzobispo de Toledo, Don Bernardo de Cluny.

—Ah, sí… perdonadme, señor Arzobispo.

—Cosas de niños, no tiene importancia. ¿Y vuestra madre? Venía a hablar con ella.

—Con la Reina y Urraca.

De fondo se escuchó la voz de Sancha, preocupada. Directamente fue a abrazar a su hijo e ignoró a los clérigos.

—Doña Sancha —interrumpió Amís—, está aquí el Arzobispo…

—Oh, disculpadme, Don Bernardo. —Se inclinó para saludarle pertinentemente.

—No pasa nada. —Al hombre se le iluminó la cara al verla.

Alicia notó que estaba como prendado de Sancha y abrió la boca, alucinada. Sancha se comportó muy cortésmente, como debía ser, pero seguro que también se dio cuenta.

—Entremos en mi humilde morada, por favor —los invitó a pasar.

—¿Estáis cómoda en ella, Doña Sancha? —preguntó el arzobispo.

—Desde luego, nunca podré dejar de agradeceros vuestra enorme amabilidad al dárnosla tras la muerte de mi esposo. Qué habríamos hecho si no…

—Vuestro esposo sirvió a nuestro Rey, no podía dejaros con un niño tan pequeño y sola. Es menester de nuestra orden ayudar a los desfavorecidos.

Amís puso cara de preocupación, a Sancha se la veía incómoda a más no poder y al Arzobispo totalmente obnubilado.

—Debo partir, el Rey me necesita antes de salir a recuperar taifas.

Sancha hizo una reverencia con la cabeza y Alicia la imitó. Amís no se fue, sino que se quedó al irse su hermano. El ambiente cambió completamente a uno más relajado.

—Sanchito, Sancha, quería hablaros de que me gustaría que el niño fuera mi aprendiz y así pertenecer en un futuro a la orden de Cluny y darle un hogar.

Sancha pareció desconcertada.

—¡Eso es un honor, hermano Amís!

Alicia se quedó atónita. ¿Ser un monje? Qué horror.

—¿Estáis contento, Sancho? —le preguntó ella, con cierta esperanza en los ojos.

—Sí… —mintió.

—Cuando seáis un poquito más mayor podréis venir, o cuando sea menester y haga falta. —Miró a Sancha con cierta preocupación—. Ya os puedo enseñar rezos litúrgicos.

—No sé leer —Alicia dedujo que Sanchito era analfabeto.

—Yo os enseñaré poco a poco. Ahora he de partir de nuevo, no puedo faltar a la misa de la tertia*.

Luego partió con su hábito negro y su caminar modesto, no como el de su hermano.

—¿Qué os pasa, madre? —peguntó a Sancha al verla llorar.

—Lloro de alivio, Sanchito, de alivio.

La abrazó con fuerza y Alicia notó un calor en su pecho que hacía mucho que no sentía. El de una madre dando cariño.

Nota: en el año 1090, que es en el que está Alicia, se hablaba castellano medieval o romance castellano, que luego iría derivando hasta nuestros días en lo que es el español actual. Obviamente lo desconozco y sería un lío para el lector también. Así que daremos por hecho que hablan castellano medieval todos menos Alicia que haría esfuerzos por entenderlo y hablarlo.

Tertia: horas comprendidas entre las 9 y las 12 de la mañana.

Alicia, ya de noche, sintió la necesidad de beber agua y se acercó a las cocinas. Allí estaban Sancha y Mencía hablando en voz baja de ciertas confidencias, por lo que se quedó escondida.

—El Arzobispo cada vez se acerca más a mí y ya no sé qué hacer, Mencía.

—Aguantar, señora Sancha.

—¿Habéis visto cómo me mira? Es libidinoso.

—Yo diría que está como enamoriscado de vos.

—Una cosa lleva a la otra.

—Con lo recatada que sois, y viuda de un hombre del Rey.

—Los hombres siempre nos verán como carne, como brujas, como el demonio. Ojalá pudiésemos ser libres del yugo masculino, que se piensan que son superiores a nosotras y están muy equivocados.

—Ay, señora Sancha, qué cosas decís. Sois demasiado peculiar, cuidad vuestra lengua de cara al pueblo.

—No os preocupéis, Mencía, soy muy prudente.

A Alicia le chocó el comentario de tono feminista en plena Edad Media, pero sí era cierto que Sancha era peculiar.

Acabó saliendo al patio donde estaba el pozo y sacó agua para beber un poco. Se le ocurrió la feliz idea de echarse por encima un par de cubos de agua para limpiarse. La sintió por todo su cuerpo, e imaginó la roña deslizándose. Volvió a echarse agua hasta quedarse a gusto.

Justo en ese momento la pilló Mencía, que se quedó patidifusa. La agarró de un brazo y le metió un buen sopapo, arrastrándola hacia el interior de la casa. Alicia no tuvo tiempo de reaccionar, jamás sus padres le había puesto la mano encima de niña.

—¡Señora Sancha, vuestro hijo se ha vuelto loco! ¡Mirad lo qué ha hecho! ¡Va a coger una enfermedad por los poros!

—Sancho, hijo, ¿qué hacéis a estas horas?

—Me picaba —se limitó a contestar.

—Solo se ha lavado, Mencía. Yo lo hago cada semana y no me he muerto aún.

—¡Cuánto más nos lavemos el cuerpo peor! ¡Nos entrarán enfermedades por todo! —se fue farfullando a otro cuarto.

Sancha suspiró poniendo los ojos casi en blanco.

—No le hagáis caso, Sancho. Lavaos todo lo que necesitéis, ¿de acuerdo?

Alicia asintió.

—Ropa limpia… —susurró.

—Venid conmigo, hijo.

Sancha lo llevó a sus aposentos y le quitó la ropa que llevaba casi pegada.

—Antes no os gustaba lavaros, ¿eh? Bueno, no está muy bien visto hacerlo. Yo debo ser la más limpia de todo Toledo.

—¿Y los Reyes y Urraca?

—No se lavan mucho más que el pueblo.

Alicia puso cara de asco y Sancha se echó a reír a carcajadas.

—Yo tengo un secreto; me voy cada varios días a lavarme al río. ¿Queréis venir la próxima vez?

—Sí.

—Ahora id a dormir —dijo mientras le dio un pantalón y una camisola limpias.

Alicia se echó en el catre con cierta sensación de limpieza, porque por lo demás el horrible colchón debía tener piojos, chinches y de todo, y el suelo de paja daba asco. No quiso pensar en lo que habría debajo o no dormiría.

Alicia volvió a caminar por un patio donde nadie había, excepto el Arzobispo y Amís, discutiendo. Se dio cuenta de que era ella de nuevo, no Sancho. Ellos no la veían, así que dedujo que estaba en uno de sus sueños.

Escuchó su conversación acalorada con bastante claridad.

—¡Os ordeno que la ayudéis! ¡Se está muriendo! —gritó el Arzobispo

—Hermano, y yo os digo que no puedo hacerlo.

—Claro que podéis, ese es vuestro maldito don en este espantoso y odioso mundo donde tenemos que estar. ¡Es el alma que está a vuestro cuidado!

Amís suspiró.

—Sí, puedo, pero no lo haré porque las normas lo prohíben tajantemente. Su destino es morir y yo solo puedo acompañarla en sus últimos alientos.

El más mayor cogió al más joven del hábito.

—Si ella muere os lo haré pagar toda la vida, ¿me estáis oyendo bien?

—Perfectamente, hermano. Pero os recuerdo que enamorarse de un alma de este mundo también está prohibido, así que tened cuidado con vuestra obsesión enfermiza. No solo os destrozaríais a vos mismo, sino también al Arzobispo si cometéis un error tan grave.

El hombre soltó a Amís de malas formas y se fue.

Alicia se quedó atónita cuando el joven monje la miró fijamente y el corazón le latió con mucha fuerza. Luego se dio la vuelta y también se marchó.

No despertó bruscamente del sueño, pero le hizo pensar en los que tuvo en el pasado futuro, cuando Gabriel le alertaba de cosas. ¿Estaría haciendo Amís lo mismo?

Antes de poder seguir pensando en ello, con cierto dolor de cabeza, Sancha entró en la pequeña alcoba.

—Sancho, voy a bañarme a un sitio del Tajo donde nadie me ve. ¿Queréis venir?

—¡Sí!

¿Quién podía resistirse a lavarse de verdad?

Caminaron de buena mañana hasta una zona boscosa y llegaron a una pequeña playa fluvial, limpia y fresca. A Alicia le dio igual que el agua estuviera helada y se fue metiendo “desnudo” hasta meter la cabeza. Se la rascó bien para quitarse todos los piojos de los que fue capaz. Sancha se quedó en una especie de camisón interior, pero Alicia pudo observar que unos de sus pechos, mojada la tela por el agua, estaba abultado y le extrañó aquella deformidad que no se le notaba de forma habitual.

No quiso preguntarle entonces, pues se puso a nadar y a lavarse el precioso cabello que tenía. No supo deducir su edad, pues tenía entendido que en la Edad Media no se vivía mucho, tal vez 30 o 40 años, a no ser que fueras de la nobleza o realeza.

—¿Os alivia, Sancho?

—Aquí las gentes son muy puercas.

—Yo diría que las porquerizas están más limpias que las casas.

Se echaron a reír.

—Ay, mi Sanchito, os estáis haciendo mayor. Antes os daba miedo bañaros, por si enfermabais. Como la supersticiosa de Mencía. ¡Qué buena es, pero temerosa de Dios!

Sancha suspiró.

A Alicia le entró un apretón, al verse relajada, y fue corriendo a aliviarse tras unos arbustos. Buscó hojas para limpiarse, lo más parecido a papel higiénico en aquella época. Peor eran algunos, que se limpiaban con la mano.

Puso cara de puro asco.

Tras terminar caminó en dirección al agua de nuevo, con la intención de acabar de asearse el trasero, pero entonces vio una figura clerical. Se acercó muy lentamente a él y lo reconoció de inmediato: Bernardo de Cluny.

Al otro lado, Sancha había salido del agua y todo el camisón se le pegaba al cuerpo, por lo que fue como estar desnuda.

Alicia sintió tal rabia ante semejante ataque a la intimidad femenina, que salió corriendo tras el hombre que se asustó al verlo. Cogió una buena piedra y se la lanzó a la cabeza, tirándolo de espaldas con una buena brecha de recuerdo.

Sancha, que escuchó los ruidos se puso enseguida el vestido y corrió hacia allí, preocupada por su hijo.

—¡¡Hijo de puta pervertido!! —gritó Alicia sin ser consciente de su lenguaje moderno—. ¡¡Como te vea espiar a Sancha otra vez te juro que te mato, cabrón!! ¡Machista, machirulo, desgraciado puerco!!

El Arzobispo se levantó medio mareado y parpadeó. Miró a Sanchito, en pelota picada, y luego a Sancha, enrojeciendo.

Lo único que se le ocurrió fue darse la vuelta e irse por donde había venido sin dar explicaciones.

Sancha se acercó a su hijo, alarmada. Vio que estaba bien y le dijo:

—¿Dónde habéis aprendido a hablar así?

Alicia supo que se acababa de meterse en un lío tremendo.

—Yo…

—No es un hablar de esta época —insistió—. Esas palabras e insultos no son de esta época.

Alicia se quedó bloqueada. Si le decía la verdad no le creería y tomarían a un pobre niño de 7 años por un chalado.

—Lo escuché en el pueblo.

—Oh, no, en el pueblo nadie dice machista, ni machirulo. Esos conceptos aquí no existen. ¿Quién eres?

Alicia creyó que se cagaría encima, otra vez.

—Yo… —gimió—. ¿Has dicho “quién” eres?

—He dicho eso, sí. No eres Sancho.

Estaban hablando en español moderno.

—¿Quién eres? —repitió la pregunta.

—No me vas a creer.

—Oh, ya lo creo que sí. Tú dímelo, no te voy a hacer nada. ¿No ves que yo hablo igual?

—Soy una chica de 18 años y no sé cómo pero acabé en este cuerpo. No es la primera vez que me sucede.

—¿De qué año vienes?

—2017 —contestó.

—Increíble, ¡2017! —se quedó pasmada de pronto, como desconcertada—. Entonces algo anda mal… —habló sola.

—¿Tú también? —Sancha la miró asintiendo.

—Yo cuando viajé aquí estaba en 2014, pero debería haber vuelto enseguida y ya es 2017, no me cuadra.

—¿Te has reencarnado en una antepasada, verdad?

—No lo sé,… —se sinceró. Sancha no pareció conocer ese dato.

—Yo sí, Sanchito es mi antepasado. Y si a ti te ha pasado igual, Sancha es tu antepasada.

—Pero eso no es posible, seríamos familia en el futuro.

A Alicia empezó a latirle el pecho muy fuertemente. Tuvo una corazonada.

—Me llamo Alicia Balaguer… —dijo.

Sancha abrió mucho los ojos al principio y luego se echó a llorar como una magdalena. Abrazó el cuerpecito delgado del niño como si le fuera la vida en ello. No fue capaz de decir nada, pero Alicia lo comprendió todo enseguida. Aquel calor maternal que sentía cuando Sancha estaba cerca era llanamente porque era su verdadera madre en otro cuerpo y en otra época.

Capítulo 31

Sancha y Sanchito, realmente Vanesa y Alicia, caminaron juntas de la mano de vuelta a casa.

—Años, no me lo puedo creer. Tuve muchos sueños premonitorios y decidí irme para no involucraros. Marga nunca me tomó en serio, pero le dije que debía irme un tiempo, hasta que solucionara lo que me pasaba.

—¿Tía Marga sabe lo nuestro?

—Ella no lo cree. Piensa que es un problema psiquiátrico.

Alicia entendió mejor por qué la había llevado a los médicos.

—¿Te había pasado ya?

—Sí, antes de conocer a tu padre viajé a 1790. Ya te contaré la historia. Pero volví enseguida, en nuestro futuro solo pasan horas entre la ida y la vuelta. Y tú me dices que llevo años sin dar señales… Es que ni siquiera me acuerdo de qué me pasó. Tu padre debe de estar destrozado creyendo que os abandoné…

Alicia no fue capaz de decirle que estaba muerto.

—¿Y tú ya has viajado antes, dices?

—A 1901, pero en la línea familiar de papá.

—Viene gente, hablemos como lo hacen aquí —bufó.

Saludaron a unas mujeres que se dirigían al río.

—Vigila el lenguaje, vigila lo que dices, porque esta gente es ignorante, está adoctrinada por la Iglesia y pueden creer que estamos poseídas.

—Más bien poseemos nosotras —se echó a reír.

Llegaron a casa y las esperaba Mencía con el desayuno listo, pero Vanesa se fue sin comer porque tenía que asistir a la Reina y a su hija de inmediato.

—Veo que vuestra madre ya os ha llevado al río. Os darán diarreas de tanto lavaros.

Alicia se tomó el desayuno en silencio pensando en cómo salir del embrollo con el Arzobispo.

—Si habéis acabado idos a jugar, Sanchito. Tengo mucho que hacer hoy.

La joven se vio libre para hacer lo que le diera en gana, por lo que bajó al mercado, cosa de la que se arrepintió nada más llegar: suelo lleno de excrementos y restos de comida podridos. Y por las ventanas se echaban los orines y defecaciones como si tal cosa.

Se dio la vuelta por donde había venido cuando unos niños increparon su persona.

—¡Eh, Sanchito! ¡Sanchito el cobarde! ¡Sanchito el limpito! ¡Sanchito atrasado!

Ya curtidita en bullyng aquello le pareció de principiantes y los ignoró, pero eran más que ella y la redujeron fácilmente, pegándole patadas y puñetazos, aunque se defendió con uñas y dientes, puntapiés y arañazos. Le zurraron de lo lindo pero también se llevaron lo suyo.

—¡Fuera, niños del diablo! —gritó un hombre. Se trató de Amís.

Salieron despavoridos nada más verlo.

—¿Estáis herido, Sanchito? —cogió en brazos el cuerpecito del niño. A Alicia le resultó muy familiar aquella sensación de bienestar—. Os llevaré a la congregación para curaros.

Amís se lo llevó a una sala con diversos enfermos moribundos, sobre un catre improvisado en el suelo. Limpió sus heridas con paños limpios y húmedos, diligentemente.

—Ordenaré que avisen a vuestra madre de que estáis aquí a salvo y bien. Cuando os encontréis mejor os acercaré a vuestra casa.

Alicia asintió en silencio, muy cómoda pese a las toses y lamentos de los allí yacentes.

Amís era todo candor y bondad, innegablemente.

—¿Os gusta ir limpio? —le preguntó.

—Sí… No creo en enfermar por eso.

—Os contaré un dato curioso de la historia. ¿Conocéis a los romanos? —Alicia negó para parecer más realista—. Los romanos tuvieron Imperios enteros, fueron dueños de medio mundo. Y se lavaban muchísimo, sin enfermar. Pero esa costumbre se perdió hace mucho. No se lo cuentes a nadie, shhh —Amís sonrió y Alicia asintió en silencio.

—Cuando seáis monje como yo os enseñaré muchas cosas. Ahora he de irme a cantar, pero volveré. Portaos bien.

Llevaba un rato dormida, cuando la presencia del Arzobispo la despertó bruscamente. Bernardo de Cluny se le quedó mirando fijamente. Llevaba un apósito en la frente, justo donde hizo diana con la piedra.

—¿Sois consciente de lo que habéis hecho esta mañana, jovencito?

—Defender a mi madre.

—Pasaba por allí y me atacasteis, maldito niño loco.

—El señor Arzobispo paseaba por el bosque de casualidad —contestó con sarcasmo para ser un niño de 7 años, cosa que dejó atónito al clérigo—. Y yo tiré una piedra también de casualidad. Serían los designios de Dios.

—¡No nombréis a Dios! —pareció avergonzado.

Se paseó de un lado a otro, pensando.

—Mi hermano desea que os ordenéis, pero es mi decisión admitiros. Si ambos, y Doña Sancha, olvidamos lo sucedido no me opondré.

—Por supuesto, señor.

Este se dispuso a marcharse, pero Alicia hizo un movimiento en el tablero de juego.

—No cometáis, señor, errores por trasgredir normas que tengáis que pagar por los siglos de los siglos.

El hombre se quedó pasmado, congelado como una estatua. Después se marchó sin decir nada.

Alicia esperó que aquello sirviera para hacerle entender que sabía cosas, y así empezar a cambiar la historia, aunque supusiera una imprudencia monumental.

Aquella misma tarde, el monje Amís, que tenía la tez gris y la cara apagada, lo llevó de vuelta a casa. Eso le dio mala espina a la chica.

Ya en el hogar se encontró a Mencía rezando y llorando como una posesa.

—¡Ay, Sanchito! Pobrecito mío…

—¿Qué pasa? —dijo alarmada.

—Ay, tu madre… —se lamentó entre sollozos desconsolados.

Alicia corrió hacia los aposentos de su madre seguida de Amís y Mencía.

—Sancho, hijo… —Vanesa alargó la mano hacia su hija, que corrió a abrazarla—. Hace tiempo que estoy enferma.

—P-pero…

—Esta recaída ha sido muy fuerte.

Amís miró la escena con mucha lástima y lágrimas en los ojos.

La joven comprendió mejor el sueño que tuvo con él y el Arzobispo donde hablaban de una persona enferma. Ya la encajaba del todo. Su madre se moría, o al menos la verdadera Sancha.

—Yo haré que vuestro sufrimiento sea lo más liviano posible, Doña Sancha.

—Sois un buen hombre… —le dijo.

Amís y Mencía dejaron a solas a madre e hijo.

—Cariño, creo que Sancha tiene un cáncer de pecho hace ya un tiempo. Mira… —Le enseño el abultado pecho que llegaba hasta la axila. Alicia se angustió.

—¿Qué hacemos?

—No se puede hacer nada en esta época. Mencía solo hace que rezar hace tiempo, ya ves de lo que le sirve, pobre mujer. Mira, mis sueños me decían que debía proteger nuestro linaje haciendo vivir a Sancho como fuera, que estaba en peligro. Si se va con Amís, habré cumplido.

—Pero si estamos aquí las dos es porque el linaje ha sobrevivido.

—¿Y tú eras la fan de Dr. Who?

—¡Mamá! No estamos para bromas.

—Creo que al morir aquí no volveré, moriré con Sancha. Y que por eso llevo ausente 3 años en el futuro.

—No digas eso —Alicia se echó a llorar desconsolada.

—Ojalá no te hubiera tocado heredar este maldito don. Ahondé en la historia familiar un tiempo, obsesionada tras mi primer viaje. No fuimos las únicas… Y todas acabaron muertas, tomadas por brujas o en manicomios.

—No hemos pedido esto…

—Nada podemos hacer. Si estás aquí es porque también has de ayudar a Sancho a vivir.

—Creo que estoy aquí para ayudarte a volver.

—Alicia, no hay vuelta atrás para mí…

Alicia lloró más aún, como el niño que aparentaba ser.

Tras unos toques en la puerta, Amís apareció.

—Lamento la interrupción, pero debo marchar. Rezaré toda la noche para aliviar vuestro malestar, Doña Sancha. Cuidadla, Sanchito.

—Así lo haré —dijo limpiándose la mucosidad y las lágrimas.

—Si los ángeles existieran, Amís sería uno —dijo Vanesa cuando este se fue.

Eso dio a Alicia que pensar más y más. Aquel sueño cada vez era más claro.

—Alicia, si mi deber como madre es que Sanchito viva y, por lo tanto yo nazca y tú también, me habré ido orgullosa de este mundo.

Alicia asintió no sin lágrimas en los ojos.

Aquella noche durmió con su madre, abrazada a ella como cuando también era una niña de 7 años y tenía miedo de algún monstruo horrible. Pero aquella vez el monstruo era un cáncer y ya estaba allí.

Capítulo 32

Alicia, de nuevo en su propio cuerpo, caminó por el claustro donde estaban discutiendo otra vez Amís y Bernardo de Cluny. Se acercó mucho a ellos para no perder detalle de la acalorada conversación.

—¡No tenéis corazón, Amís! —exclamó su hermano.

—¿Por no querer transgredir las normas por vos? Está terminal, no va a vivir más de dos días.

—¡Yo la amo!

—¿Y qué? No podéis amarla, y no podéis hacer que yo la reviva. Va en contra de todo. Estamos aquí para cuidar almas, igual que vos cuidáis la del Rey, pero cuando estas llegan a su fin para convertirse en energía, nosotros no podemos interceder.

Bernardo caminó de un lado a otro, desesperado.

—¡Lo haréis mañana! —le ordenó.

Amís miró a Alicia de nuevo y el sueño terminó.

A la mañana siguiente, Vanesa ya no pudo levantarse del catre, solo lamentarse del dolor.

—Sanchito, debéis portaros bien —le dijo Mencía—. Vuestra madre necesita tranquilidad y que recemos mucho por ella.

Alicia asintió, bebiendo algo de leche sin apenas ganas.

—¿Puedo salir, señora Mencía?

—Sí, pero nada de meterse en líos como ayer con los otros mancebos.

Salió corriendo en busca del monje Amís. Le permitieron pasar, pero tuvo que esperar a que terminaran sus cánticos, cosa que la orden llevaba a cabo cada día en diversas ocasiones a lo largo de la jornada.

Amís apareció vestido todo de negro y con la capucha puesta.

—¿Cómo está vuestra madre?

—Los rezos no son suficientes —contestó Alicia enfadada.

Estuvo a punto de jugársela con Amís, tras aquel sueño ya le quedó claro quiénes eran ambos: Alastair y Kalés. Pero apareció el Arzobispo y la oportunidad se diluyó.

—¿Cómo está Doña Sancha?

—Mi madre se muere —soltó Alicia a bocajarro. Aquello hizo palidecer al hombre.

—Amís, tenemos que hablar un momento.

Se marcharon al claustro y los vio de lejos hacer los mismos movimientos y tener la misma actitud que en su sueño. Al finalizar la conversación, Amís lo miró de igual forma y luego volvió con él.

—Vamos, Sanchito, vamos a vuestra casa.

Durante el trayecto a pie, Amís pareció distraído, como pensando algo. Alicia también pensó en cómo comprobar que Amís era Gabriel, o Kalés, porque estaba segura de eso, pero debía confirmarlo.

—¿Los ángeles existen? —probó.

—Por supuesto, cuidan de nosotros.

—¿Vos sois un ángel?

—Nunca podría tener ese honor. Solo soy un monje que alivia a los enfermos.

—Yo creo que hay ángeles de otro mundo que viven en cuerpos humanos y vos sois uno de ellos.

—¡Cuánta imaginación, Sanchito! —Pero se puso serio.

“Es duro de pelar”, se dijo ella.

Al llegar, Mencía estaba fuera dando de comer a las gallinas.

—Don Bernardo de Cluny está con la señora Sancha —informó.

Amís entró sin llamar, alarmado.

Ambos hermanos se miraron duramente.

—Doña Sancha, rezaré por vos. Los Reyes le envían sus mejores deseos de recuperación.

—Gracias, Arzobispo —musitó Vanesa, sin fuerzas.

Este se fue empujando a Amís a un lado, sin miramientos, evidentemente ofuscado.

El monje le pidió a Sancho que fuera con él a otra habitación y le susurró:

—Esta noche acudiré aquí a la Maitines.

—¿Eso cuándo es?

—Vos esperadme despierto cuando todos duerman. Ayudad a vuestra madre a levantarse, porque vamos a irnos.

—¿Dónde?

—Eso no importa ahora. Hacedme caso, ¿de acuerdo?

—Vale.

—¿Vale?

—Que sí.

—Buen chico…

Alicia se temió que Amís iba a cometer el grave error por el que todo empezó, pero si no estaba con él tampoco podría evitarlo.

Vanesa y su hija estaban preparadas cuando llegó Amís con una carreta tirada por un caballo de carga.

Les dio hábitos cluniacenses para que pasaran desapercibidas. Vanesa se tumbó en la parte trasera, bien tapada con mantas de lana y sobre paja fresca y limpia. Alicia se sentó junto al clérigo en la parte delantera. Este le pasó el brazo por encima para darle calor y espoleó al caballo para que se pusiera en marcha.

La joven despertó al despuntar el día, tambada junto a su madre, que dormitaba profundamente. El carromato continuaba su camino con Amís al frente. Volvió a sentarse a su lado.

—¿Dónde vamos? —volvió a indagar.

—Lejos de Toledo, lo antes posible.

—¿Por qué?

—Para evitar un desastre.

—¿Cuál?

—Os habéis vuelto un niño muy espabilado y curioso.

—¿Es porque vuestro hermano está enamorado de mi madre?

—Sois aún muy chico para entender los sentimientos y anhelos de los adultos.

Alicia se preguntó si Damien estaría bien, si ella estaría bien en su cuerpo. No conseguía aún recordar nada de lo que le hizo saltar al siglo IX.

—Los que hemos elegido servir a Dios renunciamos a muchas cosas, entre ellas amar a una mujer. Quiero evitar la desgracia de mi hermano y que vuestra madre sea deshonrada. Mi hermano es un obsesivo y un egoísta manipulador.

—Tal vez el error sea de vos, señor. Y eso desencadene una desgracia peor y os paséis siglos intentando enmendarlo.

Amís estuvo callado largo tiempo.

—Hace días que me di cuenta de que no erais el mismo niño de 7 años de siempre; inocente, ignorante y despistado.

—Soy una mujer y me llamo Alicia —soltó sin más preámbulos.

Amís se quedó atónito.

—Vengo de principios del siglo XXI. Y Sancha también, es mi madre en las dos realidades. Su nombre real es Vanesa.

El monje detuvo el carro un rato, intentando asimilar la información y permitiendo así descansar al cuadrúpedo.

—Somos viajantes. Tú mismo me lo dijiste.

—¿Yo? Habláis distinto ahora…

—Hablo con español del siglo XXI. Y sí, tú me lo dijiste. Te hacías llamar Gabriel.

—Como el Arcángel —Alicia asintió.

—Cometiste un error muy grave, junto con tu hermano, y fuisteis castigados muchos siglos. Yo te conocí en 1901, en mi primer viaje en el tiempo. Por ese entonces tu hermano ya estaba loco.

Amís bajó la cabeza con penuria.

—Mi hermano es… Siempre ha sido un egoísta, egocéntrico y obsesivo. Nosotros no venimos de este mundo.

—Lo sé, venís de otro y os metéis en los cuerpos de personas. Los viajantes hacemos lo mismo.

—Solo somos energía, fuerza vital…

—Tenemos que parar al Arzobispo, porque si no se va a convertir en un monstruo atrapado en este mundo, haciendo el mal allá por donde pase intentando vengarse de ti a toda costa.

—Si venís del futuro… es que esto es el pasado. Porque el futuro en sí mismo no existe, solo el pasado y el presente constante.

—Así es, supongo...

—Alicia… —se escuchó la voz quebrada de Vanesa detrás—. ¿Dónde estamos?

—Nos alejamos de Toledo —la informó Amís.

—¿Por qué?

—Pues ya no lo sé, pensaba que para evitar un desastre, ahora creo que lo provocaré yo…

—No necesariamente, Amís. Ahora lo sabes y podemos cambiarlo —Alicia intervino.

—Cambiar cosas es algo que puede implicar algo peor…

—No puede haber algo peor que lo que todo esto provocó —dijo Alicia empezando a recordar ciertas cosas relacionadas con Damien y Gabriel que la dejaron algo confusa. Pero no tenía tiempo de pensar en ello.

—La vida de mi hijo es lo que importa, Amís…

—Mamá, le he contado quiénes somos. Él también es una especie de viajante.

—¿En serio?

—Así es, Vanesa.

—Amís, este cuerpo se muere. Las células de mi cuerpo se pudren.

—Lo sé, Vanesa. Lo he visto muchas veces, pero no puedo curaros, lo tengo prohibido.

—No deseo que me curéis, solo que me ayudéis a transitar hacia donde sea que vaya mi alma.

—Ojalá hubiera médicos —bufó Alicia.

—Todo lo que se adelantó se atrasó, Alicia. Nada podemos hacer al respecto. Aún así le queda poco, no serviría de nada.

—¿Quién sois realmente? —preguntó Vanesa a Amís.

—Como me dijo Sanchito, bueno… Alicia, soy un ángel de otro lugar, de otro plano.

—¿Un extraterrestre?

—¿Qué es eso? —Amís se quedó perplejo.

—De otro planeta.

—Ah… No, en absoluto. Si la gente supiese de la existencia de otros mundos más allá de este se morirían de pánico. Vengo de un plano superior.

Alicia le dio agua a su madre, de una redoma, porque comer ya no podía.

—Debemos partir de nuevo —anunció el monje.

Poco más de una hora después, tras reanudar el viaje, escucharon cascos de caballos que se acercaron a toda velocidad. En menos que cantó un gallo se vieron rodeados por guardias del Rey Alfonso VI.

—Perdonadme ambas, no he podido hacer más…

—Esto aún no ha llegado a su fin —apuntó Alicia mientras clavaba la mirada en Bernardo de Cluny, que apareció entre los caballeros con sonrisa triunfante.

Capítulo 33

—Amís, habéis roto las reglas de la orden, fugándoos con una mujer y su hijo.

El monje se quitó la capucha y miró a su hermano duramente.

—Para salvarla de vos, Arzobispo.

—Seréis apresado y juzgado por yacer con ella.

—¡Eso es mentira! —chilló Alicia con todas sus fuerzas.

Uno de los guardias le dio un golpe con el pie e hizo caer el cuerpo infantil al suelo.

Vanesa se irguió en la parte trasera de la carreta y miró con un odio punzante al arzobispo.

—Me asqueáis, señor. Difamando al monje Amís y a mí, que soy una viuda ejemplar. Y todo por no ceder a vuestros deseos carnales conmigo.

Bernardo de Cluny la miró y le temblaron los labios de rabia.

—Llevad la carreta de vuelta a Toledo y tened cuidado con la señora, está muy enferma. Subid al niño también y no le hagáis daño. En cuanto a mi hermano, atadlo y que vaya a pie todo el camino.

Ataron a Amís con una cuerda alrededor del cuerpo y otra le unió ambas muñecas por la parte delantera.

Fueron todo el camino escoltados por la caballería real, con el Arzobispo cabalgando a la altura de Sancha, que no paró de mirarlo con altivez y odio.

Tras varias horas, Amís cayó de cara muerto de sed. Alicia bajó a ayudarlo a ponerse en pie, pues nadie más lo hizo, y caminó a su lado sujetándolo lo poco que podían sus bracitos.

—Sois horrible —le dijo Vanesa a su “benefactor”.

—Lo hago por vos, necesitáis cuidados.

—¿No soy una ramera que se acuesta con un monje?

—El culpable de todo es mi hermano, el diablo le ha vuelto loco.

—Qué diablo ni que cojones, eso no existe, ni Dios, ni nada.

Bernardo la miró pasmado.

—Señora, guardad vuestra lengua. Si os escucha uno de los guardias nada podré hacer por vos.

—Estoy moribunda, ¿qué me puede importar? Antes de que me quemen por hereje yo ya estaré muerta.

—No dejaré que eso pase. Amís no quiso ayudarme, pero yo os daré de nuevo la vida.

—¿Para ser vuestra ramera? No, gracias.

—En absoluto.

—Mi corazón está con otro hombre, y no es Amís. Es mi esposo —dijo refiriéndose al padre de Alicia, aunque el arzobispo creyó que se trataba del difunto marido de Sancha.

Bernardo apretó las bridas del caballo, dolido, y lo espoleó un poco más adelante para no escuchar los desplantes de la mujer.

Por su parte, Amís y Alicia caminaban juntos como bien podían.

—Vuestra madre es una mujer muy valiente. No es fácil plantarle cara a mi hermano.

—Es un rastrero. En todas las épocas en las que me lo he encontrado lo ha sido.

—Y yo soy un cobarde que evita siempre pelearse con él. Pero esta vez ha sido imposible.

—Al final… Al final te enfrentaste a él… para salvar mi vida.

Alicia empezó a tener retazos de recuerdos sobre algo relacionado con Damien y Gabriel, en su presente, pero no lograba recordar qué eran, o cómo ponerlos en orden.

Ya al anochecer, aparecieron a botepronto una veintena de salteadores de otra etnia, que los rodearon de improviso. La guardia, de no más de cinco hombres, sacó sus espadas para defenderse contra la fiereza de los atacantes.

Amís cubrió con su cuerpo el del niño, para que no sufriera heridas si los atacaban directamente, pero Alicia intentó escaparse al ver que se llevaban a su madre y la subían a uno de sus caballos

mientras esta gritaba aterrorizada y la llamaba por su nombre. Corrió en pos de ella, pero se llevó un golpe en la cara de uno de los malhechores. A Amís lo patearon aprovechando que estaba indefenso.

Robaron el caballo de carga, y tiraron al Arzobispo al suelo para quitarle su corcel, pero afortunadamente no le hirieron. La guardia no tuvo tanta suerte al ser menor en número a los bandoleros, y estos acabaron con ellos finalmente, quitándoles las armas y los caballos.

Cuando tuvieron todo lo deseado, huyeron hacia el interior del bosque, desapareciendo entre la espesura. Alicia salió corriendo detrás gritando desesperada.

—¡¡Mamá!! —chilló una y otra vez.

Cuando los perdió de vista tuvo que volver hasta donde estaba Amís. Fue un auténtico milagro que no los hubieran matado.

—¡Soltadme ya, hermano! ¡Mirad la que habéis armado con vuestras fiebres amorosas!

Bernardo se apresuró a deshacer los nudos, no sin dificultad, que mantenían atado a Amís. Nada más verse libre, el monje le soltó un puñetazo a Bernardo que este cayó de costado sobre el pedregoso suelo.

—¡Pedazo de gilipollas! —Alicia le pegó un puntapié en todo el estómago, furiosa—. ¡Se han llevado a mi madre y la violarán!

—Yo… No quería esto…

—¿Y qué queríais? —gritó Amís.

—Sanarla y que pudiera vivir. ¡Ya que vos os negabais había encontrado la forma de hacerlo yo! Mis fuerzas vitales se marchitarían un tiempo, pero ella viviría.

—¡Todo prohibido! ¡No tenéis permiso para sanar almas! ¡Lo tengo yo! ¡Ni para amar a nadie de este mundo, solo del nuestro!

—¡¡Callaos, coño!! —gritó Alicia—. ¡Me importan una mierda vuestras pullas! ¡Pero traed a mi madre de vuelta ya! ¡¡YA!! —exigió histérica.

—Alicia, tranquila.

—¿Alicia? —Bernardo no entendió nada.

—Es una viajante del tiempo y del espacio metida en el cuerpo de Sanchito. Sancha en realidad es su madre Vanesa. Ambas vienen del siglo XXI.

—¡Del XXI!

—Vamos, Alicia —cogió la manita infantil y echó a correr con ella hacia la boscosa espesura.

—¡Esperad! —Bernardo los siguió cautelarmente, confundido ante lo que se le acababa de revelar.

—Se supone que sois de otro mundo y sé que tenéis ciertos poderes no terrenales, así que haced uso o lo que sea, me da igual cómo pero rescatad a mi madre.

Amís siguió el rastro de los caballos sobre la tierra mojada hasta que se hizo de noche y supusieron que los ladrones tendrían que parar a descansar.

—No sé ve nada —dijo Alicia.

Amís hizo que de su mano saliera un pequeño haz de luz azulada y pudieron ver.

—Es mi esencia vital. No puede estar mucho tiempo fuera de un cuerpo o se diluiría.

—Lo sé, me lo dijiste en 1901.

—¿1901? —preguntó el Arzobispo.

—También estabas jodiendo la marrana, pero bien, en ese año.

—No entiendo nada de lo que decís, Sanchit… Alicia.

—Shhh —Amís los mandó callar y su esencia vital volvió dentro del cuerpo y los dejó a oscuras del todo—. Mirad, allí hay luz.

Efectivamente un resplandor anaranjado emanaba un poco más lejos.

—Han de ser ellos. Quedaos aquí, Alicia. Iremos nosotros.

—¿Qué haréis? ¡Son muchos!

—No importa.

—¿Estáis loco, Amís?

—¡Sí! Vos me volvéis un tarado a cada minuto que pasa. Callad y venid de una vez. Es hora de trasgredir las normas por las que nos castigarán, pero hay que salvar a esa mujer. ¿O es que ya se os ha pasado el enamoramiento?

—No, no se me ha pasado. Aunque no lo creáis ninguno, yo la amo de veras.

—Alicia, ni se os ocurra moveros. Sois un niño, poco podéis hacer y vuestra madre desea que estéis a salvo.

Esta tuvo que claudicar y rezarle simbólicamente a todos los Dioses habidos y por haber del Universo.

Amís y Bernardo desaparecieron entre la espesura y la oscuridad.

Alicia, nerviosa como se sentía, fue incapaz de quedarse acurrucada junto a un árbol y a tientas fue acercándose a la zona de conflicto.

Se escucharon gritos y alaridos, así como ruidos de lucha y relinchos de caballos. La luz era azulada y cada vez más intensa.

Llegó al linde del campamento y se quedó pasmada.

Los cuerpos físicos de Amís y Bernardo yacía en el suelo, como desmayados, y dos formas apenas corpóreas se alzaban ante los aterrorizados bandidos, que huían despavoridos en todas las direcciones.

Las lengua y tentáculos azules los azuzaban y expulsaban, incluso los hacían volar por los aires.

Alicia buscó a su madre, temerosa de que la hubieran violado y matado. La encontró sobre paja y no pareció haber sido vejada, probablemente porque no resultaba atractiva con su aspecto de moribunda.

—Mamá… —le dijo mientras daba unos cachetes en su rostro macilento.

—Alicia… —musitó—. No me queda mucho…

—No digas eso, mamá —la joven se echó a llorar desconsolada.

Mientras tanto, las formas de energía volvieron a ocupar sus respectivos cuerpos, que se levantaron para ir hasta ellas, ya que se habían quedado solos con los animales.

—Amís, alíviala al menos —le rogó Alicia—. No te pido otra cosa…

—Solo haré que no le duela, ¿de acuerdo? Nada más.

La llorosa muchacha asintió con alivio.

Amís aplicó sus manos sobre el pecho y sobre su frente y varios puntos más de su cuerpo. Sancha se quedó dormida plácidamente.

El monje buscó algún carromato para dejar a Sancha detrás, pero solo estaban los caballos. Cogió el de carga y se subieron los tres. Bernardo, por su parte, rescató al suyo.

Los cuatro partieron en dirección a Toledo poco a poco, hasta que la luz del amanecer despuntó. El río estaba cerca y Vanesa hizo una petición.

—Deseo yacer en el río…

La acercaron al lecho y Alicia le pintó de rojo los labios con una baya silvestre. Arregló sus hermosos cabellos negros y rizados con florecillas blancas y margaritas.

—Alicia, has sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Nunca dudé de ti, eres muy grande. La mejor hija que una mujer pueda desear… Ojalá vuelvas pronto con tu padre y le cuentes la verdad.

Alicia sollozó desconsoladamente sobre el pecho de su madre. No tenía ningún padre con el que volver.

—Dile que le quiero muchísimo, y también a mi hermana Marga… —ya casi no le quedaba aliento—. Amís… —lo llamó.

—Decidme… —la cogió de la mano.

—Cuidad de Sancho y su linaje, no os pido nada más.

El monje asintió.

—Bernardo… —Este se sorprendió pero acudió a su lado, lloroso—. Os perdono.

—Gracias…

—Es hora de partir…

La llevaron hasta el río, donde dejaron que su cuerpo flotara con la corriente, hasta que poco a poco el agua se la fue tragando y la hizo desaparecer.

Alicia, abrazada a Amís, lloró hasta prácticamente quedarse agotada y seca.

De pronto una luz muy intensa los asustó a los tres. Dos figuras, ni masculinas ni femeninas, se hicieron ligeramente corpóreas delante de ellos. Alicia se quedó pasmada al verlos. Bernardo y Amís los reconocieron de inmediato y sintieron un miedo terrible porque sabían que eran dos de los jueces más importantes de su mundo.

—Habéis cometido muchos errores, Alastair y Kalés. Esto no puede quedar así por lo que seréis juzgados ahora —hablaban a la vez con voz de hombre y mujer.

—¿Quién es el niño? —preguntó uno de ellos.

—Una viajante… —dijo Amís—. Ha evitado un desastre mayor…

—Nosotros solo juzgamos lo que vemos, no posibles desastres.

Las formas se dirigieron a Bernardo y lo señalaron. Este tembló y se puso a sudar, realmente acongojado.

—Kalés, quedas condenado a vagar por este mundo hasta que decidamos perdonarte.

Alicia abrió la boca, absolutamente atónita, al saber que Bernardo era Kalés, Gabriel, su salvador en el futuro.

Kalés asintió con lágrimas en los ojos, sintiéndose afortunado de que no lo condenaran a muerte.

Alicia pensó que se estaba cumpliendo lo que tenía que pasar y se temió no haber cambiado nada.

—Alastair —se dirigieron a Amís, que los miró con entereza, preparado para aceptar su destino—. No has sido ortodoxo, pero tus intenciones eran las correctas. Quedas perdonado y podrás volver de inmediato a casa donde te redimirás adecuadamente.

La joven entendió entonces su tremendo error de juicio en todo.

—Deseo quedarme con mi hermano y ayudarlo a que no se vuelva loco. También le hice una promesa a la madre de la viajante; cuidar su linaje.

—Te honra y es aceptado, esperamos que vuelvas cuando consideres tu promesa cumplida.

Aquellos seres observaron a Alicia, si es que tenían ojos.

—La viajante tiene un don —dijeron a la par—. Que lo use en consecuencia a lo largo de su vida, pero que no olvide de que cambiar el pasado puede destruir el futuro.

Finalmente las formas desaparecieron junto a la bruma de la mañana.

Kalés sollozó arrepentido de todo y Alastair lo abrazó con ternura.

—Hermano, volveremos juntos, nunca te dejaré aquí solo.

Alicia los miró y pensó en si el futuro cambiaría o no, en si Alastair se volvería un monstruo y Kalés un ángel, o si por el contrario ese mal ya estaba subsanado.

Ya un poco más tranquilos cogieron de nuevo los caballos y Alicia volvió con Alastair, quién la rodeó con sus brazos. Percibió esa misma calidez que sentía cuando Damien la abrazaba, ese afecto profundo.

Cerró los ojos muerta de cansancio y recordó el cuerpo de Sancha desapareciendo para siempre junto con el alma de su madre, hasta que se durmió por fin de puro agotamiento.

Capítulo 34

La luz entró por la ventana abierta. Una suave brisa le dio en la cara a Alicia, que se dio la vuelta en la cama para seguir durmiendo de puro cansancio. Pero al darse cuenta de que estaba en su propia habitación se despabiló de golpe y se levantó quedándose sentada. La observó y no vio diferencia apenas con su habitación de siempre, puede que estuviese más ordenada de lo habitual.

Cogió el móvil y vio la fecha. Seguía siendo agosto de 2017. También se dio cuenta de que no era su teléfono habitual, pero era posible que no recordara haberlo comprado, igual que no recordaba muchas otras cosas tras volver de un viaje temporal.

Puso los pies en el suelo e intentó despejarse.

Suspiró cansada y entristecida. Tendría que hablar seriamente con su tía Marga, que le había engañado con la puerta de detrás del armario, y con Damien.

—¡Damien! —se levantó de pronto al recordarlo todo.

Se llevó las manos a la boca y empezó a llorar. Damien fue Alastair y… Pero no podía ser, la casa había explotado y ella estaba allí, en el edifico.

Salió del cuarto confundida y fue al baño, que también encontró algo cambiado. No entendió nada.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué pasa… aquí? —le dio ansiedad y tuvo que intentar serenarse y pensar, sentada en la taza del inodoro.

La casa saltó por los aires, ella salió despedida y viajó unos cuantos siglos hacia atrás, para ayudar a su madre con el linaje y evitar un desastre. ¿O fue solo parte de un sueño? ¿Y si todo fueron delirios suyos?

Bajó a la planta baja y observó el entorno. Todo era igual pero distinto. En la salita principal encontró cuadros antiguos colgados, algo que antes no estaba. Reconoció a Alicia Roses en una, con un bebé entre los brazos y un chico desconocido a su lado. Al otro lado estaba Dorian. Luego fotos de otras personas que no conoció nunca, de sus abuelos y su padre de niño.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al comprender que la historia de Alicia Roses había cambiado y supuso que su acompañante en la foto era Ricard, porque si fuera otro hombre ella no estaría allí.

Tocó la imagen de Alicia con los dedos y sonrió con una felicidad amarga. Feliz por ella, pero triste por sí misma. Le dolía el alma por lo de Damien y por la muerte de su madre. Era todo demasiado reciente.

—Alicia, ¿no vienes a desayunar? —la voz de su padre le erizó los pelos del cogote. Se dio la vuelta incrédula y lo miró con los ojos desorbitados—. ¿Por qué me miras así?

—Papá… —lloró de pronto a moco tendido y corrió a abrazarlo con todas sus fuerzas—. ¡Papá! ¡Papá! —no dejó de repetirlo una y otra vez hasta calmarse.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —El hombre le limpió las lágrimas que le caían por la cara.

—Me alegro mucho de verte.

—Si me viste ayer.

—Tú no lo entiendes…

—Ay, qué rara me has salido, hija mía —y se echó a reír—. Venga, vamos a desayunar que he de irme al trabajo.

—¡No te vayas!

—¡Pero si volví ayer de vacaciones! Ya me gustaría no ir, pero qué remedio.

Alicia tuvo que claudicar porque si no todo parecería más raro aún.

Pese a haber perdido a su madre y a Damien, recuperó a su padre y eso fue un alivio tremendo para un corazón machacado por las circunstancias.

El hombre cogió las llaves del coche y se dispuso a salir. Su hija le dio otro largo y sentido abrazo.

—Dile a tu madre que ya está bien de dormir.

Besó a su hija y se fue.

Alicia no entendió bien la frase, se quedó sin reacción al principio. Unos segundos después subió corriendo hasta el cuarto de sus padres encontrando a su madre dormida como un tronco. Se subió al lecho con cuidado y le apartó los cabellos castaños de la cara para comprobar que estaba bien. Se la quedó mirando largos minutos, con lágrimas cayéndole por las mejillas, emocionada.

La mujer abrió los ojos poco a poco y se desperezó. Luego miró a su hija y se sentó.

—No estoy… muerta —dijo Vanesa.

—No, mamá —contestó Alicia llorosa—. Estamos de vuelta las dos, sanas y salvas.

Se abrazaron con toda la fuerza del mundo, sollozando de felicidad.

La joven no tuvo la necesidad de decirle que su marido estaba vivo también, pues nunca supo que estuvo muerto antes de cambiar el pasado.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó después de la muerte de Sancha?

—Amís y Bernardo, o sea… Alastair y Kalés en realidad, tuvieron su juicio por parte de los suyos. Bernardo fue castigado pero Amís decidió quedarse con él hasta que le perdonaran sus faltas. Creo que conseguimos cambiar el pasado y evitar todos los desastres de 1901 y otros que sucedieron en 2017.

—Me lo tienes que contar.

—Lo haré, mamá. Pero lo que no entiendo es cómo lo recordamos si hemos cambiado todo esto.

—¡Porque nosotras sí lo hemos vivido!

—Pero entonces no podemos recordar el nuevo presente. Quiero decir… Hemos vivido otras cosas.

—Cariño, tendremos que aprender a disimular y enterarnos de todo. Lo que importa es que estamos juntos de nuevo, los tres. ¿Y tu padre?

—Se ha ido a trabajar.

—¿Lo llamamos y quedamos con él para comer?

—¡Sí! —Alicia se moría por vivir nuevas experiencias, desde un nuevo punto de vista.

—Tenemos mucho de lo que hablar.

—Sí…

Vanesa y Alicia se pasaron toda la mañana charlando de sus experiencias en tiempos pasados. Comprobaron que ya no existía la puerta tras el armario, miraron álbumes de fotos y se fueron con su esposo y padre a comer.

A pesar de la sensación de pérdida del amor, por lo de Damien, que sus padres y ella estuvieran juntos de nuevo la llenaba de dicha. El amor roto acabaría siendo olvidado con el tiempo.

Pensó mucho, en los días siguientes, en Alastair y Kalés, en dónde estarían, en si ya habrían podido volver a su hogar.

Tras el atentado terrorista en las Ramblas, su madre y ella se lamentaron de no poder cambiar ese tipo de pasado, pero no era su deber y nada podían hacer. Alicia recordó, de todos modos, las palabras de aquellos jueces de otro mundo que le dijeron que cambiar el pasado podría ser un desastre en el futuro. Así que esperó que ni Vanesa ni ella tuvieran que volver a saltar hacia atrás nunca más.

Su madre y ella sopesaron contarles a los demás lo sucedido, pero llegaron a la conclusión que todavía no era el momento adecuado.

Alicia empezó a ser menos cerrada, menos infeliz, menos sufridora y se fue convirtiendo en una chica alegre y simpática, la que siempre fue en su interior.

Nunca olvidaría lo que le sucedió, ni a Dorian ni a Isabel, su hermano y su mejor amiga. No pudo indagar mucho en sus vidas, pero supo que Dorian y Aleix Llach se fueron de España antes de la guerra. Y esperó que Isabel hubiera podido tener felicidad, aunque nunca pudo saberlo.

Decidió estudiar historia en la universidad y centrarse en ello al cien por cien.

Casa Roses siguió siendo su hogar y convenció a su padre de plantar rosas de nuevo cuando fuera temporada, y de poner una piscina para el verano siguiente.

Alicia paseó aquella tarde de septiembre por el jardín trasero de la casa y se sentó bajo el árbol centenario, que seguía en su lugar.

Observó Casa Roses desde allí, con su decoración de rosas.

—La flor del mal ya no existe, ahora será la flor de la felicidad.

Epílogo

Aquella mañana fría de sábado, Alicia estaba en la biblioteca, copiando apuntes de historia. Pronto tendría sus primeros exámenes universitarios y deseaba con todas sus fuerzas unas buenas notas.

Ya no buscaba el afecto y la aprobación de nadie, pues tenía todo el que necesitaba de su familia. Sabía que era fuerte y poderosa, confiaba en sus posibilidades.

Había hecho amigas en la universidad y por fin tenía una vida social.

Una chica se sentó frente a ella, con un libro entre las manos que estuvo leyendo un buen rato.

—Perdona que te moleste —dijo la muchacha en voz baja.

—No pasa nada.

—Hay un chico por allí detrás que me ha dado esto para ti —susurró.

Le tendió a Alicia un trocito de papel doblado.

—Gracias…

La joven sonrió con candor y se fue por donde había venido.

Alicia no vio ningún chico cerca, así que se levantó para buscarlo hasta que dio con Damien.

Aquello la dejó con el corazón en un puño. Con mano temblorosa abrió la nota y la leyó:

“Me gusta verte leer un sábado por la mañana.”

Sonrió y volvió a su mesa para recoger sus cosas y acercarse a la del joven. Quería conocer al verdadero Damián, estaba segura de que era un buen chico, solo había que verlo.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó.

—C-claro… —Pareció enrojecer un poco.

Alicia no nombró la nota y se hizo la tonta.

—¿Puedo ver lo que dibujas?

Damián se quedó algo sorprendido.

—Sí…

—Es muy bonito. Se te da bien. ¿Estudias Bellas Artes?

—Sí —contestó monosilábico.

—Si te molesto me lo dices.

—No, en absoluto. Es que soy tímido…

—Yo también, pero todo es atreverse a hacer amigos. Soy Alicia.

—Yo Damián.

Y allí se quedaron charlando en voz baja, descubriendo muchas cosas el uno del otro, aunque Alicia siempre jugaría con algo de ventaja.

La muchacha que le había pasado la nota a Alicia salió de la biblioteca con una sonrisa en el rostro, tras observar a los dos chicos hablando.

Fuera le esperaba un chico mayor que ella.

—¿Lo has hecho?

—Pues claro.

—Eres de lo que no hay, Alastair.

—No sé, algo me dice que el linaje debe continuar por ese camino. Los he visto y no he podido resistirme.

Alastair lo miró con una sonrisa y lo cogió de la mano.

—¿Te apetece ir a la Sagrada Familia hoy?

—Es mi único consuelo, ver y sentir la arquitectura de nuestro mundo —se lamentó Kalés.

Caminaron tranquilamente hasta allí y Alastair subió las escaleras de una de las torres. Kalés le siguió.

Observaron la ciudad desde uno de los ventanucos.

—Es hora de irme, Kalés… He terminado lo que prometí.

—Lo sé…

—Pero sin ti jamás, hermano —le apretó el brazo.

—No te sacrifiques más —rogó.

—Hace mucho tiempo que puedes volver, pero la culpa te carcome —le dijo Alastair—. Velaste por la familia paterna de Alicia y yo por la materna. Alicia está bien, la mujer que un día amaste está bien. Ambos nos merecemos volver a casa con los nuestros.

Kalés cerró los ojos llenos de lágrimas y asintió emocionado.

Cogidos de la mano, ambos se fundieron en una luz azulada y desaparecieron para siempre.

El tiempo, al fin, había vuelto a su cauce.

Fin